

MISAS DE LA VIRGEN MARÍA

I

MISAL

MISAS DE LA VIRGEN MARÍA

I

MISAL

COEDITORES LITÚRGICOS

1998

Primera edición, diciembre 1987.

Segunda edición, marzo 1988.

Tercera edición, mayo 1990.

Cuarta edición, febrero 1993.

Quinta edición, marzo 1995.

Sexta edición, enero 1998.

© CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, 1987.

Coeditores Litúrgicos: EDITORIAL ALFREDO ORTELLS, EDITORIAL BALMES, BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS, EDITORIAL CARLOS HOFMANN, EDITORIAL DESCLÉE DE BROUWER, EDITORIAL ESET, EDICIONES MAROVA, EDICIONES MENSAJERO, EDITORIAL EL PERPETUO SOCORRO, PPC EDITORIAL Y DISTRIBUIDORA, EDITORIAL REGINA, EDITORIAL SAL TERRÆ, SAN PABLO, EDITORIAL VERBO DIVINO.

La propiedad de estos textos está reservada al Secretariado Nacional de Liturgia, que es quien se encarga de conceder el derecho de reproducción.

Imprime:

IMPREPAG-3, S.L.
Ripollet (Barcelona)

Depósito legal: B. 40. 417-97

I.S.B.N.: 84-7129-372-2

Impreso en España
Printed in Spain

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

COMISIÓN EPISCOPAL DE LITURGIA

PRESENTACIÓN

La bienaventurada Virgen María ha ocupado siempre un puesto singular y eminente en la liturgia de la Iglesia. No podía ser de otra manera, teniendo en cuenta la especialísima vinculación de la santa Madre de Dios a la obra de la salvación de los hombres. Las liturgias de Oriente y de Occidente contienen preciosos testimonios del amor y de la veneración que la Iglesia, iluminada por el Espíritu Santo, siente y expresa hacia la Madre del Señor y Madre de todo el pueblo cristiano. En lo que a España se refiere basta aludir a la venerable liturgia hispano-mozárabe, que tan profunda huella dejó en la piedad mariana española.

Pero las expresiones del culto litúrgico de la Virgen no pertenecen únicamente al pasado. La nueva *Collectio Missarum de beata Maria Virgine*, aprobada por el papa Juan Pablo II y promulgada por la Congregación para el Culto Divino el 15 de agosto de 1986, se viene a sumar a la gran riqueza mariológica de la liturgia renovada después del Concilio Vaticano II. El papa Pablo VI puso de manifiesto esta riqueza en la exhortación apostólica *Marialis Cultus*, señalando que la memoria litúrgica de la Madre está plenamente integrada en la celebración del misterio del Hijo (cf. núm. 2).

Las *Misas de la Virgen María* están destinadas en primer lugar a los santuarios marianos, pero las pueden usar también todas las comunidades eclesiales, especialmente en los sábados del tiempo ordinario en los que no coincidan memorias obligatorias. Estas misas, como indica el número 19 de las Orientaciones generales, «se proponen favorecer, en el ámbito del culto a la Virgen María, unas celebraciones que sean ricas en doctrina, variadas en cuanto al objeto específico y que conmemoren correctamente los hechos de salvación cumplidos por Dios Padre en la santísima Virgen, con vistas al misterio de Cristo y de la Iglesia».

La publicación de la versión española de las *Misas de la Virgen María* dentro del Año mariano universal proclamado por su santidad Juan Pablo II, contribuirá también a que se logren los objetivos de esta celebración entre nosotros. Con alegría y con esperanza ponemos en las manos de los pastores este valioso complemento del *Misal Romano*, seguros de que será bien recibido y utilizado.

✠ MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN

Cardenal Arzobispo de Toledo
Presidente de la Comisión Episcopal de Liturgia

Madrid, 21 de noviembre de 1987
Memoria de la Presentación de la Santísima Virgen
y aniversario de la proclamación de María
como Madre de la Iglesia

CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO

Prot. n. 309/86

DECRETO

Al celebrar el misterio de Cristo, la Iglesia conmemora muchas veces con veneración a la bienaventurada Virgen María, unida íntimamente a su Hijo: porque recuerda a la mujer nueva que, en previsión de la muerte de Cristo, fue redimida del modo más sublime en su misma concepción; a la madre que, por la fuerza del Espíritu Santo, engendró virginalmente al Hijo; a la discípula que guardó cuidadosa en su corazón las palabras del Maestro; a la socia del Redentor que, por designio divino, se entregó generosamente por entero a la obra del Hijo.

En la bienaventurada Virgen reconoce también la Iglesia a su miembro más excelso y singular, adornado con toda la abundancia de las virtudes; a ella, que Cristo le confió como madre en el ara de la cruz, colma de piadoso amor y continuamente solicita su patrocinio; a ella profesa como compañera y hermana en el camino de la fe y en las aflicciones de la vida; en ella, instalada ya junto a su Hijo en el reino celestial, contempla gozosa la imagen de su gloria futura.

Cuando los Padres sinodales, reunidos en el Concilio ecuménico Vaticano II, investigaron con mayor profundidad la doctrina sobre la bienaventurada Virgen María en el misterio de Cristo y de la Iglesia y promulgaron los principios y normas de la reforma litúrgica, las Iglesias particulares y muchos Institutos religiosos revisaron sus *Propios de misas*, acudiendo a los documentos litúrgicos, considerando atentamente los escritos de los santos Padres, tanto de Oriente como de Occidente, reflexionando sobre los documentos del magisterio eclesiástico, armonizando, en último término, con sabiduría lo antiguo y lo nuevo. Consecuencia de esta labor de renovación ha sido que se hayan examinado también con precisión y corregido o redactado de nuevo misas de la bienaventurada Virgen María.

Así pues, a petición de numerosos pastores y fieles, y muy especialmente de regentes de los santuarios marianos, pareció oportuno recoger en un compendio algunos formularios de misas entre aquellos que se distinguen por su mucha doctrina, por su piedad e importancia de los textos, y distribuirlos adecuadamente por el curso del año para que, también con la eficacia de este medio litúrgico, se fomente la auténtica piedad, tanto de comunidades como de fieles en particular, hacia la Madre del Señor.

El Sumo Pontífice Juan Pablo II, con su Autoridad Apostólica, aprobó y mandó publicar estas *Misas de la Virgen María*, que pueden considerarse como un apéndice del Misal Romano.

Por todo ello, esta Congregación para el Culto Divino, por especial mandato del mismo Sumo Pontífice, hace públicas conforme a derecho las *Misas de la Virgen María*, que, redactadas en lengua latina, empezarán a estar vigentes tan pronto como aparezcan impresas; en lenguas vernáculas, una vez que hayan sido aprobadas sus traducciones por la Sede Apostólica, a partir del día que determinen las Conferencias Episcopales.

Sin que obste nada en contrario.

Dado en Roma, en la Sede de la Congregación para el Culto Divino, el día 15 de agosto de 1986, en la solemnidad de la Asunción de la Virgen María.

AGUSTÍN Card. MAYER
Prefecto

 VIRGILIO NOÈ
Arzobispo titular de Voncaria
Secretario

CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO

Prot. n. 939/87

A LAS DIÓCESIS DE ESPAÑA

A instancias del Eminentísimo Señor Cardenal Ángel Suquía, Arzobispo de Madrid, Presidente de la Conferencia Episcopal de España, en carta de fecha del 10 de julio de 1987, y en virtud de las facultades concedidas a esta Congregación por el Sumo Pontífice Juan Pablo II, aprobamos o confirmamos por un trienio la versión española de las *Misas de la Virgen María*, según consta en el adjunto ejemplar.

En la impresión del texto hágase mención de la confirmación concedida por la Sede Apostólica. De la edición impresa envíense dos ejemplares a esta Congregación.

Sin que obste nada en contrario.

En la sede de la Congregación para el Culto Divino, día 5 de agosto de 1987.



VIRGILIO NOÈ

Arzobispo titular de Vonicaria
Secretario

PEDRO TENA

Subsecretario

ORIENTACIONES GENERALES

1. El Concilio Vaticano II en la Constitución dogmática *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, después de haber expuesto la doctrina católica sobre la naturaleza de la veneración a santa María, Madre de Cristo, exhorta «a todos los hijos de la Iglesia a que cultiven ampliamente el culto, sobre todo litúrgico, a la bienaventurada Virgen»¹. El mismo Concilio, en la Constitución *Sacrosanctum Concilium*, sobre la sagrada liturgia, ilustra la experiencia de la Iglesia universal respecto del culto litúrgico dirigido a la Virgen: «En la celebración del curso anual de los misterios de Cristo, la santa Iglesia venera con amor especial a la bienaventurada María, Madre de Dios, unida con lazo indisoluble a la obra salvadora de su Hijo; en ella, la Iglesia admira y ensalza el fruto más espléndido de la redención y la contempla gozosamente como purísima imagen de lo que ella misma, toda entera, ansía y espera ser»².

2. La Sede Apostólica, movida por la exhortación del sagrado Concilio Vaticano II y guiada por la secular experiencia y sabiduría de la Iglesia, se ha aplicado con presteza a promover una recta devoción para con la Madre de Dios. Por esto, en el ámbito de la liturgia romana, la veneración hacia la Virgen María se presenta rica de contenidos e inmersa orgánicamente en el desarrollo del año litúrgico³.

3. La liturgia romana, en efecto, ofrece a los fieles en su Calendario general abundantes ocasiones para celebrar en el curso del año litúrgico la participación de la santísima Virgen en el misterio de la salvación; ofrece así mismo preciosos testimonios de devoción mariana no sólo en el *Misal Romano* y en la *Liturgia de las Horas*, sino también en otros libros litúrgicos, algunos de los cuales contienen celebraciones propias para venerar la memoria de la humilde y gloriosa Madre de Cristo⁴.

¹ Núm. 67: AAS 57 (1965), p. 65

² Núm. 103: AAS 56 (1964), p. 125.

³ Cf. PABLO VI, Exhortación apostólica *Marialis cultus*, núm. 2: AAS 66 (1974), p. 117.

⁴ Cf., por ejemplo, *Bendicional*, Coeditores litúrgicos 1986, cap. XXXII, II: Rito de la bendición de una imagen de santa María Virgen, núms. 1112-1126, pp. 500-508; *Rito de la coronación de una imagen de santa María Virgen*, Coeditores litúrgicos 1983.

I. LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA EN LA CELEBRACIÓN DEL MISTERIO DE CRISTO

4. La liturgia celebra, por medio de signos sagrados, la obra de la salvación efectuada por Dios Padre por Cristo en el Espíritu Santo. La salvación que Dios Padre realiza incesantemente:

— fue anunciada a los patriarcas y a los profetas. «La economía del antiguo Testamento estaba ordenada, sobre todo, para preparar, anunciar proféticamente (cf. Lc 24, 44; Jn 5, 39; 1Pe 1, 10) y significar con diversas figuras (cf. 1Co 10, 11) la venida de Cristo, redentor universal, y la del Reino mesiánico»⁵;

— fue manifestada plenamente en Cristo Jesús. Jesús, Hijo de Dios, se encarnó en el seno virginal de la Virgen de Nazaret, y fue constituido Mediador de la nueva y eterna Alianza. Con el misterio de su Pascua reconcilió a la humanidad con el Padre (cf. Col 1, 22; 2Co 5, 18-19) y, derramando sobre ella el Espíritu de adopción (cf. Rm 8, 15-17; Ga 4, 5-6), la ha asociado íntimamente a sí, para hacerla capaz de ofrecer al Padre un culto agradable en espíritu y verdad (cf. Jn 4, 23);

— se prolonga en el «tiempo de la Iglesia» por medio del anuncio del Evangelio y la celebración de los sacramentos (cf. Mt 28, 18-20), que hacen que las generaciones que se suceden en la historia se adhieran a la palabra que salva, y sean incorporadas al misterio pascual;

— tendrá su cumplimiento total en la gloriosa segunda venida de Cristo (cf. Mt 24, 30; Hch 1, 11), cuando él, vencida la muerte, someta a sí todas las cosas y entregue el Reino a Dios Padre (cf. 1Co 15, 24-28).

5. Realizando los divinos misterios, la Iglesia celebra la entera obra de la salvación; celebrando los acontecimientos pasados, de alguna manera los hace presentes y, en el «hoy cultural»⁶, efectúa la salvación de los fieles, que, peregrinos aún sobre la tierra, se dirigen a la ciudad futura (cf. Hb 13, 14).

La bienaventurada Virgen María, que, según el plan de Dios y con vistas al misterio de Cristo y de la Iglesia, «ha entrado íntimamente en la historia de la salvación»⁷, intervino de varias y admirables maneras en los misterios de la vida de Cristo.

⁵ Concilio Vaticano II, Constitución dogmática *Dei verbum*, sobre la divina revelación, núm. 15: AAS 58 (1966), p. 825.

⁶ Cf., por ejemplo, *Liturgia de las Horas*, 25 de diciembre, Natividad del Señor, II Vísper., ant. *Magnificat*; 6 de enero, Epifanía del Señor, II Vísper. ant. *Magnificat*; 2 de febrero, Presentación del Señor, II Vísper., ant. *Magnificat*; domingo VII de Pascua, Ascensión del Señor, II Vísper., ant. *Magnificat*; domingo de Pentecostés, II Vísper., ant. *Magnificat*.

⁷ Concilio Vaticano II, Constitución dogmática *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, núm. 65: AAS 57 (1965), p. 64.

6. Las misas de la bienaventurada Virgen María encuentran su razón de ser y su valor en esta íntima participación de la Madre de Cristo en la historia de la salvación. La Iglesia, conmemorando el papel de la Madre del Señor en la obra de la redención o sus privilegios, celebra ante todo los acontecimientos salvadores en los que, según el designio de Dios, intervino la Virgen María con vistas al misterio de Cristo.

*En las misas de santa María
se celebran las intervenciones de Dios para salvar a los hombres*

7. Entre estos acontecimientos de salvación, la Iglesia celebra, al comienzo del año litúrgico, la obra divina de preparación de la Madre del Redentor, en la cual, «tras la larga espera de la promesa, se cumple la plenitud de los tiempos y se inaugura la nueva economía»⁸. En efecto, Dios vino sobre María con su gracia y la preservó de toda mancha de pecado desde el primer instante de su concepción, la llenó de los dones del Espíritu Santo y la rodeó con su amor incesante, realizando en ella «obras grandes» (cf. Lc 1, 49) en orden a la salvación de los hombres.

8. La Iglesia celebra la intervención de Dios en la encarnación del Verbo, en el nacimiento de Cristo, en su manifestación a los pastores, primicias de la Iglesia que surge de los judíos (cf. Lc 2, 15-16), y a los magos, primicias de la Iglesia surgida de los paganos (cf. Mt 2, 1-11); y en otros episodios de la infancia del Salvador, hechos salvadores a los que María estuvo íntimamente ligada. Por consiguiente, muchos formularios de misas, entre los que hay no pocos de gran valor litúrgico y de venerable antigüedad, celebran los misterios de la infancia de Cristo y conmemoran y ponen de manifiesto a la vez la participación que tuvo en ellos su Madre.

9. La Iglesia venera también a la bienaventurada Virgen María, «que intervino en los misterios de Cristo»⁹, al celebrar litúrgicamente la vida pública del Salvador, en la que Dios Padre actuó de modo admirable. «En la vida pública de Jesús, su Madre aparece significativamente, ya al principio, cuando en la boda de Caná de Galilea, movida a misericordia, consiguió por su intercesión el comienzo de los signos de Jesús, el Mesías (cf. Jn 2, 1-11). En el decurso de la predicación de su Hijo recibió las palabras con las que él, elevando el Reino de Dios por encima de los motivos y de los vínculos de la carne y de la sangre, proclamó dichosos a los que escuchan y cumplen la palabra de Dios (cf. Mc 3, 15 y par.; Lc 11, 27-28), como ella hacía fielmente (cf. Lc 2, 19 y 51).»¹⁰

⁸ Concilio Vaticano II, Constitución dogmática *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, núm. 55: AAS 57 (1965), p. 60.

⁹ *Ibid.*, núm. 66: AAS 57 (1965), p. 65.

¹⁰ *Ibid.*, núm. 58: AAS 57 (1965), p. 61.

10. Pero donde la Iglesia celebra principalmente la acción de Dios es en el misterio pascual de Cristo y, al celebrarlo, encuentra a la Madre indisolublemente asociada al Hijo; en efecto, en la pasión del Hijo la bienaventurada Virgen «se condolió vehementemente con su Unigénito y se asoció con corazón maternal a su sacrificio, consintiendo con amor en la inmolación de la víctima engendrada por ella misma»¹¹; en su resurrección fue colmada de alegría inefable¹²; después de su ascensión al cielo, unida en oración con los apóstoles y los primeros discípulos, imploró en el Cenáculo «el don del Espíritu que la había cubierto con su sombra en la anunciación»¹³.

Presencia de Cristo en las celebraciones litúrgicas

11. Después de la gloriosa ascensión de Cristo al cielo, la obra de la salvación continúa realizándose sobre todo en la celebración de la liturgia, la cual es considerada no sin razón el momento último de la historia de la salvación. Pues en la liturgia Cristo está presente de varios modos¹⁴: es la cabeza que preside la asamblea cultural, cuyos miembros están revestidos de dignidad real; el maestro, que continúa anunciando el Evangelio de salvación; el sacerdote, que ofrece el sacrificio de la nueva ley y actúa eficazmente en los sacramentos; el mediador, que intercede sin cesar ante el Padre en favor de los hombres (cf. Hb 7, 25); el hermano primogénito (cf. Rm 8, 29), que une su voz a la de innumerables hermanos.

Los fieles, adhiriéndose a la palabra de la fe y participando «en el Espíritu» en las celebraciones litúrgicas, se encuentran con el Salvador y se insertan vitalmente en el acontecimiento salvífico.

12. De manera semejante, la bienaventurada Virgen, asunta gloriosamente al cielo y ensalzada junto a su Hijo, Rey de reyes y Señor de señores (cf. Ap 19, 16), no ha abandonado la misión salvadora que el Padre le confió, «sino que continúa alcanzándonos, por su múltiple intercesión, los dones de la salud eterna»¹⁵. La Iglesia, que «quiere vivir el misterio de Cristo»¹⁶ con María y como María, a causa de los vínculos que la unen a ella, experimenta continuamente que la bienaventurada Virgen está a su lado siempre, pero sobre todo en la sagrada liturgia, como madre y como auxiliadora.

¹¹ Concilio Vaticano II, Constitución dogmática *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, núm. 58: AAS 57 (1965), p. 61.

¹² Cf. *Liturgia de las Horas*, Común de santa María Virgen, I y II Vísperas, Preces (segundo formulario).

¹³ Concilio Vaticano II, Constitución dogmática *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, núm. 59: AAS 57 (1965), p. 62.

¹⁴ Concilio Vaticano II, Constitución dogmática *Sacrosanctum Concilium*, sobre la sagrada liturgia, núms. 6-7: AAS 56 (1964), pp. 100-101.

¹⁵ Concilio Vaticano II, Constitución dogmática *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, núm. 62: AAS 57 (1965), p. 63.

¹⁶ PABLO VI, Exhortación apostólica *Marialis cultus*, núm. 11: AAS 66 (1974), p. 124.

13. La liturgia, por su misma naturaleza, favorece, realiza y expresa maravillosamente la comunión no sólo con las Iglesias diseminadas por toda la tierra, sino también con los bienaventurados del cielo, con los ángeles y los santos, y, en primer lugar, con la gloriosa Madre de Dios.

En íntima comunión con la Virgen María¹⁷, e imitando sus sentimientos de piedad¹⁸, la Iglesia celebra los divinos misterios, en los cuales «Dios es perfectamente glorificado y los hombres son santificados»¹⁹:

— asociándose a la voz de la Madre del Señor, bendice a Dios Padre y lo glorifica con su mismo cántico de alabanza²⁰;

— con ella quiere escuchar la palabra de Dios y meditarla asiduamente en su corazón²¹;

— con ella desea participar en el misterio pascual de Cristo²² y asociarse a la obra de la redención²³;

— imitándola a ella, que oraba en el Cenáculo con los apóstoles, pide sin cesar el don del Espíritu Santo²⁴;

— apelando a su intercesión, se acoge bajo su amparo²⁵, y la invoca para que visite al pueblo cristiano y lo llene de sus beneficios²⁶;

— con ella, que protege benigneamente sus pasos, se dirige confiadamente al encuentro de Cristo²⁷.

Valor ejemplar de la Virgen María en las celebraciones litúrgicas

14. La liturgia, que tiene el poder admirable de evocar el pasado y hacerlo presente, pone con frecuencia ante los ojos de los fieles la figura de la Virgen

¹⁷ Cf. *Misal Romano*, Plegaria eucarística I o Canon romano, «Reunidos en comunión».

¹⁸ Cf. PABLO VI, Exhortación apostólica *Marialis cultus*, núms. 16-20: AAS 66 (1974), pp. 128-132.

¹⁹ Concilio Vaticano II, Constitución *Sacrosanctum Concilium*, núm. 7: AAS 56 (1964), p. 101.

²⁰ Cf. *Misal Romano*, 31 de mayo, La Visitación de la Virgen María, Oración colecta; *ibid.*, Prefacio II de santa María Virgen.

²¹ Cf. *Bendicional*, cap. IV, II: Bendición de un grupo reunido para la catequesis o la oración, Preces, núm. 387, p. 174.

²² Cf. *Misal Romano*, 15 de septiembre, memoria de Nuestra Señora, la Virgen de los Dolores, Oración colecta; *Bendicional*, cap. XL, Bendición de las estaciones del vía crucis, Preces, núm. 1291, p. 576.

²³ Cf. *Misal Romano*, Misa votiva de santa María Virgen, Madre de la Iglesia, Oración sobre las ofrendas.

²⁴ Cf. *ibid.*, Prefacio.

²⁵ Cf. *Liturgia de las Horas*, Antífona final a la Santísima Virgen María: «Bajo tu protección».

²⁶ Cf. *Liturgia de las Horas*, 31 de mayo, La Visitación de la Virgen María, Himno del Oficio de lectura: *Veni, praecelsa Domina*.

²⁷ Cf. *Misal Romano*, Misa votiva de santa María Virgen, Madre de la Iglesia, Prefacio.

de Nazaret, que «se consagró totalmente a sí misma, como esclava del Señor, a la persona y a la obra de su Hijo, sirviendo al misterio de la redención con él y bajo él»²⁸.

Por esto la Madre de Cristo resplandece, sobre todo en las celebraciones litúrgicas, «como modelo de virtudes»²⁹ y de fiel cooperación a la obra de salvación.

15. La liturgia, heredera de la doctrina y del lenguaje de los santos Padres, para expresar la ejemplaridad de la bienaventurada Virgen, usa varios términos: *modelo*, sobre todo cuando quiere resaltar su santidad y presentarla a los cristianos como fiel esclava del Señor (cf. Lc 1, 38; 2, 48) y perfecta discípula de Cristo; *figura*, para indicar que la conducta de María —virgen, esposa y madre— prefigura la vida de la Iglesia y guía sus pasos en el camino de la fe y del seguimiento del Señor; *imagen*, para destacar que en María, perfectamente configurada a su Hijo, la Iglesia «contempla con gozo como una purísima imagen de lo que ella misma, toda entera, ansía y espera ser»³⁰.

16. Por eso la Iglesia, en la sagrada liturgia, invita a los fieles a imitar a la bienaventurada Virgen sobre todo por la fe y la obediencia con que se adhirió amorosamente al designio de salvación de Dios. De modo particular, los himnos y los textos eucológicos ponen de manifiesto una rica y espléndida serie de virtudes que la Iglesia, en su experiencia secular de plegaria y de contemplación, guiada por el Espíritu Santo, ha descubierto y aprendido en la Madre de Cristo.

17. La ejemplaridad de la bienaventurada Virgen, que emerge de la celebración litúrgica, induce a los fieles a configurarse a la Madre para configurarse mejor con el Hijo. Los mueve también a celebrar los misterios de Cristo con los mismos sentimientos de piedad con que la Virgen participó en el nacimiento y en la epifanía del Hijo, en su muerte y resurrección. Les apremia a guardar diligentemente la palabra de Dios y a meditarla con amor; a alabar a Dios jubilosamente y a darle gracias con alegría; a servir fielmente a Dios y a los hermanos y a ofrecerse generosamente; a orar con perseverancia y a suplicar confiadamente; a ser misericordiosos y humildes; a observar la ley del Señor y hacer su voluntad; a amar a Dios en todo y sobre todo; a estar vigilantes en la espera del Señor que viene.

²⁸ Concilio Vaticano II, Constitución dogmática *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, núm. 56: AAS 57 (1965), p. 60.

²⁹ *Ibid.*, núm. 65: AAS 57 (1965), p. 64.

³⁰ Concilio Vaticano II, Constitución *Sacrosanctum Concilium*, sobre la sagrada liturgia, núm. 103: AAS 56 (1964), p. 125; cf. *Misal Romano*, 15 de agosto, La Asunción de la Virgen María, Prefacio.

18. En la celebración de las misas de santa María, los sacerdotes y todos aquellos que desempeñan alguna función pastoral deben procurar ante todo que los fieles comprendan que el sacrificio eucarístico es el memorial de la muerte y de la resurrección de Cristo e invitarlos a participar en él plena y activamente; pero no dejen de mostrar el valor ejemplar de la figura de santa María, que contribuye en gran medida a la santificación de los fieles.

II. NATURALEZA DE LAS «MISAS DE LA VIRGEN MARÍA»

19. Las *Misas de la Virgen María*, aprobadas por el Sumo Pontífice Juan Pablo II, y promulgadas por la Congregación para el Culto Divino, se proponen sobre todo favorecer, en el ámbito del culto a la Virgen María, unas celebraciones que sean ricas en doctrina, variadas en cuanto al objeto específico y que conmemoren correctamente los hechos de salvación cumplidos por Dios Padre en la santísima Virgen, con vistas al misterio de Cristo y de la Iglesia.

20. Las «Misas» están formadas en gran parte por formularios procedentes de las actuales Misas propias de las Iglesias particulares y de los Institutos religiosos, así como del mismo *Misal Romano*.

21. Las «Misas» están destinadas en primer lugar:

— a los santuarios marianos, en los que se celebran frecuentemente misas de santa María; no obstante, se deberán observar las normas establecidas en los números 29-33 de estas *Orientaciones generales*;

— a las comunidades eclesiales que, en los sábados del tiempo ordinario, desean celebrar la misa en memoria de la bienaventurada Virgen María; estas comunidades deberán atenerse a cuanto se prescribe en el número 34 de estas *Orientaciones generales*.

El uso de las «Misas», como se dice más adelante en el número 37, está permitido también en aquellos días en los que, según la *Ordenación general del Misal Romano*³¹, se pueden celebrar misas facultativas.

22. La promulgación de las *Misas de la Virgen María* no supone modificación alguna, ni en el *Calendario Romano general*, promulgado el 21 de marzo de 1969, ni en el *Misal Romano*, publicado en la segunda edición típica el 27 de marzo de 1975, ni en la *Ordenación de lecturas de la misa*, cuya segunda edición data del 21 de enero de 1981, ni tan siquiera en la actual normativa litúrgica.

³¹ Cf. núm. 316 c).

III. ESTRUCTURA DE LAS «MISAS DE LA VIRGEN MARÍA»

23. La Iglesia, en el curso del año litúrgico, celebra de manera orgánica todo el misterio de Cristo: desde la predestinación eterna, en virtud de la cual Cristo, el Verbo encarnado, es principio y cabeza, término y plenitud del género humano y de toda la creación, hasta su gloriosa segunda venida, cuando todas las cosas serán perfeccionadas en él y «Dios lo será todo para todos» (1Co 15, 28)³².

24. Las *Misas de la Virgen María* han sido dispuestas según el orden del año litúrgico, teniendo en cuenta la íntima asociación de María al misterio de Cristo. Por tanto, los cuarenta y seis formularios de las «Misas» están distribuidos en los distintos tiempos del año litúrgico, en relación sobre todo con el misterio que celebran: en el tiempo de Adviento (tres formularios), en el tiempo de Navidad (seis formularios), en el tiempo de Cuaresma (cinco formularios), en el tiempo de Pascua (cuatro formularios), y en el tiempo ordinario (veintiocho formularios).

Los formularios del tiempo ordinario están subdivididos en tres secciones: la *primera* comprende once formularios que celebran la memoria de la Madre de Dios bajo una serie de títulos tomados principalmente de la sagrada Escritura o que expresan la relación de María con la Iglesia; la *segunda* sección consta de nueve formularios, en los que la Madre del Señor es venerada bajo advocaciones que recuerdan su intervención en la vida espiritual de los fieles; la *tercera* sección comprende ocho formularios que celebran la memoria de santa María bajo títulos que evocan su misericordiosa intercesión en favor de los fieles.

Este ordenamiento de los formularios hace que los momentos y modos de la cooperación de la santísima Virgen a la obra de la salvación se celebren en el tiempo litúrgico más adecuado, y que se ponga de relieve la profunda relación de la Madre del Señor con la misión de la Iglesia.

25. Las «Misas», siguiendo la costumbre de la liturgia romana, constan de dos volúmenes:

— el primero contiene los textos eucológicos, las antífonas de entrada y de comunión y, en apéndice, algunas fórmulas para impartir la bendición solemne al final de la misa;

— el segundo contiene las lecturas bíblicas asignadas a cada una de las misas, con el salmo responsorial y el Aleluya o el versículo antes del evangelio.

³² Cf. Concilio Vaticano II, Constitución *Sacrosanctum Concilium*, sobre la sagrada liturgia núm. 102: AAS 56 (1964), p. 125; *Calendario Romano general*, cap. I: El año litúrgico: *Misal Romano*, p. 101.

26. En el primer volumen, para favorecer la preparación de la celebración eucarística, cada formulario va precedido de una introducción de índole histórica, litúrgica y pastoral, en la que se explica brevemente el origen de la memoria o del título de la Virgen María, se indican, en ocasiones, las fuentes del formulario y se ilustra la doctrina que emerge de los textos bíblicos y eucológicos.

IV. USO DE LAS «MISAS DE LA VIRGEN MARÍA»

27. Para que las *Misas de la Virgen María* consigan los fines pastorales que se proponen, es necesario que sean usadas correctamente en todos los lugares y por parte de todos los interesados.

Respeto a los tiempos del año litúrgico

28. El uso correcto de las «Misas» requiere ante todo, por parte del celebrante, el respeto a los tiempos del año litúrgico. Por consiguiente, los diversos formularios deben ser usados, de suyo, en el tiempo litúrgico al que han sido asignados. No obstante, por causa justa, algunos formularios pueden usarse también en otro tiempo litúrgico; por ejemplo:

— la misa de «Santa María de Nazaret», que se encuentra entre las misas del tiempo de Navidad (núm. 8), puede ser celebrada convenientemente también en el tiempo ordinario, si un grupo de fieles quiere conmemorar la vida de la Virgen en Nazaret y su valor ejemplar;

— la misa de «La Virgen María, madre de la reconciliación», que se encuentra entre los formularios del tiempo de Cuaresma (núm. 14), puede ser usada correctamente en el tiempo ordinario, cuando se celebra la eucaristía para suscitar sentimientos de reconciliación y de concordia.

Por el contrario, misas como la de «La Virgen María en la Epifanía del Señor» (núm. 6) o la de «La Virgen María en la resurrección del Señor» (núm. 15) no pueden ser celebradas fuera del tiempo de Navidad o de Pascua, respectivamente, a causa de la pertenencia a un determinado tiempo litúrgico.

A) Uso de las «Misas» en los santuarios marianos

29. Las *Misas de la Virgen María*, como se ha dicho antes en el número 21, están destinadas en primer lugar a los santuarios marianos, para que en ellos se incremente la verdadera devoción a la Madre del Señor y se nutra del genuino espíritu litúrgico.

Esto será una gran ventaja para las Iglesias particulares, cuya actividad pastoral se ve sostenida y favorecida en gran manera por las iniciativas y las obras de los santuarios marianos. En los santuarios —como dispone el Có-

digo de Derecho Canónico—, es preciso proporcionar a los fieles con mayor abundancia «los medios de salvación, predicando con diligencia la palabra de Dios y fomentando con esmero la vida litúrgica principalmente mediante la celebración de la eucaristía y de la penitencia, y practicando también otras formas aprobadas de piedad popular»³³.

30. La celebración de la eucaristía es el culmen y el centro de toda la acción pastoral de los santuarios: desean participar especialmente en ella los numerosos peregrinos que se reúnen en los santuarios, los grupos que se reúnen allí para un encuentro de estudio o de plegaria, los fieles que acuden individualmente para dirigir sus súplicas a Dios o para recogerse en oración contemplativa.

Por eso, es necesario poner el mayor cuidado en la celebración de la eucaristía para que la acción litúrgica, adaptada a las condiciones particulares de los fieles y de los grupos, resulte ejemplar, y la asamblea que celebra los divinos misterios ofrezca una imagen genuina de la Iglesia³⁴.

31. La Congregación para el Culto Divino suele conceder a los santuarios marianos la facultad de celebrar con frecuencia la misa de santa María Virgen.

En el uso de las *Misas de la Virgen María* ha de observarse cuanto sigue:

a) habida cuenta del tiempo litúrgico, estas misas se pueden celebrar todos los días, excepto los indicados en los números 1-6 de la *Tabla de los días litúrgicos*³⁵;

³³ *Código de Derecho Canónico*, can. 1234.

³⁴ Cf. Concilio Vaticano II, Constitución *Sacrosanctum Concilium*, sobre la sagrada liturgia, núm. 2: AAS 56 (1964), pp. 97-98.

³⁵ Los días indicados en los números 1-6 de la Tabla (*Calendario Romano general*, núm. 59: *Misal Romano*, p. 111) son:

1. Triduo pascual de la Pasión y Resurrección del Señor.
2. Natividad del Señor, Epifanía, Ascensión y Pentecostés.
Domingos de Adviento, Cuaresma y Pascua.
Miércoles de Ceniza.
Semana Santa, desde el lunes al jueves, inclusive.
Días de la octava de Pascua.
3. Solemnidades del Señor, de la Santísima Virgen María y de los Santos, inscritos en el Calendario general.
Conmemoración de todos los fieles difuntos.
4. Solemnidades propias, a saber:
 - a) Solemnidad del Patrono principal del lugar, sea pueblo o ciudad.
 - b) Solemnidad de la Dedicación y aniversario de la Dedicación de la iglesia propia.
 - c) Solemnidad del Título de la iglesia propia.
 - d) Solemnidad: o del Título,
o del Fundador,
o del Patrono principal de la Orden o Congregación.
5. Fiestas del Señor inscritas en el Calendario general.
6. Domingos del tiempo de Navidad y del tiempo ordinario.

b) sin embargo, la facultad a que se refiere la letra a) se concede *sola-mente* a los sacerdotes peregrinos o cuando se celebra la misa para un grupo de peregrinos;

c) en el tiempo de Adviento, Navidad, Cuaresma y Pascua, se deben proclamar las lecturas bíblicas asignadas en el Leccionario del tiempo para el día en que se celebra la misa, a no ser que se trate de una celebración que tenga carácter de *fiesta* o de *solemnidad*.

La «misa propia» del santuario

32. La correspondencia de los textos con el título particular con el que es venerada la Virgen María en el santuario hace que los peregrinos —sacerdotes y fieles— prefieran habitualmente celebrar la «misa propia» del santuario.

No obstante, hay que evitar que sea celebrada exclusivamente la «misa propia» del santuario, completamente al margen de los tiempos del año litúrgico. En efecto, es conveniente variar inteligentemente el formulario de la misa, para ofrecer a los fieles, incluso por medio de la celebración de la eucaristía, una visión completa de la historia de la salvación y de la inserción de la Virgen en el misterio de Cristo y de la Iglesia.

33. A título de ejemplo, se señalan algunos casos en los que, en lugar de la «misa propia» del santuario, será útil recurrir a alguna de las *Misas de la Virgen María*:

a) cuando en los tiempos de Adviento, Navidad, Cuaresma y Pascua, las misas de la Virgen previstas en los respectivos tiempos se armonizan perfectamente con los misterios de Cristo celebrados en los citados tiempos litúrgicos;

b) cuando un formulario de las «Misas» refleja mejor las circunstancias concretas de una Iglesia local o de un grupo de peregrinos;

c) cuando un grupo de peregrinos permanece durante algunos días en el santuario o acude a visitarlo con frecuencia.

B. Uso de las «Misas» para la memoria de santa María en el sábado

34. Las *Misas de la Virgen María*, como se ha dicho antes en el número 21, están destinadas también a las comunidades eclesiales que celebran con frecuencia la memoria de santa María «en los sábados del tiempo ordinario en los que no coincida una memoria obligatoria»³⁶, y desean disponer de un repertorio más amplio de formularios.

³⁶ Cf. *Calendario Romano general*, cap. I: El Año litúrgico, núm. 15: *Misal Romano*, p. 103.

35. La costumbre de dedicar el sábado a la bienaventurada Virgen María surgió en los monasterios carolingios a finales del siglo VIII y se difundió rápidamente por toda Europa³⁷. Esta práctica fue acogida también en los libros litúrgicos de muchas Iglesias particulares y se convirtió casi en patrimonio de las Órdenes religiosas de vida evangélica y apostólica que empezaron a florecer a principios del siglo XIII.

Con la reforma litúrgica que siguió al Concilio de Trento, la costumbre de celebrar la memoria de santa María en el sábado entró en el *Misal Romano*.

La reforma litúrgica del Concilio Vaticano II ha dado nuevo relieve y vigor a la memoria de santa María en el sábado; en efecto, ha hecho posible celebrarla con más frecuencia, ha aumentado tanto el número de formularios como el número de lecturas bíblicas, y ha renovado los textos eucológicos.

36. La memoria de santa María en el sábado se celebra en muchas comunidades eclesiales como una introducción al «día del Señor»; así, mientras se disponen a celebrar la memoria semanal de la resurrección del Señor, contemplan con veneración a la bienaventurada Virgen que, «en el gran sábado», cuando Cristo yacía en el sepulcro, esperó vigilante, sostenida por la fe y la esperanza, ella sola entre todos los discípulos, la resurrección del Señor³⁸.

Esta memoria de santa María, «antigua (...) y discreta»³⁹, con su cadencia semanal, nos sugiere en cierto modo que la bienaventurada Virgen está presente y activa en la vida de la Iglesia.

C) Uso de las «Misas» en los días en que se permiten «misas facultativas»

37. En las ferias del tiempo ordinario en las que, según las normas de la *Ordenación general del Misal Romano*, están permitidas las «misas facultativas»⁴⁰, se concede al sacerdote que celebra la misa, con el pueblo o sin el pueblo, la facultad de usar los formularios de las «Misas».

Pero, si celebra con la participación del pueblo, al elegir la misa, «el sacerdote mirará en primer lugar al bien espiritual de los fieles, guardándose de imponer su propio gusto. Ponga principalmente cuidado en no omitir habitualmente y sin causa suficiente las lecturas que día tras día están indica-

³⁷ Cf. BERNALDO DE CONSTANZA, *Micrologus de ecclesiasticis observationibus*, cap. 60: PL 151, 1020.

³⁸ Cf. HUMBERTO DE ROMANIS, *De vita regulari*, cap. XXIV: *Quare sabbatum attribuitur beatae Virgini*, vol. II, Roma, ed. A. Befani, 1889, pp. 72-73.

³⁹ PABLO VI, Exhortación apostólica *Marialis cultus*, núm. 9: AAS 66 (1974), p. 122.

⁴⁰ Cf. núm. 316 c).

das en el Leccionario ferial, ya que la Iglesia desea que en la mesa de la palabra de Dios se prepare una mayor abundancia para los fieles.»⁴¹

Recuerden también los sacerdotes y los fieles que la genuina devoción a la santísima Virgen no requiere que se multipliquen las celebraciones de misas de santa María, sino que en ellas todo —lecturas, cantos, homilía, oración de los fieles, oblación del sacrificio...— se desarrolle correctamente, con esmero y con vivo sentido litúrgico.

V. LA PALABRA DE DIOS EN LOS FORMULARIOS DE LAS «MISAS DE LA VIRGEN MARÍA»

38. Para expresar y definir el contenido peculiar de una memoria litúrgica concurren no sólo los textos eucológicos sino también los textos bíblicos. Por esto, se comprende que, desde la antigüedad, se ha puesto un cuidado especial en la elección de las perícopas escriturísticas. Y así, cada formulario de las *Misas de la Virgen María* tiene su propia «serie de lecturas» para la celebración de la liturgia de la palabra.

39. Las lecturas bíblicas de las *Misas de la Virgen María* constituyen un amplio y variado «repertorio», que se ha venido creando a lo largo de los siglos, con la aportación de las comunidades eclesiales, tanto antiguas como de nuestro tiempo.

En este «repertorio bíblico» se pueden distinguir tres géneros de lecturas:

a) lecturas del nuevo y del antiguo Testamento que contemplan directamente la vida y la misión de la bienaventurada Virgen María o contienen profecías que se refieren a ella;

b) lecturas del antiguo Testamento que son aplicadas a santa María desde la antigüedad. En efecto, las sagradas Escrituras, tanto de la antigua como de la nueva Alianza, han sido contempladas por los santos Padres como un conjunto único, lleno del misterio de Cristo y de la Iglesia; por este motivo, algunos hechos, figuras o símbolos del antiguo Testamento prefiguran o evocan de modo admirable la vida y la misión de la bienaventurada Virgen María, gloriosa hija de Sión y Madre de Cristo;

c) lecturas del nuevo Testamento que no se refieren directamente a la bienaventurada Virgen, pero que se proponen para la celebración de su memoria, a fin de poner de manifiesto que en santa María, la primera y perfecta discípula de Cristo, resplandecen de modo extraordinario las virtudes —la

⁴¹ *Ibid.*; cf. *Ordo Lectionum Missae*, Editio Typica altera. Libreria Editrice Vaticana MCMLXXXI, Praenotanda, núm. 83, p. XXXVII (traducción castellana, en las últimas ediciones de los *Leccionarios* I, II, III, V y VII, Coeditores litúrgicos, p. XXIX); Concilio Vaticano II, Constitución *Sacrosanctum Concilium*, sobre la sagrada liturgia, núm. 51: AAS 56 (1964), p. 114.

fe, la esperanza, la humildad, la misericordia, la pureza del corazón... — que son exaltadas en el Evangelio.

40. Por lo que se refiere a las lecturas que han sido asignadas a cada formulario de las *Misas de la Virgen María*, hay que tener en cuenta lo siguiente:

a) se proponen solamente dos lecturas: la primera, tomada del antiguo Testamento o del Apóstol (o sea, de las Cartas o del Apocalipsis), y, en el tiempo pascual, de los Hechos de los apóstoles o del Apocalipsis; la segunda lectura se toma del Evangelio;

b) no obstante, si el sacerdote y los fieles desean proclamar tres lecturas en celebraciones de particular solemnidad, se añadirá otra lectura tomándola o de los textos del *Común de santa María Virgen* o de los textos contenidos en el Apéndice del *Leccionario* de las «Misas», teniendo en cuenta los criterios establecidos en los Prenotandos de la *Ordenación de las lecturas de la misa*, números 78-81 («Principios que hay que aplicar en el uso de la Ordenación de las lecturas de la misa»);

c) las lecturas indicadas en las *Misas de la Virgen María* para cada formulario resultarán ordinariamente las más adecuadas para celebrar una memoria particular de la santísima Virgen. Esto no excluye la facultad del celebrante de sustituirlas con otras lecturas adecuadas, elegidas entre las propuestas en el *Común de santa María Virgen*, o en el Apéndice del *Leccionario* de estas «Misas»⁴².

41. En lo referente a la liturgia de la palabra, obsérvense las normas siguientes:

a) en el tiempo de Adviento, de Navidad, de Cuaresma y de Pascua han de proclamarse las lecturas asignadas a cada día en el *Leccionario* del tiempo, salvo la facultad concedida en el número 31c), a fin de que no se interrumpa la «lectura continuada» de la sagrada Escritura o no se dejen con demasiada frecuencia las lecturas que caracterizan el tiempo litúrgico;

b) en el tiempo ordinario corresponde al sacerdote celebrante establecer, «de común acuerdo con los que offician con él y con los demás que habrán de tomar parte en la celebración, sin excluir a los mismos fieles»⁴³, si es preferible proclamar las lecturas indicadas en el *Leccionario* de las «Misas» o las señaladas por el *Leccionario* del tiempo.

⁴² Cf. *Ordo Lectionum Missae*, Commune beatae Mariae Virginis, núms. 707-712, pp. 325-327; cf. vol. II, Apéndice, núms. 1-21, pp. 189ss.

⁴³ *Ordenación general del Misal romano*, núm. 313; cf. *Ordo Lectionum Missae*, Praenotanda, núm. 78, pp. XXXV-XXXVI (traducción castellana, en las últimas ediciones de los *Leccionarios* I, II, III, V y VII, Coeditores litúrgicos, pp. XXVII-XXVIII).

VI. ADAPTACIONES

42. Corresponde a las Conferencias Episcopales procurar la traducción de los formularios de las «Misas» a las diversas lenguas vernáculas, según las normas vigentes para las traducciones populares⁴⁴, de manera que responda a la índole de cada lengua y de cada cultura. Cuando parezca oportuno, pueden añadirse melodías adaptadas para el canto.

43. Pertenece también a las Conferencias Episcopales añadir, en apéndice, los formularios aprobados de las misas de la Virgen relativas a los títulos con los que es venerada por los fieles de toda o de una gran parte de un país o de una región.

⁴⁴ Cf. Consejo para la puesta en práctica de la Constitución sobre la sagrada liturgia, Instrucción *De popularibus interpretationibus conficiendis*: en *Notitiae* 5 (1969), pp. 3-12 (traducción castellana, en *Pastoral Litúrgica* 36/37 (1969), pp. 13-22); Sagrada Congregación para los Sacramentos y el Culto Divino, *Epistula ad Praesides Conferentiarum Episcopaliū de linguis vulgaribus in S. Liturgiam inducendis*: en *Notitiae* 12 (1976), pp. 300-302 (traducción castellana, en *Pastoral Litúrgica* 93/94 (1976), pp. 5-7).

RELACIÓN DE LAS MISAS

TIEMPO DE ADVIENTO

1. La Virgen María, estirpe escogida de Israel
2. La Virgen María en la Anunciación del Señor
3. Visitación de la bienaventurada Virgen María

TIEMPO DE NAVIDAD

4. Santa María, Madre de Dios
5. La Virgen María, Madre del Salvador
6. La Virgen María en la Epifanía del Señor
7. Santa María en la Presentación del Señor
8. Santa María de Nazaret
9. La Virgen María de Caná

TIEMPO DE CUARESMA

10. Santa María, discípula del Señor
11. La Virgen María junto a la cruz del Señor (I)
12. La Virgen María junto a la cruz del Señor (II)
13. La Virgen María confiada como madre a los discípulos
14. La Virgen María, madre de la reconciliación

TIEMPO PASCUAL

15. La Virgen María en la resurrección del Señor
16. Santa María, fuente de luz y de vida
17. La Virgen María del Cenáculo
18. La Virgen María, reina de los apóstoles

TIEMPO ORDINARIO

Primera sección:

Esta sección comprende once formularios que celebran la memoria de la Madre de Dios bajo una serie de títulos tomados principalmente de la sagrada Escritura o que expresan la relación de María con la Iglesia.

19. Santa María, Madre del Señor
20. Santa María, la nueva mujer
21. El santo Nombre de la bienaventurada Virgen María
22. Santa María, esclava del Señor
23. La Virgen María, templo del Señor

24. La Virgen María, trono de la Sabiduría
25. La Virgen María, imagen y madre de la Iglesia (I)
26. La Virgen María, imagen y madre de la Iglesia (II)
27. La Virgen María, imagen y madre de la Iglesia (III)
28. El Inmaculado Corazón de la Virgen María
29. La Virgen María, reina del universo

Segunda sección:

Esta sección consta de nueve formularios, en los que la Madre del Señor es venerada bajo advocaciones que recuerdan su intervención en la vida espiritual de los fieles.

30. La Virgen María, madre y medianera de la gracia
31. La Virgen María, fuente de la salvación
32. La Virgen María, madre y maestra espiritual
33. La Virgen María, madre del buen consejo
34. La Virgen María, causa de nuestra alegría
35. La Virgen María, amparo de la fe
36. La Virgen María, madre del amor hermoso
37. La Virgen María, madre de la santa esperanza
38. Santa María, madre y reina de la unidad

Tercera sección:

Esta sección comprende ocho formularios que celebran la memoria de santa María bajo títulos que evocan su misericordiosa intercesión en favor de los fieles.

39. Santa María, reina y madre de misericordia
40. La Virgen María, madre de la divina providencia
41. La Virgen María, madre del consuelo
42. La Virgen María, auxilio de los cristianos
43. La Virgen María de la Merced
44. La Virgen María, salud de los enfermos
45. La Virgen María, reina de la paz
46. La Virgen María, puerta del cielo

SIGLAS

I. LIBROS DE LA BIBLIA

Ag	Profecía de Ageo
Ap	Libro del Apocalipsis
1 y 2Co	Primera y segunda carta del apóstol san Pablo a los Corintios
Col	Carta del apóstol san Pablo a los Colosenses
1Cro	Primer libro de las Crónicas
Ct	Libro del Cantar de los cantares
Dt	Libro del Deuteronomio
Ef	Carta del apóstol san Pablo a los Efesios
Est	Libro de Ester
Ex	Libro del Éxodo
Ez	Profecía de Ezequiel
Ga	Carta del apóstol san Pablo a los Gálatas
Gn	Libro del Génesis
Hb	Carta a los Hebreos
Hch	Libro de los Hechos de los apóstoles
Is	Libro de Isaías
Jdt	Libro de Judit
Jn	Evangelio según san Juan
Jon	Profecía de Jonás
Jr	Libro de Jeremías
Lc	Evangelio según san Lucas
2M	Segundo libro de los Macabeos
Mc	Evangelio según san Marcos
Mi	Profecía de Miqueas
MI	Profecía de Malaquías
Mt	Evangelio según san Mateo
Nm	Libro de los Números
1P	Primera carta del apóstol san Pedro
Pr	Libro de los Proverbios

1R	Primer libro de los Reyes
Rm	Carta del apóstol san Pablo a los Romanos
Rt	Libro de Rut
1 y 2S	Primero y segundo libro de Samuel
Sal	Libro de los Salmos
Sb	Libro de la Sabiduría
Si	Libro del Eclesiástico (Sirácida)
So	Profecía de Sofonías
Tb	Libro de Tobías
1 y 2Tm	Primera y segunda carta del apóstol san Pablo a Timoteo
Tt	Carta del apóstol san Pablo a Tito
Za	Profecía de Zacarías

II. ESCRITOS PATRÍSTICOS

CSEL	Corpus scriptorum ecclesiasticorum Latinorum
PG	Patrologia Graeca
PL	Patrologia Latina
SCh	Sources chrétiennes (Le Cerf, París)

III. DOCUMENTOS DEL MAGISTERIO ECLESIAÍSTICO

DV	Constitución dogmática <i>Dei verbum</i> , sobre la divina revelación
MC	PABLO VI, Exhortación apostólica <i>Marialis cultus</i>
LG	Constitución dogmática <i>Lumen gentium</i> , sobre la Iglesia
SC	Constitución <i>Sacrosanctum Concilium</i> , sobre la sagrada liturgia

IV. TEXTOS LITÚRGICOS

Al	Aleluya
Ant com	Antífona de comunión
Ant entr	Antífona de entrada
Ant fin	Antífona final a la Santísima Virgen
Ant Magn	Antífona del Magnificat
Ant Sex	Antífona de Sexta

<i>Co</i>	Oración colecta
<i>Dc</i>	Oración después de la comunión
<i>Ev</i>	Evangelio
<i>Him</i>	Himno
<i>Ld</i>	Laudes
<i>1 Lect</i>	Primera lectura
<i>LH</i>	Liturgia de las Horas
<i>Of lect</i>	Oficio de lectura
<i>OLM</i>	Ordo Lectionum Missae
<i>Pf</i>	Prefacio
<i>Sal resp</i>	Salmo responsorial
<i>So</i>	Oración sobre las ofrendas
<i>SP</i>	Sacramentario Paduano
<i>SV</i>	Sacramentario Veronense
<i>Ver ev</i>	Versículo antes del evangelio
<i>Vp</i>	Vísperas

V. PUBLICACIONES

<i>AAS</i>	Acta Apostolicae Sedis
<i>ASS</i>	Acta Sanctae Sedis

TIEMPO DE ADVIENTO

En el tiempo de Adviento, la liturgia romana celebra la doble «Venida del Señor»: una, humilde, cuando, al cumplirse el tiempo (cf. Ga 4, 4), el Hijo de Dios, tomando de la santísima Virgen su condición humana, vino al mundo para salvar a los hombres; la otra, gloriosa, cuando, al final de los tiempos, vendrá «para juzgar a vivos y muertos» (Profesión de fe) e introducir a los justos en la casa del Padre, donde los ha precedido gloriosa la Virgen María.

FORMULARIOS DE MISAS

1. La Virgen María, estirpe escogida de Israel.
2. La Virgen María en la Anunciación del Señor.
3. Visitación de la bienaventurada Virgen María.

LA VIRGEN MARÍA, ESTIRPE ESCOGIDA DE ISRAEL

En el tiempo de Adviento, la liturgia romana celebra el designio de salvación por el que Dios misericordioso llamó a los patriarcas y los atrajo hacia sí con una alianza de amor, estableció la Ley por medio de Moisés, suscitó profetas y escogió a David para que de su descendencia naciera el Salvador del mundo. Los libros del antiguo Testamento, al anunciar de antemano la venida de Cristo, «van sacando a luz progresivamente y cada vez con mayor claridad la figura de una mujer, Madre del Redentor» (LG 55), a saber, la Virgen María, a quien la Iglesia proclama honor de Israel y excelsa Hija de Sión.

La santísima Virgen María, que con su inocencia reparó la culpa de Eva, es «hija de Adán por su condición humana» (*Pf*); ella, que acogiendo con fe el anuncio del ángel, concibió en su seno virginal al Hijo de Dios es «descendiente de Abrahán por la fe» (*Pf*); por su estirpe es «la vara de Jesé» (*Pf*) de la cual brotó la flor, Jesucristo, nuestro Señor.

Santa María, obedeciendo con sincero corazón a la Ley y abrazando con toda el alma la voluntad de Dios, como enseña el Concilio Vaticano II, «descuella entre los humildes y pobres del Señor, que de él esperan confiadamente y reciben la salvación. Finalmente, con ella, la excelsa Hija de Sión, después de la larga espera de la promesa, se cumplen los tiempos y se inaugura la nueva Economía, cuando el Hijo de Dios toma de ella la naturaleza humana, para librar al hombre del pecado, con los misterios de su carne» (LG 55).

Esta misa de la Virgen María, estirpe escogida de Israel, recuerda y celebra este misterio de la divina misericordia y de la salvación.

Con razón, pues, en la primera lectura se conmemora la promesa del Señor a Abrahán («Con tu nombre se bendecirán todas las familias del mundo»: *I Lect*, Gn 12, 1-7; cf. Lc 1, 55) o bien la promesa hecha a David por boca del profeta Natán («Tu casa y tu reino durarán por siempre en mi presencia; tu trono permanecerá por siempre»: *I Lect*, 2S 7, 1-5. 8b-11. 16; cf. Lc 1, 32-33); en el evangelio se proclama la genealogía de Jesucristo (*Ev*, Mt 1, 1-17), por la que se muestra que nuestro Salvador es hijo de David e hijo de Abrahán (cf. Mt 1, 1).

Antífona de entrada

Cf. So 3, 14; Ag 2, 8

Alégrate y gózate de todo corazón, Hija de Jerusalén; viene el deseado de todos los pueblos, y se llenará de gloria la casa del Señor.

Oración colecta

Oh Dios, que has elegido a la bienaventurada Virgen María, excelsa entre los humildes y los pobres, Madre del Salvador, concédenos que, siguiendo sus ejemplos, podamos ofrecerte una fe sincera y poner en ti la total esperanza de nuestra salvación. Por nuestro Señor Jesucristo.

O bien:

Oh Dios, que has cumplido las promesas hechas a nuestros Padres, al elegir a la bienaventurada Virgen María, excelsa Hija de Sión, concédenos seguir los ejemplos de aquella que te agradó en su humildad y nos aprovechó en su obediencia. Por nuestro Señor Jesucristo.

Oración sobre las ofrendas

Acepta, Señor, estas ofrendas y transfórmalas con tu poder en el sacramento de salvación, que puso fin a los sacrificios de la antigua alianza y en el que ahora se ofrece el verdadero Cordero nacido de la Virgen Inmaculada, tu Hijo Jesucristo. Que vive y reina por los siglos de los siglos.

Prefacio

SANTA MARÍA, HIJA DE ADÁN, DESCENDENCIA DE ABRAHÁN, VARA DE JESÉ

V. El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

V. Levantemos el corazón.

R. Lo tenemos levantado hacia el Señor.

V. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

R. Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias
siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno.

Que has constituido a la bienaventurada Virgen María
cumbre de Israel y principio de la Iglesia,
para que todos los pueblos conozcan
que la salvación viene de Israel
y que la nueva familia brota del tronco elegido.
Ella, hija de Adán por su condición humana,
reparó con su inocencia la culpa de la madre.
Ella, descendiente de Abrahán por la fe,
concibió en su seno creyendo.
Ella es la vara de Jesé
que ha florecido en Jesucristo, Señor nuestro.
Por él, adoran tu majestad los coros de los ángeles,
gozosos en tu presencia.
Permítenos unirnos a sus voces
cantando tu alabanza:
Santo, Santo, Santo...

Antífona de comunión

Goza y alégrate, regocijo de los patriarcas. Gózate, tú que por el ángel recibiste el gozo del mundo. Gózate, tú que nos produjiste el pan de vida.

Oración después de la comunión

Fortalecidos con los sacramentos de la vida,
te pedimos, Señor,
que, quienes confesamos el cumplimiento en Cristo,
nacido de la Virgen Madre,
de las promesas hechas a los Padres,
alcancemos con gozo en su segunda venida
lo que todavía esperamos
Por Jesucristo, nuestro Señor.

LA VIRGEN MARÍA EN LA ANUNCIACIÓN DEL SEÑOR

En el tiempo de Adviento la liturgia recuerda todos los días el mensaje de Gabriel a la santísima Virgen María: «El ángel Gabriel dijo a María: “Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo; bendita tú entre las mujeres”» (*Ant Sex*); y le suplica también cada día: «Madre del Redentor... Recibe el saludo del ángel Gabriel, y ten piedad de nosotros, pecadores» (*Ant fin*).

El consentimiento de la Virgen, que, según el beneplácito de Dios, precedió a la encarnación (cf. LG 56), tiene una gran importancia en la historia de la salvación, ya que la encarnación del Verbo es la restauración del hombre.

Este misterio de nuestra salvación la liturgia romana lo conmemora no sólo en la solemnidad del día 25 de marzo, sino también, al acercarse la Natividad del Señor, el día 20 de diciembre y sobre todo el cuarto domingo de Adviento del año B, ya que la celebración de este misterio concuerda perfectamente con la índole y naturaleza del tiempo de Adviento.

Por esto la misa de la Virgen María en la Anunciación del Señor se emplea con mucha propiedad siempre que, en el tiempo de Adviento, se ha de celebrar, con causa justa, la memoria de la Madre del Señor.

En este formulario se lee la profecía de la virgen que ha de dar a luz («Mirad: la virgen está encinta y da a luz un hijo»: *1 Lect*, Is 7, 10-14; 8, 10c) y el anuncio de Gabriel a la Virgen de Nazaret («Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo»: *Ev*, Lc 1, 26-38).

Esta misa se celebraba antiguamente el miércoles de las Témporas de Adviento y, durante la edad media, se le llamaba con frecuencia «misa áurea», a causa de su belleza.

El formulario se halla en el *Misal Romano*, Común de santa María Virgen, en tiempo de Adviento (p. 708), excepto el prefacio, que está tomado de la misa de la solemnidad de la Anunciación del Señor (día 25 de marzo), *ibid.* (p. 561).

Antífona de entrada

Is 45, 8

Cielos, destilad el rocío; nubes, derramad la victoria; ábrase la tierra y brote la salvación.

Oración colecta

Dios todopoderoso,
que, según lo anunciaste por el ángel,
has querido que tu Hijo
se encarnara en el seno de María, la Virgen,
escucha nuestras súplicas
y haz que sintamos la protección de María
los que la proclamamos verdadera Madre de Dios.
Por nuestro Señor Jesucristo.

Oración sobre las ofrendas

El Espíritu Santo,
que fecundó con su poder el seno de María,
santifique, Señor, las ofrendas
que te presentamos sobre el altar.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio

LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA
OYÓ CONFIADAMENTE AL MENSAJERO CELESTE

V. El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

V. Levantemos el corazón.

R. Lo tenemos levantado hacia el Señor.

V. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

R. Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación

darte gracias
siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno,
por Cristo, Señor nuestro.

Porque la Virgen creyó el anuncio del ángel:
que Cristo, por obra del Espíritu Santo,
iba a hacerse hombre por salvar a los hombres;
y lo llevó en sus purísimas entrañas con amor.
Así, Dios cumplió sus promesas al pueblo de Israel
y colmó de manera insospechada
la esperanza de los otros pueblos.

Por eso,
los ángeles te cantan con júbilo eterno
y nosotros nos unimos a sus voces
cantando humildemente tu alabanza:
Santo, Santo, Santo...

Antífona de comunión

Is 7, 14

Mirad: la Virgen está encinta y dará a luz un hijo y le pondrá por nombre
Dios-con-nosotros.

Oración después de la comunión

Señor, que los sacramentos que hemos recibido
nos otorguen siempre tu misericordia,
y, por la encarnación de tu Hijo Jesucristo,
salva a los que veneramos fielmente
la memoria de su Madre, la Virgen María.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

VISITACIÓN DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA

El misterio de salvación, rebotante de dones celestiales, por el que la santísima Virgen María, cubierta por la sombra del Espíritu Santo y llevando en su seno al Verbo divino, visitó a Isabel, la liturgia romana lo celebra más de una vez: en la fiesta del día 31 de mayo, próximo el nacimiento de Juan (día 24 de junio), y también, por una cierta íntima conexión, en el tiempo de Adviento, el día 21 de diciembre y sobre todo el cuarto domingo del año C, en la inminencia de la Natividad del Señor.

Por esto la misa de la Visitación de la bienaventurada Virgen María se emplea adecuadamente cuando, en tiempo de Adviento, se ha de celebrar, por causa justa, la memoria de la Madre del Señor.

La santísima Virgen María, al visitar a su parienta Isabel, insinúa el misterio de salvación por el que Dios «ha visitado y redimido a su pueblo» (*Ant entr*, Lc 1, 68); es asimismo modelo de la Iglesia, la cual, «nutrida en los sacramentos divinos y llena del Espíritu Santo», visita a todos los pueblos para que «reconozcan a Cristo como su Salvador» (*Dc*).

En esta misa se celebra a la santísima Virgen como:

— *nueva Hija de Sión*, que en su seno («en medio de ti») lleva al Señor, Rey de Israel (*1 Lect*, So 3, 14-18a);

— *nueva arca de la alianza*, que, llevando en su seno al Verbo, lleva «la salvación y el gozo a la casa de Isabel» (*Co*, cf. 1Cro 13, 14);

— *nueva criatura* formada por el Espíritu Santo (cf. *So*, cf. LG 56), que, «inundada del rocío celestial» (*So*), dio el fruto de salvación, Cristo Jesús;

— *madre del Señor*, reconocida como tal por Isabel, la madre del Precursor, con sus «palabras proféticas ... movida por el Espíritu Santo» (*Pf*), entregada totalmente al misterio de la redención;

— *mujer santa* que, instruida por las palabras del ángel, se apresura en el cumplimiento de su función salvadora y proclama la grandeza de Dios con un cántico agradecido de alabanza (cf. *Ev*, Lc 1, 39-56); que destaca «por su actitud de servicio» (*Pf*) y con razón es saludada dichosa «por su fe en la salvación prometida» (*Pf*, cf. *Al*, Lc 1, 45), ella, cuya humillación ha mirado Dios (*Ant com*, Lc 1, 48) y a quien proclamarán todas las generaciones.

Antífona de entrada

Lc 1, 68-69a. 70

Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo, suscitándonos una fuerza de salvación, según lo había predicho desde antiguo por boca de sus santos profetas.

Oración colecta

Oh Dios, Salvador de los hombres,
que, por medio de la bienaventurada Virgen María,
arca de la nueva alianza,
llevaste la salvación y el gozo a la casa de Isabel,
concédenos ser dóciles a la inspiración del Espíritu
para poder llevar a Cristo a los hermanos
y proclamar tu grandeza con nuestras alabanzas
y la santidad de nuestras costumbres.
Por nuestro Señor Jesucristo.

Oración sobre las ofrendas

El mismo Espíritu Santo,
que formó a la Virgen María como nueva criatura,
para que de ella, inundada del rocío celestial,
naciera Jesucristo, tu Hijo, el fruto de la salvación,
santifique ahora, Señor, nuestros dones.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio

SANTA MARÍA, BIENAVENTURADA
POR LA FE EN LA SALVACIÓN PROMETIDA

V. El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

V. Levantemos el corazón.

R. Lo tenemos levantado hacia el Señor.

V. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

R. Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias
siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno.
Que por las palabras proféticas de Isabel,
movida por el Espíritu Santo,
nos manifiestas la grandeza
de la Virgen santa María.

Porque ella, por su fe en la salvación prometida,
es saludada como dichosa,
y por su actitud de servicio
es reconocida como Madre del Señor
por la madre del que le iba a preceder.

Por eso, unidos con alegría
al cántico de la Madre de Dios,
proclamamos tu grandeza,
cantando con los ángeles y los santos:
Santo, Santo, Santo...

Antífona de comunión

Lc 1, 48

Ha mirado la humillación de su esclava, desde ahora me felicitarán todas las generaciones.

Oración después de la comunión

Tu Iglesia, Señor,
nutrida en los sacramentos divinos
y llena del Espíritu Santo,
vaya gozosa al encuentro de todos los pueblos,
para que, al oír la palabra de salvación,
se alegren por la redención cumplida
y reconozcan a Cristo como su Salvador.
Que vive y reina por los siglos de los siglos.

TIEMPO DE NAVIDAD

En el tiempo de Navidad, la Iglesia celebra los misterios de la infancia de Cristo Salvador y sus primeras manifestaciones. Por ello, en este tiempo litúrgico, que concluye con la fiesta del Bautismo del Señor, se incluye también una misa relacionada con la manifestación del Señor en Caná de Galilea.

La santísima Virgen, por designio de Dios, intervino de manera admirable en los misterios de la infancia y de la manifestación del Salvador: cuando engendró virginalmente al Hijo, lo mostró a los pastores y a los magos, lo presentó en el templo y lo ofreció al Señor; cuando marchó fugitiva a Egipto, buscó al Niño perdido, llevó con él y con su esposo José una vida santa y laboriosa en su casa de Nazaret; cuando, finalmente, en el banquete nupcial intercedió por los esposos ante el Hijo, el cual «comenzó sus signos» y «manifestó su gloria» (Jn 2, 11).

FORMULARIOS DE MISAS

4. Santa María, Madre de Dios.
5. La Virgen María, Madre del Salvador.
6. La Virgen María en la Epifanía del Señor.
7. Santa María en la Presentación del Señor.
8. Santa María de Nazaret.
9. La Virgen María de Caná.

SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS

Esta misa celebra el «admirable misterio» y el «inefable designio» (*Pf*) por el que el Padre misericordioso envió a su Hijo «desde el cielo al seno de la santa Virgen» (*Co 1*) (cf. S. Hipólito, *Traditio apostolica*, 4: SCh 11 bis, p. 48), a fin de que fuera para nosotros «palabra de salvación y pan de vida» (*Co 1*). Pero también conmemora la fe y la humildad con que santa María lo recibió en su corazón y lo «llevó encerrado en sus entrañas» (*Pf*). Por esto la humilde Virgen de Nazaret es para nosotros un ejemplo con cuya imitación recibamos en nosotros al Hijo de Dios: «recibir a Cristo como ella, / conservando sus palabras en el corazón / y celebrando con fe sus misterios» (*Co 1*) y, en consecuencia, lo manifestemos «con obras dignas de santidad» (*Co 2*) y lo confesemos «de palabra y de obra» (*Dc*).

Los textos de esta misa son como un eco de los sermones de los santos Padres y de la antigua liturgia:

— de aquella sentencia de san Agustín (+ 431), según la cual la santísima Virgen María «concibió en su espíritu antes que en su seno» (*Co 2*; *Sermo 25*, 7: PL 46, 937), por lo que se ensalza su fe y su obediencia y se declara su espiritual parentesco con el Hijo;

— de aquella expresión de san Bernardo (+ 1153), según la cual la santísima Virgen «si bien agradó (a Dios) por su virginidad, concibió por su humildad» (*In laudibus Virginis Matris*, I, 5: *Opera omnia*, IV, ed. Cistercienses, Roma 1966, p. 18).

Merece especial atención el prefacio *Porque por un admirable misterio*, que de modo admirable pone de relieve la virginal y salvadora maternidad de santa María Virgen: «Se gozó, en efecto (santa María), de dos gracias: / se admira porque concibió virgen, / se alegra porque alumbró al Redentor». Los expertos en sagrada liturgia enumeran este prefacio entre los más antiguos de santa María, ya que se encuentra en el Sacramentario Paduano (SP 387).

Antífona de entrada

Virgen Madre de Dios, el que no cabe en el universo, al hacerse hombre se encerró en tu seno.

O bien:

Sedulio

¡Salve, Madre santa!, Virgen, Madre del Rey, que gobierna cielo y tierra por los siglos de los siglos.

Oración colecta

Oh Dios, que enviaste a tu Hijo,
palabra de salvación y pan de vida,
desde el cielo al seno de la santa Virgen,
concédenos recibir a Cristo como ella,
conservando sus palabras en el corazón
y celebrando con fe sus misterios.
Por nuestro Señor Jesucristo.

O bien:

Con obras dignas de santidad,
concédenos, Señor, manifestar a Cristo,
a quien recibimos por la fe;
a ejemplo de santa María,
que concibió en su espíritu antes que en su seno
al Hijo venido del cielo.
Que vive y reina contigo.

Oración sobre las ofrendas

Que te sean gratos, Señor, los dones de tu pueblo,
presentados en la memoria de la bienaventurada Virgen;
ella supo complacerte por la virginidad
y por su humildad concibió a tu Hijo Jesucristo, nuestro Señor.
Que vive y reina por los siglos de los siglos.

Prefacio

SANTA MARÍA SE ALEGRA PORQUE DIO A LUZ AL REDENTOR
PERMANECIENDO VIRGEN

V. El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

V. Levantemos el corazón.

R. Lo tenemos levantado hacia el Señor.

V. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

R. Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario
es nuestro deber y salvación
darte gracias
siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno.

Porque por un admirable misterio
y por un inefable designio,
la santa Virgen concibió a tu Unigénito
y llevó encerrado en sus entrañas al Señor del cielo.
La que no conoció varón es madre,
y después del parto permanece virgen.
Se gozó, en efecto, de dos gracias:
se admira porque concibió virgen,
se alegra porque alumbró al Redentor.

Por él,
los ángeles te cantan con júbilo eterno
y nosotros nos unimos a sus voces
cantando humildemente tu alabanza:
Santo, Santo, Santo...

Antífona de comunión

Dichoso el vientre de la Virgen María, que llevó al Hijo del eterno Padre.

Oración después de la comunión

Alimentados con esta eucaristía,
te pedimos, Señor,
confesar de palabra y de obra
a tu Hijo, nacido de madre virgen,
a quien hemos recibido en este sacramento.
Que vive y reina por los siglos de los siglos.

LA VIRGEN MARÍA, MADRE DEL SALVADOR

Con el título de *La Virgen María, Madre del Salvador*, se ofrece una misa que se encuentra en el *Misal Romano*, Común de santa María Virgen, en tiempo de Navidad (p. 709), cuyos textos se distinguen por su antigüedad y belleza; el prefacio proviene del venerable Sacramentario Veronense (SV 1247).

En esta misa, impregnada del gozo y de la luz de la Natividad del Señor, se pone de relieve:

— en primer lugar la función maternal de santa María Virgen para con Jesucristo, que es reconocido como el Rey «que tiene un nombre eterno» (*Ant entr*), como Hijo de Dios (*Co, Pf, Dc*), «autor de la vida» (*Co*, cf. Hch 3, 15), «sacramento de nuestra salvación» (*Pf*), «luz de las naciones» (*Pf*, cf. Lc 2, 32), «esposo» (*Pf*, cf. Sal 18 [19] A, 6), «Palabra» que «se hizo carne» (*Ant com*, Jn 1, 14);

— la maternidad virginal de santa María (cf. *Co*), por la cual Dios entregó a los hombres «los bienes de la salvación» (*Co*), y también la manera admirable cómo en la santísima Virgen «su gozo de madre se une al honor de virgen» (*Ant entr*), de lo que se deriva su peculiar condición y dignidad, ya que «nadie ha sido semejante a ella, ni antes ni después» (*Ant entr*);

— la perenne intercesión de la Virgen María en favor del pueblo de Dios: «Concedéndonos experimentar la intercesión materna / de la que nos ha dado a tu Hijo Jesucristo, / el autor de la vida» (*Co*);

— el ejemplo de la Madre del Señor, para que los fieles «busquen y conserven» (*So*) las cosas de Dios.

Antífona de entrada

La Madre engendró al Rey que tiene un nombre eterno; su gozo de madre se une al honor de virgen. Nadie ha sido semejante a ella, ni antes ni después.

Oración colecta

Oh Dios,
que por la maternidad virginal de María

entregaste a los hombres los bienes de la salvación,
concédenos experimentar la intercesión materna
de la que nos ha dado a tu Hijo Jesucristo,
el autor de la vida.
Que vive y reina contigo.

Oración sobre las ofrendas

Recibe, Señor, los dones que te presentamos,
y que nuestros corazones,
encendidos por la luz del Espíritu Santo,
busquen y conserven, a ejemplo de María,
tu voluntad y tu palabra.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio

EL SALVADOR SALIÓ DE MARÍA
COMO EL ESPOSO DEL TÁLAMO

V. El Señor esté con vosotros.
R. Y con tu espíritu.
V. Levantemos el corazón.
R. Lo tenemos levantado hacia el Señor.
V. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.
R. Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias
siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno.

Especialmente en este tiempo
en el que has revelado,
desde el misterioso seno de una Virgen,
a tu Hijo Jesucristo,

sacramento de nuestra salvación
para luz de las naciones.

El cual, como el esposo que sale del tálamo
brilló ante nosotros como Señor y Salvador,
para sacarnos de las tinieblas y sombras de muerte
al reino de la luz eterna.

Por eso,
unidos a los coros de los ángeles,
te alabamos proclamando con alegría:
Santo, Santo, Santo...

Antífona de comunión

Jn 1, 14

La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros, llena de gracia y de verdad.

Oración después de la comunión

Alimentados por el Cuerpo y la Sangre
de tu Hijo, hecho hombre,
te rogamos, Señor,
que estos sacramentos, recibidos con gozo
en la conmemoración de la Virgen María,
nos hagan partícipes de la divinidad de tu Hijo.
Que vive y reina por los siglos de los siglos.

LA VIRGEN MARÍA EN LA EPIFANÍA DEL SEÑOR

En el tiempo de la Natividad del Señor la Iglesia celebra el misterio de la *aparición* o *manifestación* del Verbo de Dios, hecho hombre, a todos los pueblos: en primer lugar a los judíos, representados por los humildes pastores, «primicias de la Iglesia de Israel» (*Pf*); luego a los paganos, de quienes los magos son «primeros retoños de la Iglesia» (*Pf*).

Estos datos merecen especial atención en la misa:

— la celebración de la *luz*, que significa la gloria de Dios Padre, que amanece sobre Jerusalén (cf. *1 Lect*, Is 60, 1-6), que envolvió a los pastores (cf. *Pf*, Lc 2, 9) y que de un modo admirable condujo hasta Cristo a los magos, «guiados por la estrella» (*Pf*, cf. *Ev*, Mt 2, 2. 9-10, *Ant com*); también a Jesucristo, «gloria de Israel y luz de las naciones» (*Co*, cf. Lc 2, 32), que manifestado al mundo por el Padre (cf. *Co*), manifestó él, a su vez, al mundo la gloria del Padre (cf. *So*);

— la celebración de la *misión salvadora* de Cristo. Son muchos y de gran importancia los «títulos cristológicos» que se hallan en este formulario: Cristo es Hijo de Dios (cf. *Co*, *Dc*) e hijo de la Virgen (cf. *So*, *Pf*); «la grandeza de Dios y su poder», «el Excelso», que «quiso nacer humilde» (*Ant entr*); el «único Mediador y Salvador de todos los hombres» (*Co*), cuyo nacimiento nos salva (cf. *Dc*), cuya vida estuvo consagrada totalmente a la salvación de los hombres (cf. *So*). Por esto los pastores «reconocen a Cristo salvador» (*Pf*) en el hijo de la humilde Esclava, y los magos «lo adoran como Dios, lo proclaman como Rey y lo confiesan como Redentor» (*Pf*) en el Niño que hallan con la Madre;

— la celebración del *misterio de la Iglesia*, esbozada en la santa ciudad de Jerusalén (cf. *1 Lect*, Is 60, 1-6) y a la que parece significar la casa donde se encuentra el Niño con su Madre (cf. *Ev*, Mt 2, 11); esta Iglesia se basa en la fe en Cristo (cf. *Co*) y nace de la unión tanto de israelitas como de paganos (cf. *Pf*), ya que el Padre atrae «a la fe del Evangelio a todas las familias de los pueblos» (*Pf*);

— la celebración de la *mediación de la Virgen* en la epifanía del Señor, mediación que algunos textos exponen claramente: «Brilló la grandeza de Dios y su poder se manifestó por medio de una Virgen» (*Ant entr*); «por

la bienaventurada Virgen / manifestaste tu Hijo al mundo» (Co); «por mediación de la Virgen María / atraes a la fe del Evangelio / a todas las familias de los pueblos» (Pf).

Antífona de entrada

Brilló la grandeza de Dios, y su poder se manifestó por medio de una Virgen, porque así quiso el Excelso nacer humilde, para mostrar su majestad en la misma humildad.

Oración colecta

Oh Dios, que por la bienaventurada Virgen
manifestaste tu Hijo al mundo
como gloria de Israel y luz de las naciones,
concédenos que, siguiendo el ejemplo de María,
fortalezcamos nuestra fe en Cristo
y lo reconozcamos como único Mediador
y Salvador de todos los hombres.
Que vive y reina contigo.

Oración sobre las ofrendas

Consagra, Señor,
con el poder del Espíritu Santo
los dones que te ofrecemos con gozo
en la conmemoración de santa María,
para que sean para nosotros
Cuerpo y Sangre de Cristo,
que, nacido de una Virgen y Madre generosa,
manifestó tu gloria
y consagró toda su vida
a la salvación de los hombres.
Que vive y reina por los siglos de los siglos.

Prefacio

POR MEDIACIÓN DE LA VIRGEN,
CRISTO SE MANIFIESTA AL MUNDO

V. El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

V. Levantemos el corazón.

R. Lo tenemos levantado hacia el Señor.

V. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

R. Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias
siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno.

Porque por mediación de la Virgen María
atraes a la fe del Evangelio
a todas las familias de los pueblos.

Los pastores, primicias de la Iglesia de Israel,
iluminados por tu resplandor y advertidos por los ángeles,
reconocen a Cristo Salvador.

Pero también los magos,
primeros retoños de la Iglesia de los paganos,
impulsados por tu gracia y guiados por la estrella,
entran en la humilde casa
y, hallando al Niño con su Madre,
lo adoran como Dios, lo proclaman como Rey
y lo confiesan como Redentor.

Por él,
los ángeles te cantan con júbilo eterno,
y nosotros nos unimos a sus voces
cantando humildemente tu alabanza:

Santo, Santo, Santo...

Antífona de comunión

Cf. Mt 2, 2

Hemos visto salir la estrella del Señor y venimos con regalos a adorarlo.

Oración después de la comunión

El sacramento que acabamos de recibir, Señor, Dios nuestro,
nos muestre siempre tu misericordia,
para que seamos salvados por el nacimiento de tu Hijo
los que hemos celebrado con fe la memoria de su Madre.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

SANTA MARÍA EN LA PRESENTACIÓN DEL SEÑOR

En esta misa, que, guardando lo que el derecho prescribe, se celebra oportunamente el sábado o en las ferias más cercanas al día 2 de febrero, se recuerda la función salvadora de santa María Virgen en el misterio de la presentación del Señor (cf. Lc 2, 27-35).

Santa María, que en este misterio de salvación es saludada como «la Virgen Hija de Sión» (*Pf*):

— de conformidad con la ley de Moisés (cf. Lv 12, 1-8), se sometió al rito de purificación de las parturientas, ella; la «Virgen purísima, que en (su) seno virginal castamente» engendró «al Hijo del eterno Padre» (*Ant entr*);

— cumplió debidamente la ley de los primogénitos (cf. Ex 13, 1-2), rescatando con la ofrenda de los pobres (cf. Lc 2, 42; *So*) al Hijo, «autor de la nueva Ley» (*Co*), «Redentor de todos nosotros» (*So*), «gloria (del) pueblo Israel y luz de las naciones» (*Pf*; cf. Lc 2, 32) y «Señor y Salvador» del mundo (*Ant com*);

— «puesta al servicio de la obra de la salvación» (*Pf*), reconoció en el Hijo al «Cordero sin mancha / para ser inmolado en el ara de la cruz» (*Pf*) y lo ofreció al Padre.

Esta misa, recordando la profecía de Simeón, que anunció que el Niño sería como una bandera discutida y que una espada de dolor traspasaría el corazón de la Madre (cf. Lc 2, 34-35), celebra también la íntima unión de la santísima Virgen con el Hijo en la obra de la salvación: «El mismo amor asocia al Hijo y a la Madre, / el mismo dolor los une / y una misma voluntad de agradarte los mueve» (*Pf*).

En el cumplimiento de estas funciones salvadoras, santa María Virgen se nos presenta como un destacado modelo para la Iglesia. Por esto rogamus al Padre que la Iglesia virgen, «como la Virgen María» (*Dc*), a ejemplo de la Esclava del Señor (cf. Lc 1, 38), «conserva sin mancha la fe, / fortalezca la esperanza / y alimente, en el cielo, la caridad intensa» (*Co*), «sirva con corazón sincero» al Señor (*Dc*) y «con la lámpara de la fe encendida / salga gozosa al encuentro del Esposo» (*Dc*; cf. Mt 25, 1. 4).

Antífona de entrada

Salve, Virgen purísima, que en tu seno virginal castamente engendraste al Hijo del eterno Padre.

Oración colecta

Te pedimos, Señor, que la Iglesia virgen
guarde íntegra la nueva alianza del amor,
e, imitando la humildad de tu esclava,
que te presentó en el templo al autor de la nueva Ley,
conservar sin mancha la fe,
fortalezca la esperanza en el cielo,
y alimente una caridad intensa.
Por nuestro Señor Jesucristo.

Oración sobre las ofrendas

Que te sean gratas, Señor, las oraciones y ofrendas
que te presentamos con alegría
en la memoria de santa María Virgen,
que, para rescatar al Hijo y Redentor de todos nosotros,
realizó la ofrenda de los pobres.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio

LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA,
MEDIADORA DEL DON DE SALVACIÓN

V. El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

V. Levantemos el corazón.

R. Lo tenemos levantado hacia el Señor.

V. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

R. Es justo y necesario.

En verdad es justo darte gracias,
y deber nuestro glorificarte, Padre santo,
en esta memoria de la bienaventurada Virgen María.

Ésta es la Virgen Hija de Sión
que, cumpliendo la ley,
te presentó al Hijo en el templo,
gloria de tu pueblo Israel
y luz de las naciones.

Ésta es la Virgen puesta al servicio de la obra de la salvación,
que te ofrece el Cordero sin mancha
para ser inmolado en el ara de la cruz.

Ésta es la Virgen Madre,
gozosa de su descendencia bendita,
que sufre por la profecía del anciano Simeón,
pero se alegra por el pueblo que sale al encuentro del Salvador.

De este modo, Señor, disponiéndolo tú,
el mismo amor asocia al Hijo y a la Madre,
el mismo dolor los une
y una misma voluntad de agradarte los mueve.

Por eso,
unidos a los coros de los ángeles,
te alabamos proclamando con alegría:
Santo, Santo, Santo...

Antífona de comunión

Se presenta la Virgen llevando en sus manos al Hijo engendrado antes de la aurora; el anciano Simeón lo recibió en sus brazos y lo proclamó como Señor y Salvador ante los pueblos.

Oración después de la comunión

Por la gracia del sacramento que hemos recibido,
la virgen Iglesia, como la Virgen María,
te sirva, Señor, con corazón sincero,
escuche la voz del Espíritu
y con la lámpara de la fe encendida
salga gozosa al encuentro del Esposo.
Que vive y reina por los siglos de los siglos.

SANTA MARÍA DE NAZARET

La vida oculta que llevó Jesús en la aldea de Nazaret es un misterio de salvación y un ejemplo de santa conducta; nuestro Salvador, en efecto, pasó la mayor parte de su vida terrena en la casa de Nazaret, bajo la autoridad de María y de José (cf. Lc 2, 51). La liturgia romana recuerda este misterio de salvación principalmente el domingo dentro de la octava de Navidad, cuando celebra la fiesta de *la sagrada Familia: Jesús, María y José*. Algunas Iglesias particulares e Institutos religiosos veneran también con culto litúrgico a la Madre de Cristo con el título de «Santa María de Nazaret». Con este título se conmemora en primer lugar el papel que desempeñó la santísima Virgen viviendo en Nazaret, en favor del Hijo y de su obra de salvación.

En esta misa, por tanto, que tiene una doble serie de lecturas, se celebra:

— el *misterio de la encarnación del Verbo* (cf. *Pf, Co*) y su anonadamiento, ya que «cuando se cumplió el tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la Ley» (*1 Lect, Ga 4, 4-7; cf. Co*), el cual, en Nazaret, como verdadero niño, «iba creciendo y robusteciéndose, y se llenaba de sabiduría» (*Ev 1, Lc 2, 41-52*); y vivió «bajo (la) autoridad» de sus padres (cf. *Ant com, Lc 2, 51*);

— la *santa convivencia de la Madre con el Hijo*, ya que en la casa de Nazaret «la Madre, hecha discípula del Hijo, / recibió las primicias del Evangelio, / conservándolas en el corazón y meditándolas en su mente» (*Pf*);

— la relación virginal de María con José, ya que éstos, unidos «por su estrechísimo y virginal vínculo de amor» (*Pf*), en humilde vida de oración, de silencio, de trabajo (cf. *Pf*), en la alegría (cf. *Ant entr*), en el sufrimiento (cf. *Ev 2, Lc 2, 41-52*), en la enseñanza de Cristo (cf. *Ant com, Lc 2, 51*), vivieron como esposos;

— el *reino de Dios*, que está ya presente y actúa en la familia de Nazaret, y que «silenciosamente» (*Dc*) y con la vida de los discípulos escondida en Cristo (cf. *Co, Col 3, 3*) se va edificando en la tierra.

Antífona de entrada

Pr 23, 24a. 25

El padre de un justo se llenará de gozo; tu padre estará contento de ti, y gozará la que te engendró.

Oración colecta

Señor, Padre santo,
que, por una disposición admirable,
quisiste que tu Hijo naciera de una mujer
y le estuviera sometido,
concédenos conocer más profundamente
el misterio de la Palabra hecha carne,
y llevar una vida escondida en la tierra
hasta que, acompañados por la Virgen Madre,
merezcamos entrar gozosos en tu casa.
Por nuestro Señor Jesucristo.

Oración sobre las ofrendas

Te presentamos, Señor,
estos dones de propiciación y alabanza,
pidiendo humildemente
que, siguiendo el ejemplo de la Virgen de Nazaret,
nos ofrezcamos nosotros mismos
como hostia santa y agradable a ti.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio

VIDA DE LA VIRGEN MARÍA EN LA CASA DE NAZARET

V. El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

V. Levantemos el corazón.

R. Lo tenemos levantado hacia el Señor.

V. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

R. Es justo y necesario.

En verdad es justo darte gracias,
y deber nuestro glorificarte, Padre santo,
en esta celebración de la gloriosa Virgen María.

Ella, en Nazaret, al recibir con fe el anuncio del ángel,
concibió en el tiempo como salvador y hermano para nosotros
a tu Hijo, engendrado desde toda la eternidad.

Allí, viviendo unida a su Hijo,
alentó los comienzos de la Iglesia,
ofreciéndonos un luminoso ejemplo de vida.

Allí, la Madre, hecha discípula del Hijo,
recibió las primicias del Evangelio,
conservándolas en el corazón y meditándolas en su mente.

Allí, la Virgen purísima, unida a José, el hombre justo,
por un estrechísimo y virginal vínculo de amor,
te celebró con cánticos, te adoró en silencio,
te alabó con la vida y te glorificó con su trabajo.

Por eso, con todos los ángeles y los santos,
te alabamos diciendo sin cesar:

Santo, Santo, Santo...

Antífona de comunión

Lc 2, 51

Jesús bajó con ellos a Nazaret y siguió bajo su autoridad.

Oración después de la comunión

Dirige tu mirada, Padre santo,
sobre los que alimentas con tus sacramentos,
para que, fortalecidos con el ejemplo
de la bienaventurada Virgen María,
edifiquemos silenciosamente tu Reino en la tierra
y disfrutemos de él con tu Hijo para siempre en los cielos.
Que vive y reina por los siglos de los siglos.

LA VIRGEN MARÍA DE CANÁ

El «signo de Caná», según la narración evangélica (Jn 2, 1-12), pertenece al misterio de la manifestación del Señor. Por esto la liturgia romana lo conmemora cada año en la solemnidad de la Epifanía del Señor: «Veneremos este día santo, honrado con tres prodigios: hoy, la estrella condujo a los magos al pesebre; hoy, el agua se convirtió en vino en las bodas de Caná; hoy, Cristo fue bautizado por Juan en el Jordán, para salvarnos. Aleluya» (LH 6 enero *II Vp ant Magn*); pero también en el tiempo ordinario, en el domingo II del año C, celebra atentamente este «comienzo de los signos». En esta manifestación del Señor la santísima Virgen estuvo presente y activa, y por esto la liturgia la recuerda junto al Hijo, al cantar: «por ti realizó tu Hijo el primero de sus signos; por ti el Esposo preparó el vino nuevo para su Esposa; por ti los discípulos creyeron en el Maestro» (*Ant com*).

En esta misa, por tanto, se celebra conjuntamente a Jesús, el Señor, a la Iglesia, que se reúne a partir del signo de Caná, y a santa María Virgen:

— en primer lugar, a *Cristo, el Señor*, que en Caná, con el signo admirable, manifestó su gloria y se mostró a sí mismo: como el Mesías prometido por Dios (cf. *Pf*); como el Maestro, al que los discípulos se adhieren por la fe (cf. *Ant entr, Ev, Ant com*); como el Señor, cuyos mandatos cumplen los sirvientes (cf. *Pf*); como el nuevo Moisés (cf. *I Lect.*, Ex 19, 3-8a), Autor de la alianza nueva y eterna; como el Esposo, que por su esposa la Iglesia, en la hora designada, «entregó su vida en la cruz» (*Pf*), donde de su lado abierto manó sangre y agua, símbolos de la redención;

— luego a la *Iglesia* o comunidad de los discípulos, que se unen a Cristo por la fe (cf. *Dc*), obedecen sus preceptos (cf. *Co, Pf*), comparten las necesidades de la Iglesia y preparan la llegada del Reino «por la concordia de los espíritus» (cf. *Dc*); la Esposa amada, para quien el Esposo ofrece a diario el banquete nupcial (cf. *Pf*);

— finalmente a la *Madre de Jesús*, que «por disposición admirable» estuvo presente «en los misterios de nuestra salvación» (*Co*). La santísima Virgen María, la misma función salvadora que desempeñó en Caná, en los días de su vida mortal, a favor de los esposos y de los discípulos, la ejerce ahora desde el cielo, donde reina gloriosa, en favor de toda la Iglesia: preo-

cupándose por el bien de los hombres, intercede ante el Hijo para que atienda a sus necesidades (cf. *Pf*); manda a los hombres que hagan «aquello que (el) Hijo nos ha mandado hacer en el Evangelio» (*Co*). Más aún, según el sentido de la liturgia, hemos de estar convencidos de lo siguiente: la Madre de Jesús, que estuvo presente en el banquete de bodas de Caná, está presente en el banquete nupcial eucarístico de la Iglesia. Por esto la comunidad de los fieles celebra todos los días la eucaristía, reunidos en comunión ante todo con la gloriosa Virgen María.

Antífona de entrada

Jn 2, 1. 11

Había una boda en Caná de Galilea, y la madre de Jesús estaba allí. Cristo manifestó su gloria, y creció la fe de sus discípulos en él.

Oración colecta

Señor, Padre santo,
que quisiste, por disposición admirable,
que la bienaventurada Virgen María
estuviese presente en los misterios de nuestra salvación,
concédenos,
atendiendo a las palabras de la Madre de Cristo,
hacer aquello que tu Hijo
nos ha mandado en el Evangelio.
Por nuestro Señor Jesucristo.

Oración sobre las ofrendas

Señor, los dones que te presentamos con alegría
transfórmalos en el Cuerpo y Sangre de Jesucristo, tu Hijo,
que, a ruegos de su Madre,
cambió el agua en vino
realizando un signo que anunció de antemano
la hora de su pasión gloriosa.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio

LA BIENAVENTURADA VIRGEN MANDA A LOS SIRVIENTES QUE CUMPLAN LAS ÓRDENES DE CRISTO

V. El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

V. Levantemos el corazón.

R. Lo tenemos levantado hacia el Señor.

V. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

R. Es justo y necesario.

En verdad es justo darte gracias,
y deber nuestro glorificarte, Padre santo,
en esta celebración de la gloriosa Virgen María.

Ella, atenta con los nuevos esposos, rogó a su Hijo
y mandó a los sirvientes cumplir sus mandatos:
las tinajas de agua enrojecieron,
los comensales se alegraron,
y aquel banquete nupcial simbolizó
el que Cristo ofrece a diario a su Iglesia.

Este signo maravilloso
anunció la llegada del tiempo mesiánico,
predijo la efusión del Espíritu de santidad,
y señaló de antemano la hora misteriosa
en la que Cristo se adornó a sí mismo
con la púrpura de la pasión
y entregó su vida en la cruz por su esposa, la Iglesia.

Por él, los ángeles y los arcángeles
te adoran eternamente,
gozosos en tu presencia.
Permítenos unirnos a sus voces
cantando tu alabanza:

Santo, Santo, Santo...

Antífona de comunión

Dichosa eres, Virgen María: por ti realizó tu Hijo el primero de sus signos; por ti el Esposo preparó el vino para su Esposa; por ti los discípulos creyeron en el Maestro.

Oración después de la comunión

Alimentados por el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo,
te pedimos, Señor,
que, siguiendo el ejemplo de la Virgen María,
nos unamos a Cristo por la fe
y, compartiendo las necesidades de la Iglesia,
preparemos la llegada de tu Reino
por la concordia de los espíritus.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

TIEMPO DE CUARESMA

En el tiempo de Cuaresma, los fieles, escuchando con más abundancia la palabra de Dios, entregándose a la oración, haciendo penitencia, recordando su bautismo y siguiendo a Cristo en el camino de la cruz, se preparan para celebrar debidamente la Pascua. En este «camino cuaresmal», la sagrada liturgia propone a los fieles la santísima Virgen como modelo del discípulo que escucha con fe la palabra de Dios y, siguiendo las huellas de Cristo, se encamina al «sitio llamado “de la Calavera”», para morir con él (cf. 2Tm 2, 11). Terminada la Cuaresma, en el Triduo pascual la santísima Virgen es presentada a los fieles como la nueva Eva, o sea, la «mujer nueva» que, junto al árbol de la vida (cf. Jn 19, 25), fue asociada a Cristo, el «hombre nuevo», y también como madre espiritual, a cuya solicitud maternal encomendó el Señor a todos los discípulos (cf. Jn 19, 26).

FORMULARIOS DE MISAS

10. Santa María, discípula del Señor.
11. La Virgen María junto a la cruz del Señor (I).
12. La Virgen María junto a la cruz del Señor (II).
13. La Virgen María confiada como madre a los discípulos.
14. La Virgen María, madre de la reconciliación.

SANTA MARÍA, DISCÍPULA DEL SEÑOR

El tiempo de Cuaresma es un «camino» que los fieles recorren «entregados más intensamente a escuchar la palabra de Dios y a la oración» (SC 109) y llevando la cruz con ánimo más generoso (cf. Lc 14, 27), para que, purificados interiormente, lleguen a una digna celebración de las fiestas pascales. De este modo se convierten en auténticos discípulos de Cristo, que escuchan sus palabras y se esfuerzan por retenerlas (cf. Lc 8, 15), siguen sus huellas negándose a sí mismos (cf. Mt 16, 24) y procuran estar fielmente junto a la cruz de Jesús (cf. Jn 19, 26).

Por todo ello, si, por justa causa, se celebra la misa de santa María Virgen, se emplea oportunamente este formulario, en el que la Madre del Señor es venerada como «el modelo del discípulo fiel que cumple (la) palabra» de vida (*Co*). La santísima Virgen, en efecto, que, por un don singular de Dios, fue madre de Cristo, fue también, por una razón especialísima, su «primera y más perfecta (...) discípula» (MC 35).

Esta misa pone de manifiesto la importancia de la «palabra de Dios» o «mensaje de salvación» en la vida de los discípulos (cf. *Co*, *Dc*), implora para ellos la divina sabiduría (cf. *So*), ensalza la perfección de la ley del Señor y la justicia de sus mandamientos (*Sal resp*, cf. Sal 18 [19], 8-11), pone ante la mirada de los fieles el Corazón de la Virgen, que guardaba las palabras del Señor (*Ant entr*, *Ev*, Lc 2, 41-52), para que sigan su ejemplo (cf. *Dc*).

Entre los textos eucológicos destaca el prefacio *Cuya Madre, la gloriosa Virgen María*, en el que resuena en cierto modo la voz de Cristo, que, a la alabanza de aquella mujer anónima («Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te criaron») respondió: «Mejor, dichosos los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen» (Lc 11, 27-28); es también como un eco de la frase de san Agustín al comentar aquel lugar del evangelio «¿Quién es mi madre?» (Mc 3, 33): «Ciertamente, cumplió santa María, con toda perfección, la voluntad del Padre, y, por esto, es más importante su condición de discípula de Cristo que la de madre de Cristo, es más dichosa por ser discípula de Cristo que por ser madre de Cristo» (*Sermo* 25, 7: PL 46, 937).

Antífona de entrada

Dichosa eres, María, que al recibir el anuncio del Ángel te has hecho Madre del Verbo de Dios. Dichosa tú, que, meditando en silencio las palabras del cielo, te has convertido en discípula del Señor.

Oración colecta

Señor, Dios nuestro,
que en la bienaventurada Virgen María
nos das el modelo del discípulo fiel que cumple tu palabra,
abre nuestros corazones para escuchar el mensaje de salvación
que, en virtud del Espíritu Santo,
ha de resonar diariamente en nosotros
y producir fruto abundante.
Por nuestro Señor Jesucristo.

Oración sobre las ofrendas

Mira con bondad, Señor,
los dones que te presentamos con alegría
en la memoria de la Virgen,
madre y discípula de tu Hijo,
y concédenos, por ella,
la gracia de la sabiduría,
que no pretendemos alcanzar por nuestras fuerzas.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio

LA BIENAVENTURADA VIRGEN,
DISCÍPULA DEL VERBO ENCARNADO,
ES PROCLAMADA DICHOSA

V. El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

V. Levantemos el corazón.

R. Lo tenemos levantado hacia el Señor.

V. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

R. Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias
siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno,
por Cristo, Señor nuestro.

Cuya Madre, la gloriosa Virgen María,
con razón es proclamada bienaventurada,
porque mereció engendrar a tu Hijo
en sus entrañas purísimas.
Pero con mayor razón
es proclamada aún más dichosa,
porque, como discípula de la Palabra encarnada,
buscó solícita tu voluntad
y supo cumplirla fielmente.

Por eso,
con todos los ángeles y santos,
te alabamos, proclamando sin cesar:
Santo, Santo, Santo...

Antífona de comunión

Lc 11, 28

Dichosos los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen.

Oración después de la comunión

Alimentados con esta eucaristía,
te pedimos, Señor, llenos de gozo,
que, siguiendo el ejemplo de la Virgen,
seamos verdaderos discípulos de Cristo,
que escuchan diligentemente sus palabras
y las cumplen con fidelidad.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

LA VIRGEN MARÍA JUNTO A LA CRUZ DEL SEÑOR (I)

A medida que avanza el tiempo de Cuaresma, que está organizado a semejanza del camino de Jesús hacia la ciudad santa de Jerusalén, lugar de su oblación, se hace más frecuente la contemplación del misterio de la pasión de Cristo; de ahí que se haga más frecuente también, en el corazón de los fieles, el recuerdo del sufrimiento compartido de santa María Virgen.

En los *Propios* tanto de las Iglesias particulares como de los Institutos religiosos encontramos varios formularios que celebran a la Madre participando en la pasión del Hijo. El formulario que aquí se propone proviene, a excepción del prefacio, del *Proprium missarum Ordinis Fratrum Servorum beatae Mariae Virginis*, Curia general OSM, Roma 1972, pp. 24-27.

Los textos de la misa ilustran el misterio de la pasión de Cristo, que, de un modo misterioso, continúa completándose en «las infinitas penas de la vida de sus miembros» (*Co*); por esto son adecuadas a esta celebración aquellas palabras del Apóstol: «Completo en mi carne los dolores de Cristo, sufriendo por su cuerpo que es la Iglesia» (*Ant com*, Col 1, 24).

Santa María, «Reina del cielo y Señora del mundo» (*Ver ev*), estuvo junto a la cruz del Hijo (cf. *Ant entr*, *Ev*, Jn 19, 25-27), «dolorosa» (*Co*), «sufriendo» (*Ver ev*), «intrépida» y «fiel» (*Pf*), cumpliendo diversas funciones de salvación y «para dar cumplimiento a las figuras antiguas» (*Pf*). En efecto, la santísima Virgen estuvo junto al Hijo moribundo en la cruz:

— como *cooperadora de la redención* (cf. *So*), asociada por sus dolores de madre al sacrificio del Hijo, sumo sacerdote (cf. *De*);

— como *nueva Eva*, en la que se cumplió la profecía sobre la función salvadora de la «Mujer» (cf. Gn 3, 15; Jn 19, 26; Ap 12, 1): así como la primera mujer había contribuido «a la muerte», así la segunda —María— contribuyó «a la vida» (cf. *Pf*, LG 56);

— como la *Sión Madre*, a la que saludan todos los pueblos diciendo: «Todas mis fuentes están en ti» (Sal 86 [87], 7), ya que recibe con amor materno «a los hombres dispersos, reunidos por la muerte de Cristo» (*Pf*, cf. Jn 11, 52);

— como *modelo de la Iglesia*, que, contemplándola como «Virgen intrépida», «guarda íntegra la fidelidad prometida al Esposo» (*Pf*, cf. LG 64).

Antífona de entrada

Jn 19, 25

Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María, la de Cleofás, y María, la Magdalena.

Oración colecta

Señor, Dios nuestro,
por un designio misterioso de tu providencia
completas lo que falta a la pasión de Cristo
con las infinitas penas de la vida de sus miembros;
concédenos que,
a imitación de la Virgen Madre dolorosa
que estuvo junto a la cruz de su Hijo moribundo,
así nosotros
permanezcamos junto a los hermanos que sufren
para darles consuelo y amor.
Por nuestro Señor Jesucristo.

Oración sobre las ofrendas

Recibe, Señor, las ofrendas de tu pueblo,
y conviértelas en el sacramento de nuestra redención,
en la que cooperó generosamente la Virgen,
permaneciendo intrépida junto al altar de la cruz.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio

JUNTO A LA CRUZ DEL HIJO
LA MADRE PERMANECIÓ FIEL

V. El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

V. Levantemos el corazón.

R. Lo tenemos levantado hacia el Señor.

V. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

R. Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias
siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno,
por Cristo, Señor nuestro.

Porque en tu providencia estableciste
que la Madre permaneciera fiel
junto a la cruz de tu Hijo,
para dar cumplimiento a las antiguas figuras,
y ofrecer un ejemplo nuevo de fortaleza.

Ella es la Virgen santa
que resplandece como nueva Eva,
para que así como una mujer contribuyó a la muerte
así también la mujer contribuyera a la vida.

Ella es la misteriosa Madre de Sión
que recibe con amor materno
a los hombres dispersos,
reunidos por la muerte de Cristo.

Ella es el modelo de la Iglesia Esposa,
que, como Virgen intrépida,
sin temer las amenazas
ni quebrarse en las persecuciones,
guarda íntegra la fidelidad prometida al Esposo.

Por eso,
unidos a los coros angélicos,
te aclamamos llenos de alegría:
Santo, Santo, Santo...

Antífona de comunión

Col 1, 24

Completo en mi carne los dolores de Cristo, sufriendo por su cuerpo que es la Iglesia.

Oración después de la comunión

Después de recibir la prenda de nuestra salvación,
te pedimos, Señor,
que, por los méritos del sacrificio de Cristo, sumo sacerdote,
y de los dolores de la Virgen,
el Espíritu Santo, presente con plenitud en la Iglesia,
inunde con su amor el mundo entero.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

LA VIRGEN MARÍA JUNTO A LA CRUZ DEL SEÑOR (II)

Esta misa, al celebrar la pasión salvadora de Cristo, recuerda también la parte que tuvo la santísima Virgen en la consecución de la salvación de los hombres. María, en efecto, por el hecho de ser madre de Cristo «por obra del Espíritu Santo» (*Pf*), compartió la pasión (cf. *Pf*) de su Hijo y fue asociada a ella (cf. *Co* 1, *Co* 2).

Al principio de la misa resuena la voz de Simeón, que, resumiendo en unas mismas palabras la suerte del Hijo y de la Madre, anuncia que Cristo será como una bandera discutida y que una espada de dolor traspasará el alma de la Virgen (*Ant entr*, *Lc* 2, 34-35).

En los textos eucológicos se recuerda el designio de salvación, por el que Dios ha «asociado los dolores de la Madre a la pasión de (su) Hijo» (*Co* 1, cf. *Co* 2) y ha querido que «la nueva Eva estuviera junto a la cruz del nuevo Adán» (*Pf*).

Con razón se celebra a la santísima Virgen por sus sufrimientos compartidos, ya que ella estuvo junto a la cruz del Señor (*Ev*, *Jn* 19, 25-27), «firme en la fe, confortada por la esperanza, abrasada por el fuego de la caridad» (*Ver ev*); allí no dudó en exponer su vida, ante la humillación de su pueblo (*I Lect*, *Jdt* 13, 17-20), y los dolores que no sufrió al dar a luz al Hijo, los padeció, inmensos, al hacernos renacer para Dios (cf. *Pf*); por esto los fieles la glorifican, diciendo: «Dichosa tú, Virgen María, que, sin morir, mereciste la corona del martirio junto a la cruz del Señor» (*Ant com* 1).

Lo que en la pasión de Cristo tuvo lugar de una manera real ahora se celebra en el misterio, y por esto pedimos que «por el sacrificio del altar, / al que se asocia la santísima Virgen, / se borre el pecado del mundo / y se nos abran las puertas del cielo» (*So*). Los fieles han de estar alegres cuando comparten «los padecimientos de Cristo, para que, cuando se manifieste su gloria», rebosen de gozo (*Ant com* 2, 1P 4, 13), y, «llevando la cruz de cada día», puedan «participar de la resurrección de Cristo» (*Dc*).

El formulario proviene del *Proprium missarum Ordinis Fratrum Servorum beatae Mariae Virginis*, Curia General OSM, Roma 1972, pp. 57-60.

Antífona de entrada

Lc 2, 34-35

Simeón dijo a María: «Mira, éste está puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; será como una bandera discutida: así quedará clara la actitud de muchos corazones. Y a ti, una espada te traspasará el alma».

Oración colecta

Señor, Dios nuestro,
que para redimir al género humano,
caído por el engaño del demonio,
has asociado los dolores de la Madre a la pasión de tu Hijo,
concede a tu pueblo
que, despojándose de la triste herencia del pecado,
se revista de la luminosa novedad de Cristo.
Que vive y reina contigo.

O bien:

Dios nuestro,
que quisiste que al pie de la cruz de tu Hijo
estuviera también su Madre,
compartiendo su pasión,
guarda en tu familia los frutos de la redención
y haz que crezcan cada día más.
Por nuestro Señor Jesucristo.

Oración sobre las ofrendas

Transforma, Señor, estos dones
con la acción del Espíritu Santo,
para que, por el sacrificio del altar,
al que se asocia la santísima Virgen,
se borre el pecado del mundo
y se nos abran las puertas del cielo.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio

LA SANTÍSIMA VIRGEN, POR LA BONDAD DIVINA,
FUE ASOCIADA A LA PASIÓN

V. El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

V. Levantemos el corazón.

R. Lo tenemos levantado hacia el Señor.

V. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

R. Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias
siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno,
por Cristo, Señor nuestro.

Porque, para reformar al género humano
has querido, con sabiduría infinita,
que la nueva Eva estuviera junto a la cruz del nuevo Adán,
a fin de que ella,
que por obra del Espíritu Santo fue su Madre,
por un nuevo don de tu bondad,
comparta su pasión;
y los dolores que no sufrió al darlo a luz,
los padeciera, inmensos, al hacernos renacer para ti.

Por eso,
con los ángeles y arcángeles
y con todos los coros celestiales,
cantamos sin cesar
el himno de tu gloria:
Santo, Santo, Santo...

Antífona de comunión

Dichosa tú, Virgen María, que, sin morir, mereciste la corona del martirio junto a la cruz del Señor.

O bien:

1P 4, 13

Estad alegres cuando compartís los padecimientos de Cristo, para que, cuando se manifieste su gloria, reboséis de gozo.

Oración después de la comunión

Míranos, Señor, a tus siervos
que hemos recordado los dolores de la Virgen,
y a quienes has alimentado con el sacramento pascual,
concédeles, llevando la cruz de cada día,
participar de la resurrección de Cristo.
Que vive y reina por los siglos de los siglos.

LA VIRGEN MARÍA CONFIADA COMO MADRE A LOS DISCÍPULOS

Las palabras de Jesús al morir en la cruz «Ahí tienes a tu hijo... Ahí tienes a tu madre» (Jn 19, 26-27), la Iglesia las recibe como un testamento particular, en el cual Cristo, el Señor, «confió a todos los discípulos como hijos» a la Virgen Madre (León XIII, Carta encíclica *Octobri mense*: ASS 24 [1891-1892], p. 195) y encomendó a los discípulos que la veneraran como Madre. De ahí que «se establece entre la Virgen y los fieles discípulos un fuerte vínculo de amor» (*Pf*), que esta misa pone de relieve y celebra.

Encomienda de los discípulos. En primer lugar se glorifica a Dios, que «da a María un puesto en la Iglesia, como madre feliz de hijos» (*Ant entr*, cf. Sal 112 [113], 9); santa María es llamada «madre de los creyentes» (*Pf*), en la cual los fieles encuentran refugio seguro (cf. *Pf*), y una y otra vez se conmemora a Jesucristo, que «nos entregó como hijos» a la Virgen Madre (*Dc*, cf. *Co*, *So*, *Pf*). La «encomienda» forma parte del misterio de la pasión de Cristo y del sufrimiento compartido de la Virgen; por esto la liturgia recuerda a la santísima Virgen «junto a la cruz... mirando compadecida las heridas del Hijo, / sabiendo que por él vendría la redención para todos» / (*Ver ev*), y el Apóstol pone en su boca aquellas palabras: «Lo aguanto todo por los elegidos, para que ellos también alcancen la salvación, lograda por Cristo Jesús, con la gloria eterna» (*Ant com*, 2Tm 2, 10); teniendo presente a María, la liturgia propone a los fieles el ejemplo de aquella madre admirable de los Macabeos que, «viendo morir a sus siete hijos, ... lo soportó con entereza, esperando en el Señor» (*1 Lect*, 2M 7, 1. 20-29).

Encomienda de la Virgen. Pero también la Virgen fue encomendada por Cristo al amor y a los cuidados del discípulo amado: «Éste es Juan, a quien Cristo en la cruz encomendó a su madre, la Virgen» (LH 27 diciembre *Ld ant* 2); en la persona de Juan, Cristo hizo a todos los discípulos «herederos de su amor hacia la Madre» (*So*, cf. SV 1276), y éstos «la reciben como herencia preciosa del Maestro» (*Pf*) y, escuchando los consejos de la Virgen (cf. *Pf*, Jn 2, 5), solícitos «cumplen las palabras del Maestro» (*Pf*).

Antífona de entrada

Cf. Sal 112 (113), 4. 9

El Señor se eleva sobre todos los pueblos, su gloria sobre los cielos. Él da a María un puesto en la Iglesia, como madre feliz de hijos.

Oración colecta

Señor, Padre santo,
que has establecido la salvación de los hombres
en el misterio pascual,
concédenos ser contados entre los hijos de adopción
que Jesucristo, tu Hijo, al morir en la cruz,
encomendó a su Madre, la Virgen María.
Por nuestro Señor Jesucristo.

Oración sobre las ofrendas

Recibe, Señor, los dones que te presentamos con alegría,
para que sean en bien nuestro
Cuerpo y Sangre de Jesucristo, tu Hijo,
que, clavado en la cruz,
en Juan encomendó a la Virgen como hijos
a todos los discípulos,
y los hizo herederos de su amor hacia la Madre.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio

LA ENTREGA MUTUA DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN
Y DEL DISCÍPULO

V. El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

V. Levantemos el corazón.

R. Lo tenemos levantado hacia el Señor.

V. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

R. Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación

darle gracias
siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno.

Porque junto a la cruz de Jesús,
por voluntad suya
se establece, entre la Virgen y los fieles discípulos,
un fuerte vínculo de amor:
María es confiada como madre a los discípulos,
y éstos la reciben como herencia preciosa del Maestro.

Ella será para siempre la madre de los creyentes,
que encontrarán en ella refugio seguro.

Ella ama al Hijo en los hijos,
y éstos, escuchando los consejos de la Madre,
cumplen las palabras del Maestro.

Por él,
los ángeles y los arcángeles
te adoran eternamente,
gozosos en tu presencia.
Permítenos unirnos a sus voces
cantando tu alabanza:
Santo, Santo, Santo...

Antífona de comunión

2Tm 2, 10

Lo aguanto todo por los elegidos, para que ellos también alcancen la salvación, lograda por Cristo Jesús, con la gloria eterna.

Oración después de la comunión

Dios todopoderoso,
que el banquete eucarístico del Cuerpo y de la Sangre de Cristo
aumente en nosotros el amor filial hacia la Virgen Madre,
a quien tu Hijo nos entregó como hijos,
cuando murió en la cruz
y encomendó en tus manos su espíritu.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

LA VIRGEN MARÍA, MADRE DE LA RECONCILIACIÓN

El tiempo de Cuaresma tiene un carácter bautismal y penitencial a la vez (cf. SC 109). Por esto ya desde el miércoles de Ceniza resuena en la liturgia la voz del Apóstol: «En nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios» (2Co 5, 20). Este texto aparece también en esta misa (*Lect*, 2Co 5, 17-20).

En la reconciliación de los hombres con Dios, la Iglesia ha ido conociendo cada vez más claramente el papel de santa María Virgen. En los primeros siglos, los santos Padres, al tratar del misterio de la encarnación del Verbo, afirman con frecuencia que el seno virginal de la Madre del Señor fue el lugar donde se realizó la «paz» entre Dios y los hombres. Con esta doctrina armoniza muy bien el magisterio de los Romanos Pontífices de nuestro tiempo: la santísima Virgen, enseña Juan Pablo II, «por su maternidad divina fue hecha colaboradora de Dios en la misma obra de la reconciliación» (Exhortación apostólica postsinodal *Reconciliatio et paenitentia*, 35: AAS 77 [1985], p. 275).

En la edad media, los escritores eclesiásticos, profundizando más y más en la función maternal de la santísima Virgen, la llaman «camino de reconciliación», «causa general de reconciliación» y también «madre de la reconciliación», por el hecho de haber nacido de ella Jesucristo, «reconciliación de los pecadores»: «No hay reconciliación —afirma san Anselmo de Cantorbery (+ 1109)— fuera de la que tú castamente engendraste» (H. Barré, *Prières anciennes de l'Occident à la Mère du Sauveur*, Ed. P. Lethielleux, París 1963, p. 305). Y así, los fieles se acogen a la santísima Virgen para conseguir, por su intercesión, «la gracia de la reconciliación» y, por lo menos desde el siglo XII, la veneran piadosamente con el título de «Refugio de pecadores».

En nuestros tiempos, la santísima Virgen es venerada en muchos lugares, incluso con culto litúrgico, por obra principalmente de los Misioneros de Nuestra Señora de La Salette, con el título de «Reconciliadora de los pecadores».

Por esto sí, en el tiempo de Cuaresma, principalmente en los santuarios donde los fieles frecuentan el sacramento de la penitencia, se celebra misa

de santa María, resulta oportuno emplear este formulario, que pone de relieve cómo el Señor «es cariñoso con todas sus criaturas» (*Ant entr*, Sal 144 [145], 9) y venera el «corazón misericordioso con los pecadores» (*Pf*) de la santísima Virgen.

Excepto el prefacio, casi todos los textos se han tomado de la *Missa propria beatae Mariae Virginis Reconciliatricis peccatorum*, Tipografía Políglota Vaticana 1978, pp. 4-6.

Antífona de entrada

Sal 144 (145), 8-9

El Señor es clemente y misericordioso, lento a la cólera y rico en piedad;
el Señor es bueno con todos, es cariñoso con todas sus criaturas.

O bien:

Salve, llena de gracia, eres llamada clementísima por los pecadores, porque
contemplas misericordiosa nuestra miseria.

Oración colecta

Oh Dios,
que por la sangre preciosa de tu Hijo
reconciliaste el mundo contigo
y te dignaste constituir a su Madre, la Virgen María,
junto a la cruz, Reconciliadora de los pecadores,
concédenos, por su intercesión,
alcanzar el perdón de nuestros pecados.
Por nuestro Señor Jesucristo.

Oración sobre las ofrendas

Te ofrecemos, Señor,
este sacrificio de reconciliación y alabanza
y te pedimos, por intercesión de la Virgen María,
refugio de los pecadores,
que perdones nuestros pecados
y dirijas tú nuestros corazones vacilantes.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio

LA BIENAVENTURADA VIRGEN, REFUGIO DE PECADORES Y MADRE DE LA RECONCILIACIÓN

V. El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

V. Levantemos el corazón.

R. Lo tenemos levantado hacia el Señor.

V. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

R. Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario,
Dios todopoderoso y eterno,
darte gracias
y proclamar tus maravillas
en todo y por todas las cosas.

Por tu inmensa bondad,
no abandonas a los que andan extraviados,
sino que los llamas
para que puedan volver a tu amor:
tú diste a la Virgen María,
que no conoció el pecado,
un corazón misericordioso con los pecadores.

Éstos, percibiendo su amor de madre,
se refugian en ella implorando tu perdón;
al contemplar su espiritual belleza,
se esfuerzan por librarse de la fealdad del pecado,
y, al meditar sus palabras y ejemplos,
se sienten llamados a cumplir los mandatos de tu Hijo.

Por él,
los ángeles te cantan con júbilo eterno,
y nosotros nos unimos a sus voces
cantando humildemente tu alabanza:

Santo, Santo, Santo...

Antífona de comunión

¡Qué pregón tan glorioso para ti, María! De ti salió el sol de justicia, Cristo, nuestro Señor.

Oración después de la comunión

Hemos recibido, Señor, el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo,
sacramento de nuestra reconciliación contigo;
concédenos, por intercesión de la santísima Virgen María,
los dones de tu misericordia
y el premio de la redención eterna.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

TIEMPO PASCUAL

En el «gran domingo», esto es, durante los cincuenta días en que la Iglesia, con alegría y júbilo, celebra el misterio pascual, la liturgia romana recuerda también a la Madre de Cristo, llena de gozo por la resurrección de Cristo, dedicada a la oración con los apóstoles y esperando confiadamente con ellos el don del Espíritu Santo (cf. Hch 1, 14). La Iglesia, por su parte, al ejercer su función maternal, celebrando los sacramentos de la iniciación cristiana —que son los sacramentos pascales—, reconoce en la santísima Virgen el modelo de su maternidad y se da cuenta, además, de que en la Madre de Cristo tiene un modelo y una ayuda en el encargo de proclamar el Evangelio, que Cristo le encomendó después de resucitar de entre los muertos (cf. Mt 28, 19-20).

FORMULARIOS DE MISAS

15. La Virgen María en la resurrección del Señor.
16. Santa María, fuente de luz y de vida.
17. La Virgen María del Cenáculo.
18. La Virgen María, reina de los apóstoles.

LA VIRGEN MARÍA EN LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR

Con el título de *La Virgen María en la resurrección del Señor*, se propone una misa que, exceptuando la antifona de entrada y el prefacio, se halla en el *Misal Romano*, Común de santa María Virgen, en tiempo pascual, pp. 710-711, cuyos textos destacan por su doctrina y belleza.

Esta misa celebra la resurrección del Señor y el gozo que de ella se deriva:

— en *todo el mundo*, que Dios Padre, «por la resurrección de (su) Hijo, / nuestro Señor Jesucristo,» ha «llenado ... de alegría» (*Co*); por esto el día de la resurrección del Señor fue «el día de la luz y de la vida, / en el que, desvanecida la noche de la muerte, / el mundo entero saltaría de gozo» (*Pf*);

— en *la Iglesia naciente*, que, «al ver de nuevo a su Señor inmortal, / se alegraría entusiasmada» (*Pf*; cf. Lc 24, 41; Jn 20, 20);

— en *la Virgen Madre*, a la que Dios, «en la resurrección de Jesucristo,» colmó «de alegría» (*Pf*).

La Iglesia, por tanto, saluda a la Virgen y la invita a alegrarse: «Alégrate, Virgen Madre, porque Cristo ha resucitado del sepulcro» (*Ant com*); «Alégrate, Madre de la luz, porque Cristo, el sol de justicia, ha vencido las tinieblas del sepulcro e ilumina el mundo entero» (*Ant entr*); «Dios te salve, santa María, / que, sufriendo junto a la cruz, / compartiste los dolores del Hijo; / ahora gozas de una serena alegría» (*Al*).

La santísima Virgen, que «había concebido al Hijo creyendo» y «creyendo esperó su resurrección» (*Pf*), es el modelo de la fe con que los discípulos confiesan a Cristo «nacido de la Virgen, / Dios y hombre verdadero» y «por la fuerza salvadora de su resurrección» esperan «llegar a las alegrías eternas» (*Dc*).

Antífona de entrada

Alégrate, Madre de la luz, porque Cristo, el sol de justicia, ha vencido las tinieblas del sepulcro e ilumina el mundo entero. Aleluya.

Oración colecta

Oh Dios, que por la resurrección de tu Hijo,
nuestro Señor Jesucristo,
has llenado el mundo de alegría,
concédenos, por intercesión de su Madre,
llegar a alcanzar los gozos eternos.
Por nuestro Señor Jesucristo.

Oración sobre las ofrendas

Al celebrar la memoria de santa María, siempre Virgen,
te presentamos, Señor, nuestras ofrendas
y te suplicamos que tu Hijo Jesucristo,
sacerdote y víctima en el altar de la cruz,
nos socorra siempre con su gracia.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio

LA BIENAVENTURADA VIRGEN
ESPERÓ CREYENDO LA RESURRECCIÓN DEL HIJO

V. El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

V. Levantemos el corazón.

R. Lo tenemos levantado hacia el Señor.

V. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

R. Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias
siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno.

Porque en la resurrección de Jesucristo, tu Hijo,
colmaste de alegría a la santísima Virgen
y premiaste maravillosamente su fe:
ella había concebido al Hijo creyendo,
y creyendo esperó su resurrección;
fuerte en la fe contempló de antemano
el día de la luz y de la vida,
en el que, desvanecida la noche de la muerte,
el mundo entero saltaría de gozo
y la Iglesia naciente, al ver de nuevo a su Señor inmortal,
se alegraría entusiasmada.

Por él,
los ángeles te cantan con júbilo eterno,
y nosotros nos unimos a sus voces,
cantando humildemente tu alabanza:
Santo, Santo, Santo...

Antífona de comunión

Alégrate, Virgen Madre, porque Cristo ha resucitado del sepulcro. Aleluya.

Oración después de la comunión

Dios todopoderoso,
confirmanos en la fe de estos misterios
que hemos celebrado,
y, pues confesamos a tu Hijo Jesucristo,
nacido de la Virgen,
Dios y hombre verdadero,
te rogamos
que por la fuerza salvadora de su resurrección
merezcamos llegar a las alegrías eternas.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

SANTA MARÍA, FUENTE DE LUZ Y DE VIDA

Los sacramentos de la iniciación cristiana, que adecuadamente se confieren en la Vigilia pascual, configuran a los catecúmenos a imagen de Cristo: en el baño bautismal los convierten en hijos de Dios, por la santa unción y la imposición de manos los llenan del Espíritu Santo y por la recepción del pan celestial y del vino los incorporan a Cristo.

Los santos Padres enseñan con frecuencia que los misterios de Cristo que la Virgen y Madre Iglesia celebra en los sacramentos de la iniciación cristiana se habían «cumplido» en la Virgen Madre María (*Pf*); en efecto, el Espíritu que santifica el seno de la Iglesia —es decir, la fuente bautismal—, para que engendre a los hijos de Dios, santificó el seno de María para que engendrara al Primogénito entre muchos hermanos (cf. Hb 2, 11-15); y el mismo Espíritu que el día de Pentecostés descendió sobre la santísima Virgen con abundancia baja desde el cielo sobre los neófitos en la celebración del sacramento de la confirmación; y la carne y sangre que Cristo ofreció por la vida del mundo en el ara de la cruz y que diariamente ofrece la Iglesia en el sacrificio eucarístico son los mismos que la santísima Virgen dio a luz por nuestra salvación.

En esta misa se conmemora la función maternal que ejercen en los fieles tanto la Iglesia como la santísima Virgen. La maternidad de María precede a la maternidad de la Iglesia, de la que es tipo y modelo (cf. LG 63).

Los textos de la misa celebran a María como:

— Virgen fecunda (*Co*), que «por obra del Espíritu Santo» (*Ant com*), engendró a Cristo, pan de la vida (cf. Jn 6, 35), con el que los fieles se alimentan en la Iglesia;

— *Madre de la luz* (*Ant entr*), porque engendró a Cristo, luz del mundo (cf. Jn 12, 46; *Ev* 1, Jn 12, 44-50);

— *modelo de la Iglesia* (*Ant entr*), porque la Iglesia es también virgen y «regenera a los pueblos creyentes por el agua virginal del bautismo» (*Ant entr*) e, «imitando a la Madre de Cristo» (*So*), ofrece la oblación eucarística, ya que lo que «en los sacramentos de la Iglesia» se realiza «místicamente ... se había cumplido en la Virgen María» (*Pf*);

— *santuario de los divinos sacramentos (Ant com)*, ya que en su «seno virginal» llevó a Cristo, que es el «sacramento del Padre», puesto que en él están escondidos todos los tesoros de salvación y de gracia, y por él se nos revela el rostro del Padre (cf. Lc 10, 22; Jn 14, 9).

Este formulario, en cuyos textos resuena la liturgia de la Vigilia pascual, se emplea adecuadamente en los sábados del tiempo pascual, cuando, por causa justa, observando lo que prescribe el derecho, se celebra misa de santa María Virgen.

Antífona de entrada

Salve, Madre de la luz, engendraste a Cristo permaneciendo virgen y te has convertido en modelo de la Madre Iglesia, que regenera a los pueblos creyentes por el agua virginal del bautismo. Aleluya.

Oración colecta

Señor, concede a la Madre Iglesia
que dio a luz a hombres terrenos por naturaleza,
pero celestiales por la vida surgida
de la fuente virgen del bautismo,
poder conducirlos, mediante el Evangelio de la vida
y los sacramentos de la gracia,
a la plena identificación con Jesucristo, su autor,
que nació de la Virgen fecunda
y es primogénito entre muchos hermanos
y Salvador universal.
Que vive y reina contigo.

Oración sobre las ofrendas

Recibe, Padre santo, la ofrenda
que te presenta la virgen Iglesia
imitando a la Madre de Cristo,
para que, congregada en la unidad en todo pueblo y nación,
forme un solo cuerpo vivificado por el mismo Espíritu.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio

LA FUNCIÓN DE LA VIRGEN MARÍA EN LOS SACRAMENTOS DE LA INICIACIÓN CRISTIANA

V. El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

V. Levantemos el corazón.

R. Lo tenemos levantado hacia el Señor.

V. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

R. Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias
siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno.

Porque estableciste, por un don de tu amor,
que en los sacramentos de la Iglesia
se realizara místicamente
lo que se había cumplido en la Virgen María:
la Iglesia da a luz en la fuente del Bautismo
a nuevos hijos concebidos virginalmente por la fe y el Espíritu;
una vez nacidos los unge con el aceite precioso del crisma,
para que el Espíritu Santo, que colmó de gracia a la Virgen,
descienda con sus dones sobre ellos;
y además prepara cada día la mesa a sus hijos,
para alimentarlos con el Pan bajado del cielo,
que la Virgen María dio a luz para vida del mundo,
Jesucristo, Señor nuestro.

Por él,
los ángeles y los arcángeles
te adoran eternamente,
gozosos en tu presencia.

Permítenos unirnos a sus voces
cantando tu alabanza:
Santo, Santo, Santo...

Antífona de comunión

Dichosa eres, Virgen María, que, por obra del Espíritu Santo, llevaste en tu seno virginal al Hijo del eterno Padre, y fuiste santuario de los divinos sacramentos. Aleluya.

Oración después de la comunión

Señor, llena del Espíritu de Cristo
a los que has saciado en el banquete de su Cuerpo,
para que dirija nuestros actos
el que ilumina las sendas de la Iglesia,
como un día santificó la vida entera de la Virgen.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

LA VIRGEN MARÍA DEL CENÁCULO

La Virgen María del Cenáculo se celebra con memoria litúrgica en muchas diócesis y familias religiosas, entre las cuales destaca la Congregación de las Hermanas de Nuestra Señora del Cenáculo, fundada por santa Teresa Couderc (+ 1885).

En la santísima Virgen, que estuvo presente en el primer grupo de los discípulos de Cristo (*Ant entr*, cf. Hch 1, 14), la Iglesia ha ido descubriendo progresivamente a la madre que alentaba con su amor los comienzos de aquella primitiva comunidad y al modelo destacado de la oración unánime.

En este formulario, en el que la Iglesia glorifica al Padre celestial por el don del Espíritu Santo, la Madre de Jesús aparece como:

— la *Virgen llena del Espíritu Santo*. Dios, en efecto, colmó a la santísima Virgen «de los dones del Espíritu Santo» (*Co*), y ella, que «en la encarnación de la Palabra / fue cubierta con la sombra del Espíritu, / de nuevo es colmada de gracia por el Don divino / en el nacimiento (del) nuevo pueblo» (*Pf*);

— *modelo de la Iglesia*. En primer lugar, modelo de oración, ya que Dios, en la santísima Virgen, nos ha dado «en la Iglesia primitiva / un ejemplo de oración» admirable (*Pf*): «la Madre de Jesús, orando con los apóstoles» (*Pf*, cf. *Ant entr* [Hch 1, 14], *Co*), y «la que esperó en oración la venida de Cristo, / invoca al Defensor prometido con ruegos ardientes» (*Pf*); ejemplo también de concordia, de comunión y de paz (cf. *Pf*, *Dc*); de obediencia a la voz del Espíritu Santo (cf. *So*); de vigilancia en la expectación de la segunda venida de Cristo (cf. *Pf*); de observancia fiel (cf. *Al*, Lc 2, 19) y de activa propagación de la palabra de Dios.

Antífona de entrada

Cf. Hch 1, 14

Los discípulos se dedicaban a la oración en común, junto con María, la madre de Jesús. Aleluya.

Oración colecta

Señor, Dios nuestro,
que colmaste de los dones del Espíritu Santo
a la Virgen María en oración con los apóstoles,
concédenos, por su intercesión,
perseverar en la oración en común,
llenos del mismo Espíritu,
y llevar a nuestros hermanos
el Evangelio de la salvación.
Por nuestro Señor Jesucristo.

Oración sobre las ofrendas

Acepta, Padre santo,
los dones que te presentamos con alegría,
y haz que, imitando a la santísima Virgen,
estemos atentos a la voz del Espíritu
y en todo busquemos la alabanza de tu gloria.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio

LA BIENAVENTURADA VIRGEN, ORANDO CON LOS APÓSTOLES,
ESPERA LA VENIDA DEL DEFENSOR

V. El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

V. Levantemos el corazón.

R. Lo tenemos levantado hacia el Señor.

V. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

R. Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias
siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno.

Porque nos has dado en la Iglesia primitiva
un ejemplo de oración y de unidad admirables:
la Madre de Jesús, orando con los apóstoles.

La que esperó en oración la venida de Cristo
invoca al Defensor prometido con ruegos ardientes;
y quien en la encarnación de la Palabra
fue cubierta con la sombra del Espíritu,
de nuevo es colmada de gracia por el Don divino
en el nacimiento de tu nuevo pueblo.

Por eso la santísima Virgen María,
vigilante en la oración y fervorosa en la caridad,
es figura de la Iglesia
que, enriquecida con los dones del Espíritu,
aguarda expectante la segunda venida de Cristo.

Por él,
los ángeles y los arcángeles
te adoran eternamente,
gozosos en tu presencia.
Permítenos unirnos a sus voces
cantando tu alabanza:
Santo, Santo, Santo...

Antífona de comunión

Hch 2, 42

Los discípulos eran constantes en escuchar la enseñanza de los apóstoles,
en la vida común, en la fracción del pan y en las oraciones. Aleluya.

Oración después de la comunión

Renueva interiormente, Señor, con el don del Espíritu Santo
a quienes alimentas con el único pan de la salvación,
y concédenos, bajo el amparo de la Virgen María,
trabajar por la concordia y la paz de los hermanos,
por quienes Cristo, tu Hijo,
se ofreció como víctima de redención.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

LA VIRGEN MARÍA, REINA DE LOS APÓSTOLES

Bastantes Institutos religiosos y Sociedades de vida apostólica tienen como patrona a la santísima Virgen orando con los apóstoles en el Cenáculo y la veneran litúrgicamente con el título de «Reina de los apóstoles»; entre ellos destacan la Compañía del Apostolado Católico, fundada por san Vicente Pallotti (+ 1850), el Pontificio Instituto para las Misiones Extranjeras (P.I.M.E.), creado por el obispo Angel Ramazzotti (+ 1861), la Pía Sociedad de san Pablo Apóstol y otros Institutos creados por el siervo de Dios Santiago Alberione (+ 1971).

En efecto, algunos hombres y mujeres, llenos de fervor apostólico y misionero, repararon en el lugar eminente y «regio» que tenía la Madre de Jesús en la comunidad primitiva y se dieron cuenta de la importancia de su presencia en el evento pentecostal, en lo que atañe a la propagación del mensaje evangélico.

Esta misa, a excepción del prefacio, está tomada del *Proprium missarum Societatis Apostolatus Catholici*, Tipografía Poliglota Vaticana 1972, pp. 3-6.

Este formulario posee una gran fuerza misional. La asamblea de los fieles pide a Dios ser capaz de «proclamar la gloria de (su) nombre con testimonio de palabra y de vida» (Co), pide también «el aumento de la Iglesia por el número de (sus) fieles» (So) y que el «pueblo obtenga ... la salvación» (Dc).

El prefacio celebra el designio de salvación según el cual la santísima Virgen, «conducida por el Espíritu Santo», acudió presurosa a casa de Isabel para llevarle el anuncio de la salvación, y «Pedro y los demás apóstoles», fortalecidos por la venida del Espíritu, salieron del Cenáculo, llenos de valentía, para proclamar a todo el mundo el Evangelio de Cristo.

Antífona de entrada

Cf. Hch 1, 14

Los discípulos se dedicaban a la oración en común, junto con María, la madre de Jesús. Aleluya.

Oración colecta

Dios todopoderoso,
que derramaste el Espíritu Santo
sobre los apóstoles,
reunidos en oración con María,
concédenos, por intercesión de la Virgen,
entregarnos fielmente a tu servicio
y proclamar la gloria de tu nombre
con testimonio de palabra y de vida.
Por nuestro Señor Jesucristo.

Oración sobre las ofrendas

Por tu benignidad, Señor,
y por la intercesión de santa María, siempre Virgen,
nuestra ofrenda alcance a tu Iglesia
el aumento por el número de fieles,
y el resplandor constante
por la abundancia de las virtudes.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio

LA BIENAVENTURADA VIRGEN ES INVOCADA
REINA DE LOS APÓSTOLES

V. El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

V. Levantemos el corazón.

R. Lo tenemos levantado hacia el Señor.

V. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

R. Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias
siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo,

Dios todopoderoso y eterno,
en esta conmemoración de santa María Virgen,
que precedió a los apóstoles en el anuncio de Cristo.

Porque ella, conducida por el Espíritu Santo,
llevó presurosa a Cristo al Precursor,
para que fuera causa de santificación y alegría para él;
del mismo modo Pedro y los demás apóstoles,
movidos por el mismo Espíritu,
anunciaron animosos, a todos los pueblos, el Evangelio
que había de ser para ellos causa de salvación y de vida.

Ahora también la santísima Virgen
precede con su ejemplo a los heraldos del Evangelio,
los estimula con su amor
y los sostiene con su intercesión incesante,
para que anuncien a Cristo Salvador por todo el mundo.

Por eso,
con todos los ángeles y los santos
cantamos tu gloria diciendo:
Santo, Santo, Santo...

Antífona de comunión

Cf. Lc 11, 27

Dichoso el vientre de María, la Virgen, que llevó al Hijo del eterno Padre.
Aleluya.

Oración después de la comunión

Después de recibir tu ayuda, Señor, en este sacramento,
al celebrar la memoria de la Virgen María,
Reina de los apóstoles,
te pedimos perseverar siempre en tu amor
y en el servicio a los hombres,
para que tu pueblo obtenga de ti la salvación.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

TIEMPO ORDINARIO

En el tiempo ordinario, tanto en el Calendario Romano general como en los Calendarios de las Iglesias particulares y de los Institutos religiosos, se repite con frecuencia la memoria de santa María. De ahí que en los *Propios* del Rito romano hay abundancia de formularios de misas de la santísima Virgen, cuyo objeto, aunque es uno solo y siempre el mismo —la obra de Dios realizada en María en consideración a Cristo y la Iglesia—, sin embargo se celebra desde muchos y variados aspectos.

Los formularios de las misas del tiempo ordinario, habida cuenta del aspecto del misterio que celebran, «están subdivididos en tres secciones: la *primera* comprende once formularios que celebran la memoria de la Madre de Dios bajo una serie de títulos tomados principalmente de la sagrada Escritura o que expresan la relación de María con la Iglesia; la *segunda* sección consta de nueve formularios, en los que la Madre del Señor es venerada bajo advocaciones que recuerdan su intervención en la vida espiritual de los fieles; la *tercera* sección comprende ocho formularios que celebran la memoria de santa María bajo títulos que evocan su misericordiosa intercesión en favor de los fieles» (Orientaciones generales, núm. 24).

PRIMERA SECCIÓN

Esta sección comprende once formularios que celebran la memoria de la Madre de Dios bajo una serie de títulos tomados principalmente de la sagrada Escritura o que expresan la relación de María con la Iglesia.

FORMULARIOS DE MISAS

19. Santa María, Madre del Señor.
20. Santa María, la nueva mujer.
21. El santo Nombre de la bienaventurada Virgen María.
22. Santa María, esclava del Señor.
23. La Virgen María, templo del Señor.
24. La Virgen María, trono de la Sabiduría.
25. La Virgen María, imagen y madre de la Iglesia (I).
26. La Virgen María, imagen y madre de la Iglesia (II).
27. La Virgen María, imagen y madre de la Iglesia (III).
28. El Inmaculado Corazón de la Virgen María.
29. La Virgen María, reina del universo.

SANTA MARÍA, MADRE DEL SEÑOR

Entre los títulos que el Evangelio da a la santísima Virgen, sobresale el de «Madre del Señor», con el que Isabel, madre del Precursor, llena del Espíritu Santo (cf. Lc 1, 41), la saludó: «¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?» (Lc 1, 42).

Con el título de *Santa María, Madre del Señor*, se propone aquí una misa que se halla en el *Misal Romano*, Común de santa María Virgen, en el tiempo ordinario, núm. 3, pp. 706-707, cuyos textos se distinguen por la llamada «sobriedad romana» y por su insigne piedad hacia la Madre de Jesús; el prefacio se ha tomado del *Proprium missarum Ordinis beatae Mariae Virginis de Mercede*, Curia General de la Orden, Roma 1976, p. 11.

En el prefacio se glorifica a Dios Padre por la doble función materna que, por su «providencial designio», confió a la santísima Virgen: respecto a su Hijo («hiciste obras grandes en la Madre de tu Hijo») y respecto a su pueblo («ejerce su función maternal en la Iglesia»).

Antífona de entrada

Cf. Jdt 13, 23. 25

El Señor Dios te ha bendecido, Virgen María, más que a todas las mujeres de la tierra; ha glorificado tu nombre de tal modo, que tu alabanza está siempre en la boca de todos.

Oración colecta

Concédenos, Señor,
por intercesión de la Virgen María,
cuya gloriosa memoria hoy celebramos,
hacernos dignos de participar, como ella,
de la plenitud de tu gracia.
Por nuestro Señor Jesucristo.

Oración sobre las ofrendas

Jubilosos de poder celebrar
la festividad de la Madre de tu Hijo,
te ofrecemos, Señor,

este sacrificio de alabanza,
y te suplicamos que, por este sagrado intercambio,
se acrecienten en nosotros los frutos
de la redención eterna.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio

LA MADRE DEL SEÑOR, FIEL DISPENSADORA DE LA GRACIA DIVINA

V. El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

V. Levantemos el corazón.

R. Lo tenemos levantado hacia el Señor.

V. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

R. Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias
siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno.

Que hiciste obras grandes en la Madre de tu Hijo
y por ella no cesas de actualizar la salvación en nosotros;
pues María, por tu providencial designio,
ejerce su función maternal en la Iglesia
y es fiel dispensadora de tu gracia;
por su palabra nos aconsejas,
por su ejemplo nos mueves a seguir a Cristo
y por sus ruegos nos perdonas.

Por eso,
Señor, te damos gracias
cantando con los ángeles:
Santo, Santo, Santo...

Antífona de comunión

Cf. Lc 1, 48

Me felicitarán todas las generaciones, porque Dios ha mirado la humillación de su esclava.

Oración después de la comunión

Después de celebrar la eucaristía,
te rogamos, Señor,
que cuantos veneramos la memoria
de santa María, siempre Virgen,
nos sentemos un día a la mesa
del banquete del reino de los cielos.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

SANTA MARÍA, LA NUEVA MUJER

Ya desde el siglo II, debido sobre todo a los escritos de san Justino (+ hacia 163) y de san Ireneo (+ hacia 200), la santísima Virgen es reconocida en la Iglesia como la nueva Eva o la nueva Mujer en Cristo, nuevo Adán (cf. 1Co 15, 45), asociada íntimamente a la obra de salvación, reparando con su fe y obediencia el daño causado al género humano por la incredulidad y la desobediencia de la antigua Eva: «El nudo de la desobediencia de Eva fue deshecho por la obediencia de María. Lo que había atado la virgen Eva por su incredulidad lo desató la virgen María por su fe» (S. Ireneo, *Adversus haereses* 3, 22, 4: SCh 34, p. 82).

En este formulario se recuerda el salvador «misterio de la Mujer» —de María y de la Iglesia—. María, «tipo de la Iglesia» (cf. LG 63), es la Mujer prometida en el Protoevangelio (cf. Gn 3, 15), a la que Isabel proclama bendita entre todas (cf. Lc 1, 42), de la cual se hizo hombre el Hijo de Dios (cf. Ga 4, 4), que en la boda de Caná señaló de antemano la Hora mística (cf. Jn 2, 4), cumplió junto a la cruz su función maternal (cf. Jn 19, 26) y resplandece en el cielo vestida de sol y coronada con doce estrellas (cf. Ap 12, 1).

María, por tanto, es celebrada como:

— *primicia de la nueva creación*: «... has constituido a la Virgen María, / modelada por el Espíritu Santo, / en primicia de la nueva creación» (Co; cf. LG 56);

— *tierra nueva*, «en que», ya desde su concepción inmaculada, «habita la justicia» (cf. *Sal resp*);

— *primicia del nuevo pueblo*: «la Virgen santa María, primicia de tu nuevo pueblo» (Pf);

— *discípula de la nueva Ley*: «la primera discípula de la nueva Ley» (Pf);

— *la mujer a la que Dios dio un corazón nuevo*, según la profecía de Ezequiel (cf. 11, 19): «diste a la Virgen santa un corazón nuevo» (Dc);

— *la mujer que prepara el «vino nuevo» para la Iglesia*: «Dichosa eres, Virgen María, por tu medio ... tu Hijo preparó el vino nuevo para la Iglesia» (*Ant com*);

— *la virgen fiel*, que «se identificó plenamente con el sacrificio de la nueva Alianza» (So);

— la *nueva Jerusalén*, o sea, la ciudad santa en la cual Dios estableció su morada (cf. *1 Lect*, Ap 21, 1-5a).

En pocas palabras: «concebida sin pecado / y colmada de ... gracia, / es en verdad la *mujer nueva*» (*Pf*), Madre y asociada de Cristo, autor de la nueva Alianza (cf. *Pf*).

Antífona de entrada

Ap 12, 1

Apareció una figura portentosa en el cielo: una mujer vestida de sol, la luna por pedestal, coronada con doce estrellas.

Oración colecta

Oh Dios,
que has constituido a la Virgen María,
modelada por el Espíritu Santo,
en primicia de la nueva creación,
concédenos abandonar nuestra antigua vida de pecado
y abrazar la novedad del Evangelio,
cumpliendo el mandamiento nuevo del amor.
Por nuestro Señor Jesucristo.

Oración sobre las ofrendas

Al venerar la memoria de la bienaventurada Virgen María,
que se identificó plenamente
con el sacrificio de la nueva Alianza,
te presentamos, Señor, estos dones,
para que nos concedas, por tu gracia,
caminar siempre en novedad de vida.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio

MARÍA, LA NUEVA MUJER, PRIMERA DISCÍPULA
DE LA NUEVA ALIANZA

V. El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

V. Levantemos el corazón.

R. Lo tenemos levantado hacia el Señor.

V. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

R. Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias
siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno.

Porque a Cristo, autor de la nueva Alianza,
le diste por Madre y asociada a la Virgen santa María,
y la hiciste primicia de tu nuevo pueblo.

Pues ella, concebida sin pecado
y colmada de tu gracia,
es en verdad la mujer nueva
y la primera discípula de la nueva Ley.

Ella es la mujer alegre en tu servicio,
dócil a la voz del Espíritu Santo,
solícita en la fidelidad a tu Palabra.

Ella es la mujer dichosa por su fe,
bendita en su Hijo
y ensalzada entre los humildes.

Ella es la mujer fuerte en la tribulación,
firme junto a la cruz del Hijo
y gloriosa en su salida de este mundo.

Por eso,
con todos los ángeles y santos,
te alabamos, proclamando sin cesar:
Santo, Santo, Santo...

Antífona de comunión

Cf. Sal 86 (87), 3; Lc 1, 49

¡Qué pregón tan glorioso para ti, María! El Poderoso ha hecho obras grandes por ti.

O bien:

Dichosa eres, Virgen María, por tu medio Dios nos dio al Salvador del mundo y tu Hijo preparó el vino nuevo para la Iglesia.

Oración después de la comunión

Señor, Padre santo,
que diste a la Virgen santa un corazón nuevo,
concédenos, por la virtud del sacramento que hemos recibido,
ser fieles a la inspiración del Espíritu Santo
y configurarnos cada día más con Cristo, hombre nuevo.
Que vive y reina por los siglos de los siglos.

EL SANTO NOMBRE DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA

En el *Misal Romano*, p. 908, se halla la misa votiva de *El Santísimo Nombre de María*, que tiene sólo la oración colecta propia. Muchas Iglesias particulares e Institutos religiosos celebran la memoria del Santísimo Nombre de la Virgen el día 12 de septiembre, casi con el mismo formulario. El formulario aquí propuesto está tomado, a excepción del prefacio y con algunas pocas variaciones, del *Proprium missarum Societatis Mariae*.

En esta misa se glorifica ante todo a Dios Padre por el «Nombre de Jesús», esto es, por la «persona de su Hijo» y su poder y misión salvadora: «en el nombre de Jesús se nos da la salvación» (*Pf*, cf. Hch 4, 12), «ante él se dobla toda rodilla / en el cielo, en la tierra y en el abismo» (*Pf*, cf. Flp 2, 10).

En segundo lugar es glorificado por el «Nombre de María», esto es, por la persona de la Madre de Cristo y su misión en la historia de la salvación (cf. *Pf*). El Nombre de la santísima Virgen María es celebrado en cuanto que es:

— *glorioso*, ya que Dios, a semejanza del nombre de Judit, que es figura de la santísima Virgen, lo «ha glorificado ... de tal modo, que (su) alabanza está siempre en la boca de todos» (*Ant entr*, cf. Jdt 13, 20);

— *santo*, ya que indica a la Mujer que fue toda ella «llena de gracia» (*Al*, cf. Lc 1, 28) y que encontró «gracia ante Dios» (*Ev*, Lc 1, 30) para concebir y dar a luz al Hijo de Dios (cf. Lc 1, 31);

— *maternal*, porque Jesús, el Señor, «al expirar en la cruz, / quiso que la Virgen María, / elegida por él como Madre suya, / fuese en adelante nuestra Madre» (*Co*), de manera que sus fieles fueran confortados «por la invocación de su santo nombre» (*Co*);

— *providente*, puesto que los fieles, en cuyos labios está con frecuencia el nombre de la Virgen (cf. *Pf*), «la contemplan confiados, como estrella luminosa, / la invocan como madre en los peligros / y en las necesidades acuden seguros a ella» (*Pf*, cf. *Co*).

Antífona de entrada

Cf. Jdt 13, 23. 25

El Señor Dios te ha bendecido, Virgen María, más que a todas las mujeres de la tierra; ha glorificado tu nombre de tal modo, que tu alabanza está siempre en la boca de todos.

Oración colecta

Oh Dios, cuyo Hijo, al expirar en la cruz,
quiso que la Virgen María,
elegida por él como Madre suya,
fuese en adelante nuestra Madre,
concédenos a quienes recurrimos a su protección
ser confortados por la invocación de su santo nombre.
Por nuestro Señor Jesucristo.

Oración sobre las ofrendas

Mira, Señor, los dones que te presentamos,
para que nos ilumine el Espíritu Santo,
enviado a nuestros corazones,
y, ante el ejemplo de la siempre Virgen María,
nos adhiramos a Cristo, tu Hijo,
viviendo sólo para él y agradándole en todo.
Que vive y reina por los siglos de los siglos.

Prefacio

SANTA MARÍA, TEMPLO DE LA GLORIA DE DIOS

V. El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

V. Levantemos el corazón.

R. Lo tenemos levantado hacia el Señor.

V. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

R. Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación

darte gracias
siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno,
por Cristo, Señor nuestro.

En el nombre de Jesús se nos da la salvación,
y ante él se dobla toda rodilla
en el cielo, en la tierra y en el abismo.
Pero has querido, con amorosa providencia,
que también el nombre de la Virgen María
estuviera con frecuencia en los labios de los fieles;
éstos la contemplan confiados, como estrella luminosa,
la invocan como madre en los peligros
y en las necesidades acuden seguros a ella.

Por eso,
Señor, te damos gracias
y proclamamos tu grandeza
cantando con los ángeles:
Santo, Santo, Santo...

Antífona de comunión

Cf. Lc 1, 48

Me felicitarán todas las generaciones, porque Dios ha mirado la humillación de su esclava.

Oración después de la comunión

Concede, Señor, a los que has alimentado
en la mesa de la palabra y de la eucaristía,
rechazar lo que es indigno del nombre cristiano
y cumplir cuanto en él se significa,
bajo la guía y protección de la Virgen.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

SANTA MARÍA, ESCLAVA DEL SEÑOR

En el evangelio según san Lucas, la santísima Virgen se profesa por dos veces «Esclava del Señor»: cuando presta su asentimiento al mensaje del ángel (cf. Lc 1, 38) y cuando proclama la grandeza del Señor por las «obras grandes» (cf. Lc 1, 49) que ha hecho por ella. El título de «Esclava del Señor», para percibir todo su significado y toda su fuerza, se ha de interpretar a la luz de los cánticos del «Siervo del Señor» (cf. Is 42, 1-7; 49, 1-9; 50, 1-11; 52, 1—53, 12), pero sobre todo a la luz de lo que hizo Jesucristo, ya que él, cumpliendo en su persona la figura del «Siervo del Señor», «no ha venido para que le sirvan, sino para servir y dar su vida en rescate por todos» (Mc 10, 45).

Con el título de «Esclava del Señor» se tributa culto litúrgico a la santísima Virgen en algunos Institutos religiosos, principalmente en la Congregación de la Pasión de Jesucristo, de cuyo *Proprium missarum*, Curia General CP, Roma 1974, pp. 30-31, se han tomado la mayor parte de los textos de esta misa.

La misa celebra el misericordioso designio por el que Dios hizo a la Virgen María, su humilde esclava, madre de Cristo y asociada a él (cf. *Co*): María, «hija de Adán —como enseña el Concilio Vaticano II—, aceptando la palabra divina, fue hecha madre de Jesús y, abrazando la voluntad salvadora de Dios con generoso corazón y sin impedimento de pecado alguno, se consagró totalmente, como esclava del Señor, a la persona y a la obra de su Hijo, sirviendo al misterio de la redención bajo él y con él, por la gracia de Dios omnipotente» (LG 56).

Por todo esto la santísima Virgen, humilde esclava del Señor, es saludada como «sierva del amor» (*Pf*), dedicada enteramente al servicio divino (cf. *So*) y a la obra de su Hijo por la salvación de los hombres (cf. *Pf*).

La misa, en íntima conexión con las enseñanzas del Evangelio, celebra también a María, la humilde esclava, elevada a la dignidad real: a la que «sirvió mucho a Cristo» (*Pf*), Dios Padre la ha honrado mucho (cf. *Pf*, Jn 12, 26), y a la que «se proclamó ... humilde esclava» de Dios, el mismo Dios la ha ensalzado «como Reina junto a (su) Hijo» (*Pf*). Admirablemente lo canta el *Aleluya*: «Dichosa eres, Virgen María, / que te proclamaste esclava del Señor; / ahora, glorificada sobre los coros de los ángeles, / la Iglesia te saluda como Reina del cielo».

Antífona de entrada

Lc 1, 47-48

Se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador, porque ha mirado la humillación de su esclava.

Oración colecta

Oh Dios, que para redimirnos misericordiosamente has hecho humilde esclava tuya a la Virgen María, Madre de Cristo y asociada a él, concédenos servirte como ella y dedicarnos por entero a la salvación de los hombres. Por nuestro Señor Jesucristo.

Oración sobre las ofrendas

Recibe, Padre santo, las ofrendas y los dones que te presentamos en conmemoración de santa María, la esclava dócil dedicada enteramente a tu servicio, y concédenos ofrecernos nosotros mismos como ofrenda agradable a tus ojos. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio

LA BIENAVENTURADA VIRGEN, ESCLAVA DEL SEÑOR,
SIRVIÓ AL MISTERIO DE LA REDENCIÓN

V. El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

V. Levantemos el corazón.

R. Lo tenemos levantado hacia el Señor.

V. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

R. Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias

siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno.

Porque te has complacido de modo singular
en la bienaventurada Virgen María.
Ella, abrazando tu voluntad salvífica,
se consagró por entero a la obra de tu Hijo,
como un servicio fiel a la redención del hombre.

A quien sirvió mucho a Cristo,
mucho la has honrado;
y has ensalzado como Reina junto a tu Hijo,
a quien se proclamó tu humilde esclava
y, sierva del amor, intercede por nosotros.

Por eso,
con todos los ángeles y los santos,
te alabamos, proclamando sin cesar:
Santo, Santo, Santo...

Antífona de comunión

Sal 85 (86), 15-16

Tú, Señor, mírame, ten compasión de mí, salva al hijo de tu esclava.

Oración después de la comunión

Alimentados con esta eucaristía
te pedimos, Señor, Dios nuestro,
que, imitando siempre a la Virgen María,
nos dediquemos al servicio de la Iglesia
y experimentemos la alegría de esta entrega.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

LA VIRGEN MARÍA, TEMPLO DEL SEÑOR

El «misterio del Templo» alcanzó su perfección en Cristo Jesús (cf. Jn 2, 19-22), en quien «habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad» (Col 2, 9). En la sagrada Escritura también la Iglesia es llamada «templo santo» o «consagrado»: «Sois conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios. Estáis edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, y el mismo Cristo Jesús es la piedra angular. Por él todo el edificio queda ensamblado, y se va levantando hasta formar un *templo consagrado* al Señor» (Ef 2, 19-21). Y también cada uno de los fieles, por la habitación de Dios en sus corazones, es «templo de Dios»: «¿No sabéis que sois *templo de Dios* y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? (...) porque el templo de Dios es santo: ese templo sois vosotros» (1Co 3, 16-17).

También la santísima Virgen es, a título especial, «templo santo»:

— por haber llevado en sus entrañas inmaculadas al mismo Hijo de Dios, se convirtió en templo verdadero del Dios verdadero;

— por haber conservado la palabra de Dios en su corazón (cf. Lc 2, 19. 51), por haber amado intensamente a Cristo y haber guardado fielmente sus palabras, el Hijo y el Padre, según la promesa del Señor, vinieron a ella e hicieron morada en ella (cf. Jn 14, 23).

Esta misa, por tanto, bajo la imagen del «templo», celebra la maternidad divina de la santísima Virgen María y su santidad de vida.

Santa María es llamada «templo santo» edificado de modo inefable por Dios para su Hijo (cf. *Co*); «templo» de la gloria de Dios «por el misterio de la Encarnación, / y por su fe obediente» (*Pf*); «templo de justicia, / templo de piedad para nosotros, pecadores, / ... templo lleno del Espíritu Santo» (*Al*).

También se emplean otras imágenes, tomadas de la sagrada Escritura, para significar a la santísima Virgen, imágenes que significan casi lo mismo que la imagen del «templo»: *morada* que tiene a Dios en medio y que no vacila (*Ant com*, cf. Sal 45 [46], 5-6; cf. *Ant entr*, Ap 21, 3); *casa del Señor* que Dios ha llenado con su presencia (cf. *1 Lect*, 1R 8, 11; *Sal resp*, Sal 83 [84], 11); *casa de oro* «adornada por el Espíritu Santo con toda clase de virtudes» (*Pf*); *palacio real* «resplandeciente por el fulgor de la Ver-

dad» (*Pf*), en el que habitó el Rey de reyes; *ciudad santa* «que alegran los ríos de la gracia» (*Pf*, cf. Sal 45 [46], 5); *arca de la Alianza* «que contiene al Autor de la nueva Ley» (*Pf*).

Antífona de entrada

Ap 21, 3

Escuché una voz potente que decía desde el trono: «Ésta es la morada de Dios con los hombres: acampará entre ellos. Ellos serán su pueblo, y Dios estará con ellos y será su Dios.»

Oración colecta

Oh Dios, que de modo inefable has edificado
un templo santo para tu Hijo
en el seno virginal de santa María,
concédenos adorarte en el Espíritu Santo y en la verdad,
siguiendo fielmente la gracia del bautismo,
para merecer convertirnos nosotros también
en templos vivos de tu gloria.
Por nuestro Señor Jesucristo.

Oración sobre las ofrendas

Recibe, Señor, los dones que te presentamos con alegría
en la memoria de santa María Virgen,
cuya vida es para nosotros modelo de oración y de alabanza,
y concédenos vivir como ella
para ofrecerte un sacrificio verdadero.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio

SANTA MARÍA, TEMPLO SINGULAR DE LA GLORIA DE DIOS

V. El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

V. Levantemos el corazón.

R. Lo tenemos levantado hacia el Señor.

V. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

R. Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias
siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno.

Porque te has preparado una morada en nosotros,
purificada e iluminada por el Espíritu Santo
y santificada con tu presencia.

La Virgen María,
por el misterio de la encarnación,
y por su fe obediente,
se convirtió en templo singular de tu gloria,
casa de oro
adornada por el Espíritu con toda clase de virtudes,
palacio real resplandeciente por el fulgor de la Verdad,
ciudad santa que alegran los ríos de la gracia,
arca de la nueva Alianza que contiene al Autor de la nueva ley,
Jesucristo, Señor nuestro.

Por él,
los ángeles y los arcángeles
te adoran eternamente,
gozosos en tu presencia.
Permítenos unirnos a sus voces
cantando tu alabanza:
Santo, Santo, Santo...

Antífona de comunión

Cf. Sal 45 (46), 5-6

Dichosa eres, Virgen María, morada consagrada del Altísimo; teniendo a
Dios en medio, no vacilas.

Oración después de la comunión

Alimentados con esta eucaristía,
haz, Señor, que te sirvamos con una conducta libre de pecado
y, siguiendo el ejemplo de la Virgen María,

te veneremos presente en nuestros hermanos
y proclamemos con ella tu grandeza, alabándote sinceramente.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

LA VIRGEN MARÍA, TRONO DE LA SABIDURÍA

En las misas de santa María, que es madre de la Sabiduría de Dios encarnada, ya desde el siglo X se leen con frecuencia las «epístolas sapienciales» —tomadas principalmente del Eclesiástico y del libro de los Proverbios (cf. OLM 707, 5. 6)—, en las cuales la Iglesia, al escuchar ante todo la voz de la Sabiduría eterna, percibe también las palabras de la santísima Virgen, ya que en estos textos, según la opinión corriente en los escritores de la edad media, la Sabiduría de Dios habla en cierto modo como «personalización» de la Virgen.

Desde el siglo XII, en las *Laudes* y *Letanías* marianas, se atribuyen a la santísima Virgen algunos títulos que ponen de relieve su vinculación con la Sabiduría eterna: *Madre de la Sabiduría*, *Fuente de la Sabiduría*, *Casa de la Sabiduría*, *Trono de la Sabiduría*, entre los que prevaleció sobre todo el de *Trono de la Sabiduría*.

Con este título se venera a la santísima Virgen, incluso con culto litúrgico, en algunas Iglesias particulares, en universidades, en Institutos religiosos, entre los que destaca la Compañía de María, fundada por san Luis Grignon de Monfort (+ 1716). El formulario de la misa, a excepción del prefacio, proviene del *Proprium missarum* de la Compañía de María Montfortiana.

Con el título de «Trono de la Sabiduría» se celebra al mismo tiempo la función maternal de santa María Virgen, su dignidad real y su eximia sabiduría y prudencia en las cosas divinas:

— la *función maternal*, porque en virtud del misterio de la encarnación reside en el purísimo seno de la Virgen Madre la Sabiduría del Padre;

— la *dignidad real*, porque el Niño que se sienta en las rodillas de la Madre es el Rey mesiánico que «se llamará Hijo del Altísimo», al que «el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin» (Lc 1, 32-33; cf. Is 9, 6-7); el Rey al que acuden los sabios desde lejanas tierras y que, al encontrarlo con la Madre, lo adoran ofreciéndole regalos regios (cf. Mt 2, 1-12);

— la *sabiduría y prudencia*, porque santa María aparece en el Evangelio como la «Virgen sabia» que ha escogido la parte mejor (cf. Lc 10, 42)

y la «Maestra de la verdad» que entrega a la Iglesia los hechos y palabras de salvación conservados en su corazón (cf. Lc 2, 19. 51): «Oh Madre sapientísima, la única digna de un Hijo semejante —escribe san Bruno de Asti (+ 1123)—, que meditaba todas estas palabras en su corazón y nos las conservaba, guardándolas en su memoria, para que después, al enseñarlas, narrarlas y anunciarlas, fuesen puestas por escrito, proclamadas en todo el mundo y anunciadas a todas las naciones» (*Commentaria in Lucam*, parte I, capítulo II: PL 165, 355).

Antífona de entrada

Dichosa eres, santa María, Virgen sabia, que mereciste llevar en tu seno la Palabra de la verdad; dichosa eres, Virgen prudente, que has elegido la parte mejor.

Oración colecta

Padre santo, Dios eterno,
que quisiste poner el trono real de tu Sabiduría
en santa María virgen,
ilumina a tu Iglesia con la luz de la Palabra de vida,
para que resplandezca con la fuerza de la verdad
y alcance gozosa el pleno conocimiento de tu amor.
Por nuestro Señor Jesucristo.

O bien:

Dios sapientísimo,
para levantar al hombre hundido por el pecado,
hiciste de santa María Virgen
el trono de tu Sabiduría;
concédenos, por su intercesión,
desechar la soberbia
y servirte con entera humildad.
Por nuestro Señor Jesucristo.

Oración sobre las ofrendas

Santifica, Señor, con el poder de tu Espíritu
los dones que te presentamos,

y, por intercesión de la gloriosa Virgen María,
prepara en nosotros
una digna morada para tu Sabiduría.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio

LA SABIDURÍA HA LEVANTADO SU MORADA
EN LAS PURÍSIMAS ENTRAÑAS DE MARÍA

V. El Señor esté con vosotros.
R. Y con tu espíritu.
V. Levantemos el corazón.
R. Lo tenemos levantado hacia el Señor.
V. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.
R. Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias
siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno,
por Cristo, nuestro Señor.

Porque llevaste a cabo con inmensa bondad
el designio de nuestra redención preparado antes de los siglos,
en la bienaventurada Virgen María.
Al llegar la plenitud de los tiempos
la Sabiduría divina levantó su morada
en las purísimas entrañas de la Virgen;
y el Creador de la historia
nació en el tiempo como nuevo Adán,
para dar muerte en nosotros al hombre viejo
y comunicarnos una vida nueva.

Por eso,
con todos los ángeles y los santos

te cantamos el himno de alabanza
diciendo sin cesar:
Santo, Santo, Santo...

Antífona de comunión

Pr 9, 5. 6b

Venid a comer de mi pan y a beber el vino que he mezclado; seguid el camino de la prudencia.

Oración después de la comunión

Por este santo sacrificio te pedimos, Señor,
que infundas en nosotros la luz de la sabiduría
que inundó maravillosamente a la Virgen Madre,
para que te conozcamos en verdad,
y te amemos fielmente.
Por Jesucristo nuestro Señor.

LA VIRGEN MARÍA, IMAGEN Y MADRE DE LA IGLESIA (I)

El día 21 de noviembre de 1964, al terminar la III Sesión del Concilio Vaticano II, Pablo VI, durante la celebración de la misa, declaró a María santísima «Madre de la Iglesia, esto es, de todo el pueblo cristiano, tanto de fieles como de pastores, que la llaman Madre amorosísima» (AAS 56 [1965], p. 1015) y determinó que «en adelante, todo el pueblo cristiano, con este nombre gratísimo, honre más todavía a la Madre de Dios» (*ibid.*).

A partir de entonces, muchas Iglesias particulares y familias religiosas empezaron a venerar a la santísima Virgen con el título de «Madre de la Iglesia». El año 1974, para fomentar las celebraciones marianas del Año santo de la Reconciliación (1975), se compuso esta misa, que, poco después, en la segunda edición típica del *Misal Romano*, fue incorporada a las misas votivas de santa María Virgen (pp. 905-907).

El formulario contempla las múltiples relaciones que vinculan a la Iglesia con la santísima Virgen, pero sobre todo celebra la función maternal que santa María, según el beneplácito divino, ejerce en la Iglesia y en favor de la Iglesia.

Los textos eucológicos consideran especialmente cuatro momentos de la historia de la salvación:

— la *encarnación del Verbo*, en la cual, la santísima Virgen, al aceptar la Palabra del Padre «con limpio corazón, / mereció concebirla en su seno virginal, / y, al dar a luz a su Hijo, / preparó el nacimiento de la Iglesia» (*Pf*);

— la *pasión de Cristo*: el Hijo único de Dios, en efecto, «clavado en la cruz, / proclamó como Madre nuestra / a santa María Virgen, Madre suya» (*Co*, cf. *Pf*, *Ant com*);

— la *efusión del Espíritu Santo* en el día de Pentecostés, cuando la Madre del Señor, «al unir sus oraciones a las de los discípulos, / se convirtió en el modelo de la Iglesia suplicante» (*Pf*);

— la *asunción de la Virgen*: santa María, «desde su asunción a los cielos, / acompaña con amor materno a la Iglesia peregrina, / y protege sus pasos hacia la patria celeste, / hasta la venida gloriosa del Señor» (*Pf*).

Antífona de entrada

Cf. Hch 1, 14

Los discípulos se dedicaban a la oración en común, junto con María, la madre de Jesús.

Oración colecta

Oh Dios, Padre de misericordia,
cuyo Hijo, clavado en la cruz,
proclamó como Madre nuestra
a santa María Virgen, Madre suya,
concédenos, por su mediación amorosa,
que tu Iglesia, cada día más fecunda,
se llene de gozo por la santidad de sus hijos,
y atraiga a su seno
a todas las familias de los pueblos.
Por nuestro Señor Jesucristo.

Oración sobre las ofrendas

Acepta, Señor, nuestros dones
y conviértelos en sacramento de salvación
que nos inflame en el amor de la Virgen María,
Madre de la Iglesia,
y nos asocie más estrechamente, con ella,
en la obra de la salvación de los hombres.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio

MARÍA, MODELO Y MADRE DE LA IGLESIA UNIVERSAL

V. El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

V. Levantemos el corazón.

R. Lo tenemos levantado hacia el Señor.

V. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

R. Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias
siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno,
y alabarte debidamente
en esta celebración en honor de la Virgen María.

Ella, al aceptar tu Palabra con limpio corazón,
mereció concebirla en su seno virginal,
y, al dar a luz a su Hijo,
preparó el nacimiento de la Iglesia.

Ella, al recibir junto a la cruz
el testamento de tu amor divino,
tomó como hijos a todos los hombres,
nacidos a la vida sobrenatural
por la muerte de Cristo.

Ella, en la espera pentecostal del Espíritu,
al unir sus oraciones a las de los discípulos,
se convirtió en el modelo de la Iglesia suplicante.

Desde su ascensión a los cielos,
acompaña con amor materno a la Iglesia peregrina,
y protege sus pasos hacia la patria celeste,
hasta la venida gloriosa del Señor.

Por eso,
con todos los ángeles y santos,
te alabamos sin cesar, diciendo:
Santo, Santo, Santo...

Antífona de comunión

Cf. Jn 19, 26-27

Jesús, desde la cruz, dijo al discípulo que tanto quería: Ahí tienes a tu madre.

O bien:

Dichosa eres, María, llena de gracia, madre y virgen; tú resplandeces en la Iglesia como modelo de fe, esperanza y caridad.

Oración después de la comunión

Después de recibir la prenda de la redención y de la vida,
te pedimos, Señor,
que tu Iglesia, por la ayuda maternal de la Virgen,
anuncie a todas las gentes el Evangelio
y llene el mundo entero
de la efusión de tu Espíritu.
Por Jesucristo nuestro Señor.

LA VIRGEN MARÍA, IMAGEN Y MADRE DE LA IGLESIA (II)

Esta misa celebra a Dios Padre, que por su «inmensa bondad» (*Pf*) ha dado la santísima Virgen María, madre de Cristo, a la Virgen Iglesia como «ejemplo de virtudes» (cf. *Ant entr, Ant com*, LG 65). «Mientras que en la santísima Virgen la Iglesia ya llegó a la perfección, por la que se presenta sin mancha ni arruga (cf. Ef 5, 27), los fieles aún se esfuerzan en crecer en la santidad venciendo el pecado; y por eso levantan sus ojos hacia María, que brilla ante toda la comunidad de los elegidos como modelo de virtudes» (LG 65):

— de *sublime caridad*, por lo que ruegan los fieles: «... concede a tu Iglesia que, / siguiendo como ella el precepto del amor, / ... se manifieste ante todos los pueblos / como sacramento de tu amor» (*Co*);

— de *fe y esperanza*, por lo que suplican los fieles que la Iglesia, «contemplando a la Virgen María, / se vea siempre llena del fervor de la fe, / ... y robustecida por la esperanza de la futura gloria» (*Dc*);

— de *gran humildad*: «... nos has dado a la Virgen María / como modelo ... de gran humildad» (*Co*);

— de *oración perseverante y unánime*: los apóstoles, en efecto, y los primeros discípulos «se dedicaban a la oración, junto con María, la madre de Jesús» (*I Lect*, Hch 1, 12-14); «está unida a los apóstoles en su oración» (*Pf*);

— de *culto espiritual*: «Ella resplandece para tu Iglesia / como modelo del verdadero culto espiritual / con el que nosotros mismos debemos mostrarnos / como víctima santa y agradable a ti» (*So*, cf. Rm 12, 1);

— de *auténtico culto litúrgico*: la madre de Jesús —como advierte Pablo VI— es el modelo «de los sentimientos de piedad con que la Iglesia celebra los divinos misterios y los expresa en su vida» (MC 16); María, en efecto, es «Virgen oyente ..., Virgen orante ..., Virgen fecunda ..., Virgen oferente» (*Pf*, cf. MC 16-21), Virgen vigilante, que espera sin vacilar la resurrección de su Hijo (cf. *Pf*). En pocas palabras: María es «modelo para toda la Iglesia en el culto que hay que tributar a Dios» (MC 21).

Antífona de entrada

Eres digna de toda alabanza, santa Virgen María, porque de ti nació Cristo, nuestro Señor, y brillas en la Iglesia como ejemplo de virtudes.

Oración colecta

Señor Dios,
que nos has dado a la Virgen María
como modelo de amor sublime y de gran humildad,
concede a tu Iglesia que,
siguiendo como ella el precepto del amor,
se entregue plenamente a tu gloria
y al servicio de los hombres,
y se manifieste ante todos los pueblos
como sacramento de tu amor.
Por nuestro Señor Jesucristo.

Oración sobre las ofrendas

Convierte, Señor, en sacramento de salvación
los dones que con gozo hemos traído a tu altar
en esta memoria de la gloriosa Virgen María;
ella resplandece para tu Iglesia
como modelo del verdadero culto espiritual
con el que nosotros mismos debemos mostrarnos
como víctima santa y agradable a ti.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio

LA BIENAVENTURADA VIRGEN, MODELO DEL CULTO VERDADERO

V. El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

V. Levantemos el corazón.

R. Lo tenemos levantado hacia el Señor.

V. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

R. Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias
siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo,
por Cristo, Señor nuestro.

Porque por tu inmensa bondad
has dado a tu Iglesia Virgen,
como modelo del verdadero culto,
a la Virgen María.

Ella, Virgen oyente,
escucha con gozo tus palabras
y las medita en silencio en lo hondo de su corazón.

Ella, Virgen orante,
ensalza tu misericordia
con su cántico de alabanza,
intercede solícita por los novios en Caná
y está unida a los apóstoles en su oración.

Ella, Virgen fecunda,
concibe al hijo por obra del Espíritu Santo
y, junto a la cruz, es proclamada madre
del pueblo de la nueva Alianza.

Ella, Virgen oferente,
te presenta en el templo a su Hijo Primogénito
y al pie del árbol de la vida
se une a la ofrenda de su vida.

Ella, Virgen vigilante,
espera sin vacilar
la resurrección de su Hijo
y aguarda fielmente la efusión del Santo Espíritu.

Por eso, asociados a los coros de los ángeles,
te alabamos diciendo con gozo:

Santo, Santo, Santo...

Antífona de comunión

Dichosa eres, María, llena de gracia; alzamos nuestros ojos a ti, que resplandeces para toda la comunidad de los elegidos como modelo de virtudes.

Oración después de la comunión

Participando, Señor, de los santos misterios de tu mesa,
hemos recibido con espíritu de piedad
el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo;
concede, te rogamos,
que tu Iglesia,
contemplando a la Virgen María,
se vea siempre llena del fervor de la fe,
confirmada en el amor
y robustecida por la esperanza de la futura gloria.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

LA VIRGEN MARÍA, IMAGEN Y MADRE DE LA IGLESIA (III)

Esta misa celebra la bondad de Dios, que amó tanto a la Iglesia que le dio a la santísima Virgen para que la contemplara como una imagen profética de su peregrinación en la tierra y de su gloria futura en el cielo: «(La Iglesia) admira y enaltece en ella —enseña el Concilio Vaticano II— el fruto más excelso de la Redención y contempla con gozo, como en una imagen purísima, lo que ella misma, toda entera, ansía y espera» (SC 103).

La santísima Virgen, «espejo nítido de la actividad de Dios» (*Ant com*, cf. Sb 7, 26; cf. *Ant entr*), ofrece a la Iglesia una imagen purísima de la perfecta discípula, de la virgen íntegra, de la esposa fiel, de la madre solícita, de la reina coronada de gloria. Por esto la liturgia celebra a la santísima Virgen como:

— *discípula* perfecta en el seguimiento de Cristo. Por ello pedimos que la Iglesia, «fijos sus ojos en ella (María), siga fielmente a Cristo» (*Co*) y se vaya conformando «de día en día ... / según aquella imagen de Cristo, / que ya admira y ensalza en su Madre» (*So*);

— *virgen* «que resplandece por la integridad de su fe» (*Pf*), con la que sin cesar se conforma la Iglesia, ya que «también ella es virgen, que guarda íntegra y pura la fidelidad prometida al Esposo» (LG 64);

— «*esposa*, / unida a Cristo con el vínculo indisoluble del amor / y asociada a su pasión» (*Pf*), a quien la Iglesia, «contemplándola a la luz del Verbo hecho hombre, penetra más profundamente, llena de veneración, en el supremo misterio de la encarnación y se va configurando más y más a su Esposo» (LG 65);

— «*madre*, / fecunda por la acción del Espíritu Santo / y solícita por el bien de todos los hombres» (*Pf*), de quien la Iglesia, «imitando la caridad y cumpliendo fielmente la voluntad del Padre, se convierte también ella en madre por la palabra de Dios recibida con fe, ya que por la predicación y el bautismo engendra para la vida nueva y la inmortalidad a los hijos concebidos del Espíritu Santo y nacidos de Dios» (LG 64);

— «*reina*, / adornada con las joyas de las mejores virtudes, / partícipe para siempre de la gloria de su Señor» (*Pf*), en quien «la Iglesia contempla la purísima imagen de su gloria futura» (*Ant entr*, cf. SC 103; cf. *So*, *Pf*).

Antífona de entrada

¡Salve, santa María, espejo sin mancha! En ti la Iglesia contempla la purísima imagen de su gloria futura.

Oración colecta

Oh Dios,
por tu poder y tu bondad
la Virgen María, fruto excelso de la Redención,
brilla como imagen purísima de la Iglesia.
Concede a este pueblo tuyo que peregrina en la tierra
que, fijos sus ojos en ella,
siga fielmente a Cristo
hasta que llegue a aquella plenitud de gloria
que ya contempla con gozo en Santa María.
Por nuestro Señor Jesucristo.

Oración sobre las ofrendas

Que esta ofrenda que hemos dedicado a tu nombre
nos purifique, Señor,
y, de día en día, vaya conformando a tu Iglesia
según aquella imagen de Cristo,
que ya admira y ensalza en su Madre.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio

LA BIENAVENTURADA VIRGEN BRILLA COMO IMAGEN
DE LA FUTURA GLORIA DE LA IGLESIA

V. El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

V. Levantemos el corazón.

R. Lo tenemos levantado hacia el Señor.

V. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

R. Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias
siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno.

Porque has dado a tu Iglesia
como imagen purísima de la entrega materna
y de la gloria futura
a la bienaventurada Virgen María.

Ella es la virgen
que resplandece por la integridad de su fe;
la esposa,
unida a Cristo con el vínculo indisoluble del amor
y asociada a su pasión;

la madre,
fecunda por la acción del Espíritu Santo
y solícita por el bien de todos los hombres;

y la reina,
adornada con las joyas de las mejores virtudes,
vestida de sol, coronada de estrellas,
partícipe para siempre
de la gloria de su Señor.

Por él, adoran los ángeles tu majestad,
alegres por siempre en tu presencia.
Permítenos asociarnos a sus voces
cantando tu alabanza:
Santo, Santo, Santo...

Antífona de comunión

Cf. Sb 7, 26

La Virgen María es reflejo de la luz eterna, espejo nítido de la actividad
de Dios e imagen de su bondad.

O bien:

Lc 1, 31

Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús.

Oración después de la comunión

Concede, Señor, a tu Iglesia
que, fortalecida con este sacramento,
recorra con entusiasmo los caminos del Evangelio,
hasta que pueda alcanzar
la gozosa visión de la paz,
de la que ya goza para siempre
la Virgen María, tu humilde sierva.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

EL INMACULADO CORAZÓN DE LA VIRGEN MARÍA

El sábado posterior al segundo domingo después de Pentecostés la liturgia romana celebra, con formulario propio, la memoria del Inmaculado Corazón de la Virgen María. En los *Propios* de las Iglesias particulares y de los Institutos religiosos se hallan varias misas en memoria del Corazón de la santísima Virgen, cada una de las cuales conmemora diversos aspectos de este Corazón. El formulario que aquí se propone proviene, en gran parte, del *Proprium* de la Congregación de los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de la santísima Virgen (cf. *Annales Congregationis* 52 [1976], pp. 363-365).

La expresión «Corazón de la Virgen» se ha de interpretar en sentido bíblico: designa la persona misma de santa María Virgen; su «ser» íntimo y único; el centro y la fuente de su vida interior: del entendimiento, de la memoria, de la voluntad y del amor; la actitud indivisa con que amó a Dios y a los hermanos y se entregó intensamente a la obra de salvación del Hijo.

El formulario celebra la misericordia de Dios, que, habiendo ofrecido a la Iglesia el Corazón de nuestro Señor Jesucristo como testimonio de su caridad, le ha dado también como objeto de contemplación el Corazón de santa María Virgen, modelo del «nuevo corazón» del hombre de la «nueva Alianza».

El Corazón de la santísima Virgen, que, llena de fe y de amor, recibió al Verbo de Dios es llamado en primer lugar «mansión del Verbo» (cf. *Co*), y también «santuario del Espíritu Santo» (*Co*, cf. LG 53) por la inhabitación continua en él del Espíritu divino. Recibe los calificativos de *inmaculado* (*Co*), es decir, inmune de la mancha del pecado; *sabio* (*Pf*), porque la santísima Virgen, comparando las profecías con los hechos, conservaba en él el recuerdo de las palabras y de las cosas relacionadas con el misterio de salvación (cf. Lc 2, 19, 51); *dócil* (*Pf*, cf. 1R 3, 9), porque se sometió de corazón a los preceptos del Señor (cf. Lc 1, 48); *nuevo* (*Pf*), según la profecía de Ezequiel (cf. Ez 18, 31; 36, 26), revestido de la novedad de la gracia merecida por Cristo (cf. Ef 4, 23-24); *humilde* (*Pf*), a imitación del Corazón de Cristo, que nos advierte: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón» (Mt 11, 29); *sencillo* (*Pf*), esto es, libre de toda dupli-

ciudad e impregnado todo él del Espíritu de la verdad; *limpio (Pf)*, o sea, capaz de ver a Dios, según la bienaventuranza del Señor (cf. Mt 5, 8); *firme (Pf)* en la aceptación de la voluntad de Dios, cuando, según la profecía de Simeón (cf. Lc 2, 35), se desató la persecución contra el Hijo (cf. Mt 2, 13) o cuando llegó el momento de su muerte (cf. Jn 19, 25); *dispuesto (Pf)*, ya que, mientras Cristo dormía en el sepulcro, a imitación del corazón de la esposa del Cantar de los cantares (cf. Ct 5, 2), estuvo en vela esperando la resurrección de Cristo.

Antífona de entrada

Si 24, 25

En mí está toda gracia de camino y de verdad, en mí toda esperanza de vida y de fuerza.

Oración colecta

Señor, Dios nuestro,
que hiciste del immaculado Corazón de María
una mansión para tu Hijo
y un santuario del Espíritu Santo,
danos un corazón limpio y dócil,
para que, sumisos siempre a tus mandatos,
te amemos sobre todas las cosas
y ayudemos a los hermanos en sus necesidades.
Por nuestro Señor Jesucristo.

Oración sobre las ofrendas

Mira, Señor, los dones que te presentamos
en la memoria de la bienaventurada Virgen María,
y concédenos
guardar con fidelidad y meditar continuamente,
siguiendo su ejemplo,
las riquezas de la gracia de tu Hijo.
Que vive y reina por los siglos de los siglos.

Prefacio

EL CORAZÓN DE LA VIRGEN MARÍA, CORAZÓN DEL HOMBRE DE LA NUEVA LEY

V. El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

V. Levantemos el corazón.

R. Lo tenemos levantado hacia el Señor.

V. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

R. Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias
siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno,
por Cristo, Señor nuestro.

Porque diste a la Virgen María
un corazón sabio y dócil,
dispuesto siempre a agradarte;
un corazón nuevo y humilde,
para grabar en él la ley de la nueva Alianza;
un corazón sencillo y limpio,
que la hizo digna de concebir virginalmente a tu Hijo
y la capacitó para contemplarte eternamente;
un corazón firme y dispuesto
para soportar con fortaleza la espada de dolor
y esperar, llena de fe, la resurrección de su Hijo.

Por eso, unidos a los coros angélicos,
te aclamamos llenos de alegría:

Santo, Santo, Santo ...

Antífona de comunión

Lc 2, 19

María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón.

Oración después de la comunión

Como partícipes de la redención eterna,
te rogamos, Señor,
que al celebrar la memoria de la Madre de tu Hijo
nos gocemos en la abundancia de tu gracia
y sintamos el aumento continuo de la salvación.
Por Jesucristo nuestro Señor.

LA VIRGEN MARÍA, REINA DEL UNIVERSO

El año 1954 Pío XII instituyó la fiesta de santa María Reina, que se celebraba el día 31 de mayo. Pablo VI, el año 1969, cuando promulgó el *Calendario Romano general*, trasladó acertadamente esta fiesta al día 22 de agosto, que coincide con la octava de la Asunción. En efecto, la dignidad real de santa María Virgen pertenece al misterio de su plena glorificación y perfecta configuración con su Hijo, Rey de todos los siglos: «La Virgen Inmaculada (...) —enseña el Concilio Vaticano II—, terminado el curso de su vida terrena, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial y ensalzada como *Reina del universo*, para que se asemejara más a su Hijo, Señor de señores (cf. Ap 19, 16) y vencedor del pecado y de la muerte» (LG 59).

Así como el reino de Cristo «no es de este mundo» (Jn 18, 36), así también la potestad regia de la Virgen no pertenece al orden de la naturaleza, sino al de la gracia. Entre los elementos que, en el orden de la gracia, constituyen la dignidad real de la santísima Virgen, los textos de la misa celebran principalmente cuatro: la humildad, la función maternal, la humilde intercesión, el signo de la futura gloria de la Iglesia.

Reina gloriosa en el cielo es la santísima Virgen, porque en la tierra fue humilde esclava (cf. Lc 1, 38. 48), ya que, según la sentencia del Señor, «el que se humilla será enaltecido» (Lc 14, 11). Dios Padre, que a Cristo, humillado hasta la muerte (cf. *Pf*; Flp 2, 8), lo coronó de gloria y lo sentó a su derecha (cf. *Pf*; Sal 8, 6), exaltó igualmente a la Virgen, su humilde esclava, «sobre los coros de los ángeles» (*Pf*).

Reina madre es santa María, porque dio a luz al Rey mesiánico, que se sienta «sobre el trono de David y sobre su reino» (Is 9, 6; cf. *1 Lect*, Is 9, 2-4. 6-7; *Ev*, Lc 1, 26-38) y, por beneplácito de Dios, es también madre nuestra, como confiesa la Iglesia: «Dios todopoderoso, / que nos has dado como Madre y como Reina / a la Madre de tu Unigénito» (*Co*).

Reina suplicante es la santísima Virgen, ya que, exaltada «sobre los coros de los ángeles» (*Pf*), reina gloriosa con su Hijo, «intercediendo por todos los hombres / como abogada de la gracia / y reina del universo» (*Pf*; cf. LG 62).

Reina tipo de la gloria futura de la Iglesia es santa María, pues lo que se ha realizado en ella, miembro supereminente, se realizará también en to-

dos los demás miembros del Cuerpo místico. Por esto la Iglesia pide adecuadamente la intercesión de la santísima Virgen para que sus miembros alcancen «la gloria de (su) Hijo en el reino de los cielos» (Co).

El formulario de esta misa se halla en el *Misal Romano*, día 22 de agosto, pp. 625-626; el prefacio tiene unas resonancias que recuerdan la Acción de gracias e invocación del *Rito de la coronación de una imagen de santa María Virgen*, pp. 10, 16 y 26.

Antífona de entrada

Cf. Sal 44 (45), 10. 14

María, nuestra Reina, está de pie, a la derecha de Cristo, enjoyada con oro, vestida de perlas y brocado.

Oración colecta

Dios todopoderoso,
que nos has dado como Madre y como Reina
a la Madre de tu Unigénito,
concédenos que, protegidos por su intercesión,
alcancemos la gloria de tus hijos en el reino de los cielos.
Por nuestro Señor Jesucristo.

Oración sobre las ofrendas

Te presentamos, Señor, nuestras ofrendas,
en conmemoración de la Virgen María,
y te suplicamos la protección de Jesucristo, tu Hijo,
que se ofreció a ti en la cruz, como hostia inmaculada.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio

LA BIENAVENTURADA VIRGEN, ESCLAVA HUMILDE,
ES ENSALZADA COMO REINA EN LOS CIELOS

V. El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

V. Levantemos el corazón.

R. Lo tenemos levantado hacia el Señor.

V. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

R. Es justo y necesario.

En verdad es justo darte gracias,
y deber nuestro glorificarte, Padre santo,
por Cristo, Señor nuestro.

Porque, con tu misericordia y tu justicia
dispersas a los soberbios y enalteces a los humildes.
A tu Hijo, que voluntariamente se rebajó
hasta la muerte de cruz,
lo coronaste de gloria y lo sentaste a tu derecha,
como Rey de reyes y Señor de señores;
y a la Virgen, que quiso llamarse tu esclava
y soportó pacientemente la ignominia de la cruz del Hijo,
la exaltaste sobre los coros de los ángeles,
para que reine gloriosamente con él,
intercediendo por todos los hombres
como abogada de la gracia
y reina del universo.

Por eso,
con todos los ángeles y santos,
te alabamos proclamando sin cesar:
Santo, Santo, Santo ...

Antífona de comunión

Lc 1, 45

Dichosa tú, que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá.

Oración después de la comunión

Después de recibir este sacramento celestial,
te suplicamos, Señor,
que cuantos hemos celebrado la memoria
de la Santísima Virgen María
lleguemos a participar en el banquete del cielo.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

SEGUNDA SECCIÓN

Esta sección consta de nueve formularios, en los que la Madre del Señor es venerada bajo advocaciones que recuerdan su intervención en la vida espiritual de los fieles.

FORMULARIOS DE MISAS

30. La Virgen María, madre y medianera de la gracia.
31. La Virgen María, fuente de la salvación.
32. La Virgen María, madre y maestra espiritual.
33. La Virgen María, madre del buen consejo.
34. La Virgen María, causa de nuestra alegría.
35. La Virgen María, amparo de la fe.
36. La Virgen María, madre del amor hermoso.
37. La Virgen María, madre de la santa esperanza.
38. Santa María, madre y reina de la unidad.

LA VIRGEN MARÍA, MADRE Y MEDIANERA DE LA GRACIA

El año 1921, Benedicto XV (+ 1922), a petición del cardenal Desiderio-José Mercier (+ 1926), concedió a toda la nación belga el oficio y la misa de santa María Virgen Medianera de todas las gracias, para que se celebrara el día 31 de mayo. La Sede Apostólica concedió este mismo oficio y misa a muchas otras diócesis e Institutos religiosos que se lo habían pedido, con lo cual la memoria de santa María Medianera se hizo casi general.

El Concilio Vaticano II, el año 1964, expuso ampliamente la función de santa María en el misterio de Cristo y de la Iglesia y explicó cuidadosamente el significado y el contenido de la «mediación» de la santísima Virgen: «La función maternal de María para con los hombres de ningún modo oscurece ni disminuye la única mediación de Cristo, sino que muestra su eficacia. En efecto, cualquier influjo salvador de la santísima Virgen en los hombres nace, no de alguna necesidad objetiva, sino del beneplácito divino y deriva de la superabundancia de los méritos de Cristo, se apoya en la mediación de él, depende totalmente de ella, y de ella obtiene toda su eficacia; en modo alguno impide la unión inmediata de los creyentes con Cristo, sino que la favorece» (LG 60).

Finalmente, el año 1971, la Sagrada Congregación para el Culto Divino aprobó la misa que lleva por título *Beatae Mariae Virginis gratiae Matris ac Mediatrix* que, en fiel armonía con la doctrina del Concilio Vaticano II, conmemora a la vez la función maternal y el papel mediador de la santísima Virgen (cf. *Proprium missarum Ordinis Fratrum Servorum beatae Mariae Virginis*, Curia General OSM, Roma 1972, pp. 36-37). Actualmente esta misa se celebra en muchos lugares el día 8 de mayo, y es la que aquí se ofrece, con algunas variantes y añadiéndole el prefacio.

El formulario, naturalmente, celebra en primer lugar a Cristo, «verdadero Dios y verdadero hombre, / ... único Mediador, / viviente siempre para interceder por nosotros» (*Pf*; cf. 1Tm 2, 5; Hb 7, 25; *So, Dc*). Pero también recuerda a la santísima Virgen, «madre y medianera de la gracia», porque Dios Padre, «por misterioso designio de (su) providencia» (*Co*; cf. *Pf*), la asoció a la obra de la redención humana (Cf. *Co, Pf*).

Madre de la gracia es la Virgen María, porque llevó «en (su) seno virginal al Dios y hombre verdadero» (*Ant entr*) y nos dio al mismo «Autor de la gracia» (*Co*; cf. *Al*).

Medianera de la gracia es la Virgen María, porque estuvo asociada a Cristo en la obra de procurarnos la gracia suprema, esto es, la redención y la salvación, la vida divina y la gloria sin fin (cf. LG 61).

En el formulario la «mediación» de la santísima Virgen es rectamente interpretada como una «generosa entrega de amor de madre» (*Pf*): «de intercesión y de gracia, / de súplica y de perdón, / de reconciliación y de paz» (*Pf*).

Antífona de entrada

Alégrate, santa María, fuente de amor, colmada con la abundancia de todas las gracias, que llevaste en tu seno virginal al Dios y hombre verdadero.

O bien:

Salve, santa Madre de Dios, por ti recuperamos la vida; tú recibiste al Hijo que bajó del cielo y engendraste al Salvador del mundo.

Oración colecta

Señor, Dios nuestro,
que, por misterioso designio de tu providencia,
nos has dado al Autor de la gracia
por medio de la Virgen María
y la has asociado a la obra de la redención humana,
concédenos que ella nos alcance la abundancia de la gracia
y nos lleve al puerto de la salvación eterna.
Por nuestro Señor Jesucristo.

Oración sobre las ofrendas

Acepta, Señor, estas ofrendas de expiación y alabanza
que te presentamos en esta memoria
de la gloriosa Virgen María,
y, por la acción del Espíritu Santo,
convíértelas en el sacramento de nuestra redención,
que Cristo, supremo Mediador,

instituyó para reconciliarnos contigo,
y haz que, por intercesión de la Virgen María,
sean para nosotros
fuente viva de gracia
y *manantial perenne de salvación*.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio

EL AMOR MATERNAL DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA

V. El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

V. Levantemos el corazón.

R. Lo tenemos levantado hacia el Señor.

V. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

R. Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias
siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno,
por Cristo, Señor nuestro.

A quien, verdadero Dios y verdadero hombre,
constituiste único Mediador,
viviente siempre para interceder por nosotros.

En tu inefable bondad
has hecho también a la Virgen María
Madre y colaboradora del Redentor,
para ejercer una función maternal en la Iglesia:
de intercesión y de gracia,
de súplica y de perdón,
de reconciliación y de paz.
Su generosa entrega de amor de madre

depende de la única mediación de Cristo
y en ella reside toda su fuerza.

En la Virgen María se refugian los fieles
que están rodeados de angustias y peligros,
invocándola como madre de misericordia
y dispensadora de la gracia.

Por eso,
con los ángeles y los arcángeles
y con todos los coros celestiales,
cantamos sin cesar
el himno de tu gloria:
Santo, Santo, Santo ...

Antífona de comunión

Ap 22, 17

El Espíritu y la novia dicen: «¡Ven!» El que lo oiga, que repita: «¡Ven!»
El que tenga sed, y quiera, que venga a beber de balde el agua viva.

Oración después de la comunión

Renovados, Señor, en las fuentes de la gracia,
humildemente te pedimos que,
por la fuerza de la eucaristía
y la intercesión de la santísima Virgen,
vivamos cada día más unidos a Cristo Mediador
y cooperemos con mayor fidelidad a la obra de la redención.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

LA VIRGEN MARÍA, FUENTE DE LA SALVACIÓN

En los textos eucológicos, tanto de la Iglesia oriental como de la occidental, con frecuencia la Madre del Señor es honrada con el título de «fuente»; se le dan, en efecto, los apelativos de «fuente de agua viva», «fuente de caridad», «fuente de clemencia», «fuente de gracia», «fuente de misericordia», «fuente sellada» (cf. *1 Lect*, Ct 4, 12), «fuente de salvación» (cf. G. G. Meersseman, *Der Hymnos Akathistos im Abendland*, vol. II, Universitätsverlag, Friburgo [Suiza] 1960, pp. 309-310).

Existen también muchos santuarios dedicados a la santísima Virgen con el título de «fuente», en los que con frecuencia se halla un manantial, al que los fieles acuden a sacar agua. Entre ellos destaca en tierras de Oriente el celeberrimo santuario de la Madre de Dios de la Fuente Vivífica en la ciudad de Constantinopla, erigido el siglo VI; en el Occidente, el santuario edificado en Lourdes, cerca de la cueva donde la santísima Virgen se apareció el año 1854 a santa María Bernarda Soubirous e hizo brotar una fuente.

En el formulario se celebra:

— la *maternidad divina de la santísima Virgen*, porque Dios, por medio de ella, nos abrió «un manantial de salvación» (Co); María, en efecto, «concibió de modo inefable a (la) Palabra encarnada, / Jesucristo, fuente del agua viva» (Pf). Él es el verdadero templo de Dios (cf. Jn 2, 21) del que brota el agua saludable que sana todo lo que toca (cf. *1 Lect*, Ez 47, 1-2. 8-9. 12); él invita a los sedientos a que vayan a él y beban (cf. *Ant com*, Jn 7, 37), es decir, a que reciban el don del Espíritu Santo los que creen en él (cf. Jn 7, 39); él es la roca (cf. 1Co 10, 4), atravesada por la lanza, de la que «al punto salió sangre y agua» (Ev, Jn 19, 25-37);

— la *maternidad espiritual de la santa Iglesia*: ella, en efecto, es la madre providente que apaga la sed de los fieles ofreciéndoles «la fuente santa de la salvación / que brota del costado de Cristo, fuente que conserva fecunda y pura en los sacramentos» (Pf), sobre todo en el banquete eucarístico, donde los fieles beben «con gozo de la fuente del Salvador» (Dc; cf. *Sal resp*, Is 12, 3) y «el sacramento recibido» es en ellos «un manantial que salta hasta la vida eterna» (Dc);

— la *efusión del Espíritu Santo*, que en la sagrada Escritura se describe con frecuencia con el simbolismo de la efusión de agua. En la antífona de entrada se recuerdan las palabras de Isaías: «Voy a derramar agua sobre lo sediento, mi Espíritu sobre tu estirpe y mi bendición sobre tus vástagos» (cf. Is 44, 3). La fuente de la que mana el agua son el mismo Cristo («te pedimos poder ofrecer los frutos abundantes del Espíritu Santo, / bebiendo constantemente de esta fuente de vida» [Co]) y los sacramentos instituidos por él, para que «se llenen del Espíritu» (Pf) los fieles que los reciben.

Algunos textos del formulario y las segundas lecturas para la liturgia de la palabra se han tomado del fascículo *Propio de la misa y de la Liturgia de las Horas de la diócesis de Cartagena*, Cartagena 1985, pp. 29-32.

Antífona de entrada

Cf. Is 44, 3-4

Voy a derramar agua sobre lo sediento, mi Espíritu sobre tu estirpe y mi bendición sobre tus vástagos; crecerán como sauces junto a las acequias.

O bien:

Cf. Sal 45 (46), 5-6a

El correr de las acequias alegra la ciudad de Dios, el Altísimo consagra su morada. Teniendo a Dios en medio, no vacila.

Oración colecta

Señor, Padre santo,
al celebrar jubilosos la memoria
de la bienaventurada Virgen María,
por quien nos abriste el manantial de salvación,
Jesucristo, tu Hijo,
te pedimos poder ofrecer los frutos abundantes
del Espíritu Santo,
bebiendo constantemente de esta fuente de vida.
Por nuestro Señor Jesucristo.

Oración sobre las ofrendas

Transforma, Señor, en sacramento de salvación
los dones que te presentamos con gozo
en esta memoria de la santísima Virgen María,
por cuya intercesión tu Hijo realizó el primero de sus signos,

convirtiendo el agua en vino.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio

LA BIENAVENTURADA VIRGEN ENGENDRÓ A JESUCRISTO,
FUENTE DE AGUA VIVA

V. El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

V. Levantemos el corazón.

R. Lo tenemos levantado hacia el Señor.

V. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

R. Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias,
Padre santo,
siempre y en todo lugar,
y proclamar tu grandeza
en esta celebración de la gloriosa Virgen María.

Porque ella, cubierta por la sombra del Espíritu Santo,
concióbilo de modo inefable a tu Palabra encarnada,
Jesucristo, fuente del agua viva,
donde los hombres apagan la sed de comunión y de amor.

También la Iglesia ofrece a todos los fieles
la fuente santa de la salvación
que brota del costado de Cristo,
fuente que conserva fecunda y pura, en los sacramentos,
para que se llenen del Espíritu
y encuentren a Cristo Salvador
los que con fe beben de ella.

Por él,
los ángeles y los arcángeles
y todos los coros celestiales

celebran tu gloria,
unidos en común alegría.

Permítenos asociarnos a sus voces
cantando humildemente tu alabanza:

Santo, Santo, Santo...

Antífona de comunión

Jn 7, 37

El que tenga sed, que venga a mí; el que cree en mí, que beba, dice el Señor.

O bien:

Is 55, 1

Sedientos todos, acudid por agua; venid, comprad trigo, comed sin pagar
vino y leche de balde.

Oración después de la comunión

Al participar, Señor, en el banquete celestial,
hemos bebido con gozo de la fuente del Salvador;
concédenos, a cuantos celebramos
la memoria de la Virgen María,
que el sacramento recibido sea en nosotros
un manantial que salta hasta la vida eterna.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

LA VIRGEN MARÍA, MADRE Y MAESTRA ESPIRITUAL

Los hermanos y hermanas carmelitas, tanto los de la antigua observancia como los reformados por santa Teresa de Jesús (+ 1582), se han esforzado siempre en difundir por todas partes el amor a la oración, el anhelo por conseguir la perfección evangélica y el culto a la Madre de Cristo.

Tienen una gran veneración a la santísima Virgen bajo el título «del Monte Carmelo»; ella, en su camino hasta llegar a «Cristo, monte de la salvación» (*Co*), los ayuda como Madre amorosa, los protege como Patrona segura, los acompaña como Hermana fiel. Los carmelitas, aunque contemplan asiduamente la totalidad del misterio de santa María Virgen, se dedican de preferencia a la contemplación de la Virgen, entregada a la oración, llevando una vida oculta, meditando en su corazón las palabras del Señor, ejerciendo obras de caridad.

Los hermanos y hermanas carmelitas han reconocido siempre a la Virgen santísima como «madre y maestra espiritual», ya que fue perfecta discípula de Cristo y «estimula con amor y atrae con su ejemplo, / para conducirlos a la caridad perfecta» (*Pf*) a los hijos que «no cesa de engendrar» (*Pf*) para Dios.

En el formulario la santísima Virgen es celebrada como:

— *Maestra*, que, conservando en su corazón las palabras del Señor (cf. *Al*, *Ant com*, Lc 2, 19. 51), nos instruye con su ejemplo (cf. *So*) en el «temor del Señor» (*Ant entr*, cf. Sal 33 [34], 12); porque siendo «modelo de vida evangélica» (*Pf*), «de ella nosotros aprendemos» a amar a Dios «sobre todas las cosas», a «contemplar (su) Palabra» y a «servir a los hermanos» (*Pf*) con diligencia;

— *Madre*, que suavemente nos invita a que «subamos al monte del Señor» (*Ant entr*; cf. Is 2, 3), que es el mismo Cristo (cf. *Co*); madre por cuya boca dice la Sabiduría: «Quien me alcanza alcanza la vida» (Pr 8, 34; cf. *1 Lect*, Pr 8, 17-21. 34-35); madre que, habiéndonos recibido como hijos junto a la cruz del Señor (cf. *Ev*, Jn 19, 25-27), nos ampara «por su protección» (*So*) y nos ayuda con su «poderosa intercesión» (*Co*).

Esta misa, con algunas variaciones, se ha tomado del *Proprium missarum Fratrum Discalceatorum Ordinis b.mae Mariae Virginis de Monte Carmelo*, Curia General OCD, Roma 1973, pp. 51-52. 90.

Antífona de entrada

Sal 33 (34), 12; cf. Is 2, 3

Venid, hijos, escuchadme: os instruiré en el temor del Señor. Venid, subamos al monte del Señor, y marcharemos por sus sendas.

Oración colecta

Te suplicamos, Señor,
que la poderosa intercesión de la Virgen María
nos ayude y nos haga llegar hasta Cristo,
monte de la salvación.
Que vive y reina contigo.

Oración sobre las ofrendas

Por estos dones que te presentamos con alegría
santifica, Señor, a tus siervos,
instruidos en el ejemplo de la santísima Virgen
y amparados por su protección,
para que, cumpliendo fielmente las promesas bautismales,
te sirvan a ti y a los hermanos con un corazón sincero.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio

LA VIRGEN MARÍA, MADRE Y MAESTRA,
QUE ESTIMULA A SUS HIJOS CON AMOR
Y LOS INSTRUYE CON SU EJEMPLO

V. El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

V. Levantemos el corazón.

R. Lo tenemos levantado hacia el Señor.

V. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

R. Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias
siempre y en todo lugar,
Señor, Padre Santo,
Dios todopoderoso y eterno,
y alabar, bendecir y proclamar tu gloria
en la memoria de santa María, siempre Virgen.

Que, asociada íntimamente al misterio de Cristo,
no cesa de engendrar nuevos hijos con la Iglesia,
a los que estimula con amor y atrae con su ejemplo,
para conducirlos a la caridad perfecta.
Ella es modelo de vida evangélica, de ella nosotros aprendemos:
con su inspiración nos enseña a amarte sobre todas las cosas,
con su actitud nos invita a contemplar tu Palabra,
y con su corazón nos mueve a servir a los hermanos.

Por eso,
con todos los ángeles y santos,
te alabamos, proclamando sin cesar:
Santo, Santo, Santo...

Antífona de comunión

Lc 2, 19

María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón.

Oración después de la comunión

Fortalecidos con el sacramento
del Cuerpo y de la Sangre de tu Hijo,
te suplicamos, Señor,
que la gracia de tu amor
nos disponga a imitar fielmente
las virtudes de la Santísima Virgen María.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

LA VIRGEN MARÍA, MADRE DEL BUEN CONSEJO

Los fieles de todo el mundo invocan a la Virgen María como madre del buen consejo, cuando rezan piadosamente las Letanías de la Virgen María, ya que León XIII, el año 1903, introdujo esta invocación en el formulario Lauretano. El culto a la Virgen María, madre del buen consejo, se difundió ampliamente desde la villa de Genazzano, cerca de Roma, donde hay un célebre santuario dedicado a ella, por obra principalmente de los hermanos y hermanas de la Familia agustina.

Con razón se atribuye a santa María el título de «madre del buen consejo»: es madre de Cristo, a quien Isaías llamó proféticamente (cf. *1 Lect*, Is 9, 2-7; *Dc*) «Maravilla de Consejero» (Is 9, 5); vivió siempre guiada por el «Espíritu de consejo», que la «protegió maravillosamente» (*So*); «se adhirió íntimamente» al «designio divino / de recapitular todas las cosas en Cristo» (*Pf*; cf. Ef 1, 10); Dios la llenó «con la plenitud de los dones del Espíritu Santo» (*Pf*), entre los cuales destaca el «espíritu de sabiduría» (*Ant entr*; cf. Sb 7, 7b).

En el formulario la santísima Virgen es celebrada como la Madre y Maestra que, enriquecida con el don de consejo, proclama de buen grado lo mismo que pregona la Sabiduría: «Yo poseo el buen consejo y el acierto, / son mías la prudencia y el valor» (*Al*, Pr 8, 14); estos dones los comparte gustosamente con los hijos y discípulos (cf. *Ant entr*) advirtiéndoles antes que nada que hagan lo que Cristo les diga (cf. *Ev*, Jn 2, 1-11; *Ant com*, Jn 2, 5).

Al celebrar esta misa pedimos encarecidamente a Dios el don de consejo, «para que nos haga conocer lo que (le) es grato / y nos guíe en nuestras tareas» (*Co*; cf. *Dc*).

Esta misa, a excepción del prefacio, está tomada del *Proprium missarum Ordinis Fratrum sancti Augustini*, aprobado por la Sagrada Congregación para el Culto Divino el año 1975.

Antífona de entrada

Sb 7, 7b. 13

Invoqué, y vino a mí el espíritu de sabiduría; la aprendí sin malicia, la reparto sin envidia y no me guardo sus riquezas.

Oración colecta

Señor, tú sabes que los pensamientos de los mortales
son inconstantes e inciertos;
por intercesión de la bienaventurada Virgen María,
en la que se encarnó tu Hijo,
danos el espíritu de tu consejo,
para que nos haga conocer lo que te es grato
y nos guíe en nuestras tareas.
Por nuestro Señor Jesucristo.

Oración sobre las ofrendas

El Espíritu de consejo que protegió maravillosamente
a la Virgen María, tu humilde esclava,
haga gratos a tus ojos, Señor, estos dones
que te presentamos llenos de respeto.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio

LA BIENAVENTURADA VIRGEN SE ADHIRIÓ ÍNTIMAMENTE
AL CONSEJO DEL AMOR DIVINO

V. El Señor esté con vosotros.
R. Y con tu espíritu.
V. Levantemos el corazón.
R. Lo tenemos levantado hacia el Señor.
V. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.
R. Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias
siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno.
Que llenaste a la Santísima Virgen María

con la plenitud de los dones del Espíritu Santo,
para hacerla digna Madre y asociada al Redentor.

Enriquecida de esta manera,
buscó siempre tu voluntad
y la cumplió fielmente;
proclamó con alegría tu gran misericordia,
y se adhirió íntimamente a tu designio divino
de recapitular todas las cosas en Cristo.

Por él,
los ángeles y los arcángeles
y todos los coros celestiales
celebran tu gloria,
unidos en común alegría.

Permítenos asociarnos a sus voces
cantando humildemente tu alabanza:
Santo, Santo, Santo...

Antífona de comunión

Cf. Jn 2, 5

La madre de Jesús dijo a los sirvientes: «Haced lo que él diga».

Oración después de la comunión

Al celebrar la memoria de santa María,
Madre del Buen Consejo,
hemos participado, Señor, de tus sacramentos;
concédenos conocer lo que te agrada
y merecer la salvación por tu Hijo,
que nos diste,
por medio de la Virgen,
como Consejero admirable
Que vive y reina por los siglos de los siglos.

LA VIRGEN MARÍA, CAUSA DE NUESTRA ALEGRÍA

Cristo Jesús, que vino al mundo para traer a los hombres la paz y la alegría (cf. Jn 15, 11; 17, 13), al nacer llenó de alegría a unos humildes pastores (cf. Lc 2, 10), al resucitar de entre los muertos alegró a los discípulos (cf. Jn 20, 20; Lc 24, 41), al subir al cielo dejó a los apóstoles en un estado de gran alegría (cf. Lc 24, 52); sentado a la derecha del Padre envió sobre la Iglesia naciente el Espíritu de caridad y de alegría (cf. Ga 5, 22).

La Iglesia esposa puso siempre su alegría en Cristo esposo y lo ha amado con una alegría cada vez más intensa. Cuando Jesús vino a nosotros por medio de María, la Iglesia fue comprendiendo gradualmente que la santísima Virgen, por su cooperación en la encarnación del Verbo, es la causa, origen y fuente de tanta alegría; además, ha experimentado que la tristeza que Eva, por su desobediencia, había introducido en el mundo, María, por su obediencia, la había convertido en alegría; de ahí que empezara a venerarla con el título de «Causa de nuestra alegría». El culto a santa María Virgen bajo este título se propagó principalmente en Francia y Canadá (*Notre Dame de Liesse*).

El formulario recuerda los acontecimientos de salvación que Dios ha realizado por Cristo en el Espíritu Santo, y que fueron causa de alegría para la santísima Virgen, para la Iglesia y para el género humano. Se celebra principalmente:

— la *elección de santa María*, que desde la eternidad «ha encontrado gracia ante Dios» (*Ant entr*, cf. Lc 1, 30) y fue elegida por él como morada divina («yo vengo a habitar dentro de ti» [*I Lect*, Za 2, 14]), «ciudad de Dios» a la que «el correr de las acequias alegra» (*Ant com*, Sal 45 [46], 5); por esto, en cuanto ciudad-esposa, ha sido vestida de «un traje de gala» y envuelta «en un manto de triunfo» (cf. *I Lect* [o bien], Is 61, 10). De ahí que en la misa resuenan con frecuencia expresiones de alegría: «Alégrate, Virgen María» (*Ant entr*, cf. Lc 1, 28); «Alégrate y goza, hija de Sión» (*I Lect*, Za 2, 14); «Dios te salve, ... / alegría del género humano» (*Al*);

— el *nacimiento de la santísima Virgen*, que «anunció la alegría a todo el mundo» (*Pf*);

— la *visita de María a Isabel*, en la cual la santísima Virgen profirió un cántico de alabanza y de júbilo (cf. *Sal resp*, Lc 1, 46-48. 49-50. 53-54) y el niño saltó de alegría en el vientre de su madre (cf. *Ev*, Lc 1, 39-47) por la venida del Salvador;

— el *nacimiento del Señor*, ya que Dios, «por la encarnación de (su) Hijo, / (ha) llenado el mundo de alegría» (*Co*); en efecto, el parto de María «manifestó la luz gozosa» (*Pf*) y nos trajo «la salvación y el gozo» (*Al*);

— la *resurrección de Cristo*: suplicamos a Dios que «por la fuerza salvadora de su resurrección / merezcamos llegar a las alegrías eternas» (*Dc*);

— la *asunción de santa María*, ya que «su tránsito glorioso / la llevó a los cielos, / donde nos espera, ... / hasta que podamos alegrarnos con ella, / contemplando (a Dios) para siempre» (*Pf*).

Antífona de entrada

Cf. Lc 1, 28. 30-31

Alégrate, Virgen María; has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús.

Oración colecta

Oh Dios, que, por la encarnación de tu Hijo,
has llenado el mundo de alegría,
concédenos, a los que veneramos a su Madre,
causa de nuestra alegría,
permanecer siempre en el camino de tus mandamientos,
para que nuestros corazones estén firmes en la verdadera alegría.
Por nuestro Señor Jesucristo.

Oración sobre las ofrendas

Recibe, Señor, los dones de tu Iglesia exultante de gozo,
y a quienes has dado todos los bienes
en Cristo salvador, nacido de la Virgen inmaculada,
concédenos también participar del gozo eterno.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio

LA VIDA DE LA VIRGEN CAUSA DE NUESTRA ALEGRÍA

V. El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

V. Levantemos el corazón.

R. Lo tenemos levantado hacia el Señor.

V. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

R. Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias, Padre santo,
siempre y en todo lugar,
y proclamar tu grandeza
en esta memoria de la Virgen María, tu hija amada.
Su nacimiento dichoso
anunció la alegría a todo el mundo;
su maternidad virginal
manifestó la Luz gozosa;
su vida humilde
ilumina a toda la Iglesia;
y su tránsito glorioso
la llevó a los cielos,
donde nos espera, como hermana y madre,
hasta que podamos alegrarnos con ella,
contemplándote para siempre.

Por eso,
unidos a los coros angélicos,
te aclamamos llenos de alegría:
Santo, Santo Santo...

Antífona de comunión

Sal 45 (46), 5

El correr de las acequias alegra la ciudad de Dios, el Altísimo consagra su morada.

O bien:

Lc 1, 48-49

Me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí: su nombre es santo.

Oración después de la comunión

Dios todopoderoso, confírmanos en la fe
de estos misterios que hemos celebrado,
y pues confesamos a tu Hijo Jesucristo,
nacido de la Virgen,
Dios y hombre verdadero,
te rogamos
que por la fuerza salvadora de su resurrección
merezcamos llegar a las alegrías eternas.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

LA VIRGEN MARÍA, AMPARO DE LA FE

La santísima Virgen es la mujer insigne por su fe, la discípula que en cierto modo recopila en su persona y reverbera los elementos principales de la enseñanza cristiana (cf. LG 65), madre que sostiene y protege la fe de sus hijos.

Mujer insigne por su fe: Isabel, la madre del Precursor, la proclamó dichosa porque había creído en el mensaje divino (cf. Lc 1, 45); por la fe concibió al Hijo de Dios; apoyada en la fe siguió a Jesús y soportó su muerte junto a la cruz; movida por la fe creyó que él resucitaría y esperó la venida de la Promesa del Padre.

Discípula que recopila en sí los dogmas de la fe: la santísima Virgen, «habiendo entrado íntimamente en la historia de la salvación, en cierta manera une y refleja en sí las más grandes exigencias de la fe», como enseña el Concilio Vaticano II (LG 65); su concepción inmaculada demuestra la libertad y munificencia de Dios al elegir los instrumentos de salvación y de gracia; su consentimiento en la obra de la encarnación salvadora manifiesta el sentido y la eficacia de la cooperación del hombre en el designio divino de salvación; su parto virginal hace patente que Cristo es verdadero Dios y verdadero hombre; su vida santa y su condición —ya que fue virgen, esposa, madre— esbozan los rasgos de la Iglesia; su ascensión al cielo es figura anticipada de la gloria futura del hombre.

Madre que sostiene la fe de sus hijos: santa María, que reina gloriosa en el cielo, actúa misteriosamente en la tierra, mostrando a sus hijos el camino de la verdad. Por esto, ha sucedido muchas veces que aquellos fieles que nunca han dejado de amar y dar culto a la Madre de Cristo, a pesar de encontrarse privados de todo auxilio espiritual, han conservado íntegra la fe.

Por esto, la gloriosa Madre de Dios, que destruye las herejías, que conculca la fuerza del error, que desenmascara la falacia de los ídolos (cf. Himno *Akathistos*, vv. 111-112: ed. G. G. Meersseman, *Der Hymnos Akathistos im Abendland*, vol. I, Universitätsverlag, Friburgo [Suiza], 1958, p. 114), ya desde tiempos antiguos ha sido invocada por el pueblo cristiano como «amparo de nuestra fe» (*Pf*).

Esta misa, en la que pedimos ser «firmes en la fe» (*So*), «fortaleza en la fe» (*Co*) y «vivir según el camino de la fe en la tierra» (*Dc*), reproduce

en gran parte el formulario que lleva por título «Nuestra Señora del Pilar» (cf. *Misal Romano* reformado por mandato del Concilio Vaticano II ... Edición típica aprobada por la Conferencia episcopal española, Coeditores Litúrgicos, Madrid 1978, pp. 659-660).

Antífona de entrada

Cf. Sb 18, 3; Ex 13, 21-22

Tú, Virgen María, eres como la columna luminosa que de día y de noche guiaba al pueblo en el desierto, para enseñarle el camino.

O bien:

Gloriosa Madre de Cristo, porque has creído que el Hijo, a quien concebiste creyendo, muerto por nosotros, había de resucitar. ¡Oh, piadosa!, tú eres para la Iglesia fortaleza de la fe.

Oración colecta

Dios todopoderoso y eterno,
que en la gloriosa Madre de tu Hijo
has concedido un amparo celestial
a cuantos la invocan,
concédenos, por su intercesión, fortaleza en la fe,
seguridad en la esperanza y constancia en el amor.
Por nuestro Señor Jesucristo.

Oración sobre las ofrendas

Dios todopoderoso y eterno,
que hiciste brillar sobre nosotros la luz de la fe,
haz que los dones que ahora te presentamos
y las súplicas que te dirigimos
nos consigan, por intercesión de la santa Madre del Redentor,
permanecer firmes en la fe y generosos en el amor.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio

SANTA MARÍA, ESPERANZA DE LOS FIELES Y AMPARO DE LA FE

V. El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

- V. Levantemos el corazón.
R. Lo tenemos levantado hacia el Señor.
V. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.
R. Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias
siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno,
por todas las grandes maravillas de amor y de gracia
que has realizado misericordiosamente
en la Virgen, Madre de tu Hijo.

Ella, concebida sin pecado,
no fue contaminada por la corrupción del sepulcro;
pues, siendo intacta en su virginidad,
fue constituida tálamo precioso
del cual salió Cristo,
luz de las gentes y esposo de la Iglesia:
gloriosa en su Descendencia,
es esperanza de los fieles
y amparo de nuestra fe.

Por eso,
como los ángeles te cantan en el cielo,
así nosotros en la tierra te aclamamos,
diciendo sin cesar:
Santo, Santo, Santo...

Antífona de comunión

Lc 1, 48

Me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí.

Oración después de la comunión

Oh Dios, que de modo maravilloso
multiplicas tu presencia en medio de nosotros,
al darte gracias por este sacramento
con que nos has alimentado,
te rogamos nos concedas,
por intercesión de santa María Virgen,
vivir según el camino de la fe en la tierra
y llegar a contemplarte eternamente en el cielo.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

LA VIRGEN MARÍA, MADRE DEL AMOR HERMOSO

En el *Missale Romanum* (ed. 1962), que estuvo en vigor hasta la promulgación del *Missale* reformado según las normas del Concilio Vaticano II (ed. 1970), en la sección *Pro aliquibus locis*, el día 8 de mayo (antes el 31 de mayo), se halla la misa *Beatae Mariae Reginae sanctorum omnium et Matris pulchrae dilectionis* (pp. 157-158).

La expresión «madre del amor hermoso» aparece en el libro del Eclesiástico 24, 24 (según el texto latino de la *Nova Vulgata*): «Yo soy la madre del amor hermoso, del temor, del conocimiento y de la esperanza santa», y desde el siglo X se ha empleado con frecuencia en las misas de *Beata*.

La Iglesia, en esta misa, según la tradición tanto del Oriente como del Occidente, celebrando el misterio y la función de santa María, contempla con gozo su espiritual belleza. La belleza es el resplandor de la santidad y de la verdad de Dios, «fuente de toda belleza (*Co* 2), e imagen de la bondad y de la fidelidad de Cristo, «el más bello de los hombres» (*Co* 1; *Sal* 44 [45], 3).

En el formulario la santísima Virgen es llamada «hermosa» por tres razones: porque, por el hecho de ser «llena de gracia» (*Ev*, *Lc* 1, 28) y «adornada con los dones del Espíritu Santo» (*Co* 3), «resplandece toda hermosa / ... gloria de (su) Hijo y compendio de virtudes» (*Co* 2); porque amó a Dios, al Hijo hermoso y a todos los hombres con un amor hermoso, esto es, un amor virginal, de esposa y de madre; porque participó hermosamente en el misterio de la concepción y del nacimiento de Cristo y en el de su muerte y resurrección (cf. *Pf*), es decir, se adhirió con fuerza y con suavidad, con armonía y con fidelidad al designio salvador de Dios.

Para celebrar la hermosura espiritual de santa María, el formulario emplea figuras e imágenes bíblicas y patrísticas, usadas en la sagrada liturgia. En efecto, en la persona de santa María, que es «toda hermosa» y en la cual «no hay ... defecto» (cf. *Sal resp*, *Ct* 4, 7), se encuentran, elevadas al máximo, las egregias virtudes de las mujeres del antiguo Testamento: la hermosura y el amor de la esposa del Cantar de los cantares (cf. *Ant entr* 2, *Ct* 6, 10; *Sal resp*); la belleza y la sensatez de Judit (cf. *Ant com* 1, *Jdt*

11, 21); el esplendor y la gracia de la Reina, esposa del Rey mesiánico (cf. *Ant com* 2, Sal 44 [45], 3).

El «camino de la hermosura» es el camino de la perfección cristiana, ya que los fieles que lo recorren «con la Virgen María» (*So*) se esfuerzan en «avanzar por las sendas de la santidad» (*Dc*) y piden a Dios que, «rechazando la fealdad del pecado», busquen sin cesar «la belleza de la gracia» (*Co* 3).

Antífona de entrada

Hijas de Sión, salid a ver a nuestra Reina, a la que alaban los astros de la mañana y cuya belleza admiran el sol y la luna, y celebran todos los hijos de Dios.

O bien:

Cf. Ct 6, 10; Lc 1, 42

Todo es hermoso y agradable en ti, Hija de Sión, hermosa como la luna y límpida como el sol, bendita entre las mujeres.

Oración colecta

Oh Dios, con tu designio admirable,
hiciste que Jesucristo, el más bello de los hombres,
saliera de un tálamo virginal como el Esposo de la Iglesia;
concédenos, por intercesión de María, su Madre,
la alegría y la paz para todos los pueblos
e ilumina nuestros corazones
con la luz de tu gracia.
Por nuestro Señor Jesucristo.

O bien:

Señor Dios,
en tu presencia resplandece toda hermosa
la Virgen María, tu humilde sierva,
gloria de tu Hijo y compendio de virtudes;
concédenos procurar, como ella,
todo lo que es verdadero y noble,
para llegar un día ante ti,
fuente de toda belleza y autor del amor hermoso.
Por nuestro Señor Jesucristo.

O bien:

Interceda por nosotros, Señor, la gloriosa Virgen María,
que, adornada con los dones del Espíritu Santo,
te agradó a ti y engendró para nosotros
a tu Hijo Unigénito, el más bello de los hombres,
para que, rechazando la fealdad del pecado,
busquemos sin cesar la belleza de la gracia.
Por nuestro Señor Jesucristo.

Oración sobre las ofrendas

Te pedimos, Señor, que nos sea provechosa
la ofrenda que te dedicamos,
para que, recorriendo con la Virgen María
el hermoso camino de la santidad,
nos renovemos con la participación en tu vida divina
y merezcamos llegar a la contemplación de tu gloria.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio

MARÍA ES TODA HERMOSA

V. El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

V. Levantemos el corazón.

R. Lo tenemos levantado hacia el Señor.

V. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

R. Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias, Padre santo,
siempre y en todo lugar,
y proclamar tu grandeza
en esta conmemoración de la santísima Virgen María.
Ella fue hermosa en su concepción,

y, libre de toda mancha de pecado,
resplandece adornada con la luz de la gracia;
hermosa en su maternidad virginal,
por la cual derramó sobre el mundo el resplandor de tu gloria,
Jesucristo, tu Hijo, salvador y hermano de todos nosotros;
hermosa en la pasión y muerte del Hijo,
vestida con la púrpura de su sangre,
como mansa cordera que padeció con el Cordero inocente,
recibiendo una nueva función de madre;
hermosa en la resurrección de Cristo,
con el que reina gloriosa,
después de haber participado en su victoria.

Por él,
los ángeles y los arcángeles
te adoran eternamente,
gozosos en tu presencia.
Permítenos unirnos a sus voces
cantando tu alabanza:
Santo, Santo, Santo...

Antífona de comunión

Cf. Jdt 11, 21

No hay mujer como ésta en toda la tierra en el aspecto y en la hermosura
y en la sensatez de sus palabras.

O bien:

Sal 44 (45), 3

En tus labios se derrama la gracia, el Señor te bendice eternamente.

Oración después de la comunión

Protege, Señor, continuamente
a los que alimentas con tus sacramentos,
y a quienes has dado por madre a la Virgen María,
radiante de hermosura por sus virtudes,
concédenos avanzar por las sendas de la santidad.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

LA VIRGEN MARÍA, MADRE DE LA SANTA ESPERANZA

El Concilio Vaticano II, en la conclusión de la Constitución dogmática *Lumen gentium*, afirma que la santísima Virgen «en esta tierra, hasta que llegue el día del Señor (cf. 2P 3, 10), precede con su luz al pueblo de Dios peregrinante, como signo de esperanza segura y de consuelo» (LG 68). Estas palabras se repiten casi literalmente en el prefacio de la misa de la asunción de la Virgen santísima (cf. *Misal Romano*, Pf 15 de agosto).

La Iglesia, al considerar la función de la santísima Virgen en la historia de la salvación, la llama con frecuencia «esperanza nuestra» (*Ant fin* «Dios te salve, Reina y Madre»; *Him Ld* 8 de diciembre) y «madre de la esperanza» (cf. *Him Of lect* latino 21 de noviembre; cf. Si 24, 24); se alegra del nacimiento de santa María Virgen, que «fue para el mundo esperanza y aurora de salvación» (*Dc* 8 de septiembre); pensando en su maternidad salvadora, canta suplicante: «*Aeternae vitae ianua, / aurem nobis accomoda, / per quam spes vitae rediit, / quam Eva peccans abstulit*» (*Him Vp* 22 de agosto); en el misterio de la gloriosa asunción contempla a la santísima Virgen como «esperanza segura de salvación», que brilla para los fieles «en medio de las dificultades de la vida» (cf. *Him Ld* latino 15 de agosto). El día 9 de julio, en algunas Iglesias particulares se celebra la memoria de *Santa María Virgen, madre de la santa esperanza*, en especial en la Congregación de la Pasión de Jesucristo, de cuyo *Proprium missarum*, Curia General CP, Roma 1974, pp. 21-22, se han tomado algunos textos de este formulario.

En esta misa se venera a la Madre de Cristo:

— porque durante su vida aquí en la tierra alimentó constantemente la «virtud de la esperanza»: «confió ... plenamente» (*Pf*) en el Señor y «concióbió creyendo y alimentó esperando, / al Hijo del hombre, anunciado por los profetas» (*Pf*);

— porque, habiendo subido al cielo, se ha convertido en la «esperanza de los creyentes» (*Ant entr*); ella ayuda a los que desesperan (cf. *Ant entr*) y es aliento, consuelo y fortaleza de los que acuden a ella (cf. *Co* 1, *Co* 2, *Ant entr*);

— porque precede con su luz a todos los hijos de Adán como «señal de esperanza segura y de consuelo» (*Pf*, cf. *Co* 2) «hasta que amanezca el día glorioso del Señor» (*Pf*).

Antífona de entrada

Salve, Virgen María, esperanza de los creyentes, tú ayudas a los que desesperan y confortas a los que acuden a ti.

Oración colecta

Oh Dios, que nos concedes venerar a la Virgen María como Madre de la santa esperanza, concédenos, por su intercesión, orientar nuestra esperanza hacia los bienes de arriba, cumplir nuestra misión en la ciudad terrena y recibir un día los bienes que la fe nos invita a esperar. Por nuestro Señor Jesucristo.

O bien:

Señor, tú has querido que la Virgen santa María brille en tu Iglesia como señal de esperanza segura; concede a los afectados por el hastío de la vida encontrar en ella aliento y consuelo, y a los que desesperan de la salvación fortaleza para levantarse. Por nuestro Señor Jesucristo.

Oración sobre las ofrendas

Escucha, Señor, la oración de tu pueblo y acepta sus ofrendas, de manera que, por intercesión de la Virgen María, Madre de tu Hijo, todo deseo sea atendido y toda petición escuchada. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio

SANTA MARÍA, MODELO DE ESPERANZA SOBRENATURAL

V. El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

V. Levantemos el corazón.

R. Lo tenemos levantado hacia el Señor.

V. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

R. Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
celebrarte con las más grandes alabanzas,
Señor, Padre santo,
que generosamente entregaste a Jesucristo al mundo
como autor de la salvación,
y le diste también a María
como modelo de sobrenatural esperanza.

Porque tu humilde esclava,
confió en ti plenamente:
concibió creyendo y alimentó esperando
al Hijo del hombre, anunciado por los profetas;
y, entregada por entero a la obra de la salvación,
fue hecha madre de todos los hombres.

Pero a la vez ella, fruto excelsa de la redención,
es también hermana de todos los hijos de Adán,
que, caminando hacia la liberación plena,
miran a María como señal de esperanza segura y de consuelo,
hasta que amanezca el día glorioso del Señor.

Por eso,
unidos a los coros angélicos,
te aclamamos llenos de alegría:
Santo, Santo, Santo...

Antífona de comunión

Cf. Lc 1, 45

Dichosa tú, que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá.

O bien:

Tt 2, 12-13

Llevemos ya desde ahora una vida honrada y religiosa, aguardando la dicha que esperamos: la aparición gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro, Jesucristo.

Oración después de la comunión

Alimentados con los sacramentos de la salvación y de la fe,
te pedimos, Señor,
que, recordando con amor a la Virgen María,
Madre de la esperanza,
merezcamos participar con ella de tu amor divino.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

SANTA MARÍA, MADRE Y REINA DE LA UNIDAD

El ejemplo de Cristo orando al Padre «para que todos sean uno» (*Ev* 2, Jn 17, 21) apremia a todos sus discípulos para que también ellos rueguen fervorosamente por la unidad de los cristianos.

La Iglesia católica, inflamada en el celo por la unidad de los cristianos, e incluso de todos los hombres, suplica a Dios, por intercesión de la Virgen María, que «todos los pueblos» se reúnan «en un mismo pueblo de la nueva Alianza» (*Co*). Porque la Iglesia está persuadida de que la causa de la unidad de los cristianos atañe a la función de maternidad espiritual de santa María Virgen (cf. León XIII, Carta encíclica *Adiutricem populi*: AAS 28 [1895-1896], p. 135). De ahí que Pablo VI, más de una vez, dio a la santísima Virgen el apelativo de «Madre de la unidad» (cf. *Insegnamenti di Paolo VI*, III, p. 69).

El formulario de esta misa celebra en primer lugar a Dios, «fuente de la unidad y origen de la concordia» (cf. *Co*); luego recuerda al Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo (cf. *1 Lect* [o bien], 1Tm 2, 5), el cual, la víspera de su pasión, rogó al Padre por los discípulos para que fueran completamente uno (cf. *Ev* 2, Jn 17, 20-26); y también conmemora a la santísima Virgen, que, en determinados acontecimientos de la salvación relacionados con el «misterio de la unidad», tuvo un papel destacado:

— en el *misterio de la encarnación*, cuando en su «seno virginal» el Verbo de Dios «se unió íntimamente a la condición humana» (*So*);

— en su *maternidad virginal*, cuando el Hijo de Dios «eligió para sí una Madre incorrupta de alma y de cuerpo» (*Pf*), que fuera imagen de la esposa Iglesia una e indivisa (cf. *Pf*);

— en la *pasión de Cristo*, cuando Jesús, «elevado sobre la tierra, en presencia de la Virgen Madre, / congregó en la unidad» a los hijos de Dios «dispersos» (*Pf*);

— en la *efusión del Espíritu Santo*, cuando Jesús, después de volver al Padre, «envió sobre la Virgen María, / en oración con los apóstoles, / el Espíritu de la concordia y de la unidad, / de la paz y del perdón» (*Pf*; cf. *Ant entr* 2).

Antífona de entrada

Cf. Tb 13, 13

Saldrás con júbilo al encuentro de los hijos de Dios, Virgen María, porque todos se reunirán para bendecir al Señor del mundo.

O bien:

Cf. Hch 1, 14

Los discípulos se dedicaban a la oración en común, junto con María, la madre de Jesús.

Oración colecta

Señor, Padre santo,
fuente de la unidad y origen de la concordia,
por intercesión de la Virgen María, madre de los hombres,
haz que todos los pueblos
nos reunamos en un mismo pueblo de la nueva Alianza.
Por nuestro Señor Jesucristo.

Oración sobre las ofrendas

Al venerar la memoria de santa María virgen,
en cuyo seno virginal la naturaleza divina
se unió íntimamente a la condición humana,
te pedimos, Señor,
que esta ofrenda sea para nosotros
sacramento de tu amor,
signo de unidad y vínculo de caridad.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio

LA FUNCIÓN DE LA VIRGEN MARÍA EN LA UNIDAD DE LA IGLESIA

V. El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

V. Levantemos el corazón.

R. Lo tenemos levantado hacia el Señor.

V. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

R. Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias
siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno,
por Cristo, Señor nuestro.

Porque él, autor de la fe íntegra y amante de la unidad,
eligió para sí una Madre incorrupta de alma y de cuerpo
y quiso como Esposa a la Iglesia una e indivisa.

Elevado sobre la tierra, en presencia de la Virgen Madre,
congregó en la unidad a tus hijos dispersos,
uniéndolos a sí mismo con los vínculos del amor.

Vuelto a ti y sentado a tu derecha,
envió sobre la Virgen María,
en oración con los apóstoles,
el Espíritu de la concordia y de la unidad,
de la paz y del perdón.

Por eso,
con los ángeles y los santos
te cantamos el himno de alabanza
diciendo sin cesar:
Santo, Santo, Santo...

Antífona de comunión

Cf. 1Co 10, 17

El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo, porque comemos todos del mismo pan y bebemos del mismo cáliz.

Oración después de la comunión

Por los santos misterios que hemos recibido, Señor,
en esta memoria de santa María, Madre de la unidad,
infúndenos tu Espíritu de paz y de mansedumbre,
para que, actuando siempre con ánimo concorde,
hagamos más próxima la venida de tu reino.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

TERCERA SECCIÓN

Esta sección comprende ocho formularios que celebran la memoria de santa María bajo títulos que evocan su misericordiosa intercesión en favor de los fieles.

FORMULARIOS DE MISAS

39. Santa María, reina y madre de misericordia.
40. La Virgen María, madre de la divina providencia.
41. La Virgen María, madre del consuelo.
42. La Virgen María, auxilio de los cristianos.
43. La Virgen María de la Merced.
44. La Virgen María, salud de los enfermos.
45. La Virgen María, reina de la paz.
46. La Virgen María, puerta del cielo.

SANTA MARÍA, REINA Y MADRE DE MISERICORDIA

El título de este formulario abarca dos características que con frecuencia se atribuyen a la santísima Virgen, llenas ambas de atractivo y muy gratas a los fieles: «Reina de misericordia» y «Madre de misericordia».

El título de «Reina de misericordia» (cf. *Ant entr, Co 2, Al*) celebra la bondad, la generosidad, la dignidad de la santísima Virgen, la cual, elevada al cielo, cumpliendo en su persona lo que prefiguraba la reina Ester (cf. *I Lect, Est 4, 17*), «ruega incesantemente» (*Pf*) a su Hijo por la salvación del pueblo, que acude a ella confiadamente en sus tribulaciones y peligros. La santísima Virgen, por tanto, es la «Reina clemente» (*Pf*; cf. *Dc*) «que, habiendo experimentado (la) misericordia (de Dios) / de un modo único y privilegiado, / acoge a todos los que en ella se refugian» (*Pf*; cf. *Dc*); por esto, es saludada con razón como «consuelo de los penitentes y esperanza de los pecadores» (*Ant entr*).

Con el título de «Madre de misericordia» (cf. *Co 1, Pf, So*), que al parecer atribuyó por primera vez a la santísima Virgen san Odón (+ 942), abad de Cluny (cf. *Vita Odonis* I, 9: PL 133, 47), es celebrada con razón santa María, porque dio a luz para nosotros a Jesucristo, misericordia visible del invisible Dios misericordioso, y porque es madre espiritual de los fieles, llena de gracia y de misericordia: la santísima Virgen «es llamada “Madre de la misericordia” —dice san Lorenzo de Brindis—, esto es, misericordiosísima, Madre clementísima, Madre tiernísima, amantísima» (*Mariale, Sermo secundus super «Salve Regina», III: Opera omnia*, I, Taller tipográfico del Seminario, Padua 1928, p. 391). La Madre de Jesús, en efecto, ahora que está en el cielo, presenta las necesidades de los fieles al Hijo, al que, cuando estaba en la tierra, suplicó en favor de los esposos de Caná (cf. *Ev, Jn 2, 1-11*).

En el formulario de la misa la santísima Virgen es celebrada como:

— *profetisa que ensalza la misericordia de Dios* (cf. *Ev, Lc 1, 39-55*); efectivamente, en el cántico del *Magnificat* alabó por dos veces al Dios misericordioso: «Su misericordia llega a sus fieles / de generación en generación»; «Auxilia a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia» (Lc 1, 50. 54; cf. *Ant com 2*). Por esto, los fieles desean «proclamar continuamente (la) misericordia (de Dios) / con la bienaventurada Virgen María» (*Dc*);

— *mujer que ha experimentado la misericordia de Dios de un modo único y privilegiado*: «Ella es la Reina clemente, / que, habiendo experimentado (la) misericordia (de Dios) / de un modo único y privilegiado, / ... escucha cuando la invocan» (Pf). Estas palabras del prefacio parecen como un eco de lo que dice Juan Pablo II sobre la santísima Virgen: «María, de un modo totalmente singular y extraordinario —como nadie más—, conoció la misericordia ..., habiendo experimentado la misericordia de manera extraordinaria» (Carta encíclica *Dives in misericordia*, 9: AAS 72 [1980], pp. 1208. 1209).

Antífona de entrada

Salve, Reina de misericordia, Madre gloriosa de Cristo, consuelo de los penitentes y esperanza de los pecadores.

Oración colecta

Oh Dios, cuya misericordia no tiene límites,
concédenos, por intercesión de la Virgen María,
Madre de misericordia,
conocer tu bondad en la tierra,
para alcanzar tu gloria en el cielo.
Por nuestro Señor Jesucristo.

O bien:

Dios misericordioso,
escucha las plegarias de tus hijos
que, inclinados por el peso de sus culpas,
se convierten a ti e invocan tu clemencia;
movido por ella enviaste a tu Hijo al mundo como Salvador
y nos diste a la Virgen santa María
como Reina de misericordia.
Por nuestro Señor Jesucristo.

Oración sobre las ofrendas

Recibe, Señor, los dones de tu pueblo
y, al venerar a la Virgen María como Madre de misericordia,
concédenos ser misericordiosos con nuestros hermanos,

para poder alcanzar tu misericordia.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio

LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA,
REINA DE PIEDAD, MADRE DE MISERICORDIA

V. El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

V. Levantemos el corazón.

R. Lo tenemos levantado hacia el Señor.

V. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

R. Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias, Padre santo,
siempre y en todo lugar,
y proclamar tu grandeza
en esta memoria de la bienaventurada Virgen María.

Ella es la Reina clemente,
que, habiendo experimentado tu misericordia
de un modo único y privilegiado,
acoge a todos los que en ella se refugian
y los escucha cuando la invocan.

Ella es la Madre de la misericordia,
atenta siempre a los ruegos de sus hijos,
para impetrar indulgencia
y obtenerles el perdón de los pecados.

Ella es la dispensadora del amor divino,
la que ruega incesantemente a tu Hijo por nosotros,
para que su gracia enriquezca nuestra pobreza
y su poder fortalezca nuestra debilidad.

Por él,
los ángeles y los arcángeles

te adoran eternamente,
gozosos en tu presencia.
Permítenos unirnos a sus voces
cantando tu alabanza:
Santo, Santo, Santo...

Antífona de comunión

Lc 6, 36

Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo.

O bien:

Lc 1, 49-50

El Poderoso ha hecho obras grandes por mí: su nombre es santo, y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación.

Oración después de la comunión

Alimentados con esta eucaristía,
te pedimos, Señor, proclamar continuamente tu misericordia
con la bienaventurada Virgen María,
y experimentar la protección de aquella
a quien llamamos Reina clementísima para los pecadores
y Madre de misericordia con los pobres.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

LA VIRGEN MARÍA, MADRE DE LA DIVINA PROVIDENCIA

El año 1744 Benedicto XIV (+ 1758) concedió a la Congregación de Clérigos Regulares de san Pablo (Barnabitas) la misa en honor de santa María Virgen «Madre de la Divina Providencia», venerada en Roma, en la iglesia de san Carlos, llamada vulgarmente «ai Catinari», para ser celebrada el sábado antes del tercer domingo de noviembre. Esta memoria la celebran también muchos otros Institutos religiosos.

Con este título se celebra la función que Dios, cuya «providencia ... nunca se equivoca» (*Co*), encomendó a la santísima Virgen, para que fuera:

— *bondadosísima Madre (So)* de Cristo, ya que, en el «providencial designio» de Dios, «la bienaventurada Virgen María ... engendró al Salvador del mundo» (*Pf*);

— *madre providente (Pf)* de los hombres, «confiados a ella por Jesucristo en la cruz» (*Pf*);

— *dispensadora de gracia (Pf)*; ella, en efecto, que en Caná de Galilea suplicó al Hijo en favor de los esposos (cf. *Ev*, Jn 2, 1-11; cf. *Pf*), «ahora, entronizada como reina a la derecha de su Hijo, / atiende a las necesidades de toda la Iglesia» (*Pf*).

La santísima Virgen, por tanto, es llamada «madre de la divina providencia» porque Dios providentísimo nos la ha dado como madre providente, para que con su intercesión nos proveyera de los bienes celestiales. A semejanza de Dios, que no puede olvidarse de su pueblo (cf. *Ant entr*, Is 49, 15), más aún, que lo consuela como una madre, la santísima Virgen se compadece de nosotros (cf. *Ant entr*), intercede por nosotros (cf. *Co*, *So*, *Dc*), atiende a las necesidades de la Iglesia (cf. *Pf*), nos llena de consuelo (cf. *I Lect*, Is 66, 10-14).

De ahí viene que los fieles, ayudados por el patrocinio de una madre tan excelsa, encuentren «la gracia» que los «auxilie oportunamente» (*So*; cf. Hb 4, 16) y que, según el precepto del Señor, buscando ante todo el reino de Dios y su justicia, no les «faltan los auxilios de la tierra» (*Dc*, cf. Mt 6, 33).

La mayor parte de los textos de esta misa están tomados del volumen *Missae Propriae*, Curia General de los Clérigos Regulares de san Pablo, Roma 1981, pp. 60-76.

Antífona de entrada

Is 49, 15

¿Es que puede una madre olvidarse de su criatura, no conmoverse por el hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvide, yo no te olvidaré.

Oración colecta

Oh Dios, nos acogemos confiadamente a tu providencia,
que nunca se equivoca,
y te suplicamos, por intercesión de la Virgen María,
Madre de tu Hijo,
que apartes de nosotros todo mal
y nos concedas aquellos beneficios
que pueden ayudarnos para la vida presente y la futura.
Por nuestro Señor Jesucristo.

Oración sobre las ofrendas

Acepta, Señor, los dones que te presenta la Iglesia,
para que obtengamos tu misericordia,
por intercesión de la bondadosísima Madre de tu Hijo,
y encontremos la gracia que nos auxilie oportunamente.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio

LA SANTÍSIMA VIRGEN, DISPENSADORA DE GRACIA
Y MADRE PROVIDENTE

V. El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

V. Levantemos el corazón.

R. Lo tenemos levantado hacia el Señor.

V. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

R. Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias

siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno,
por Cristo, Señor nuestro.

Porque, en tu providencial designio,
la bienaventurada Virgen María,
por obra del Espíritu Santo,
engendró al Salvador del mundo.

En Caná de Galilea intercedió ante su Hijo por los esposos,
para que realizara el primero de sus signos:
el agua se enrojeció, los comensales se alegraron
y los discípulos creyeron en el Maestro.

Ahora, entronizada como reina a la derecha de su Hijo,
atiende las necesidades de toda la Iglesia
y es para cada uno de nosotros,
confiados a ella por Jesucristo en la cruz,
dispensadora de gracia y madre providente.

Por eso,
con los ángeles y los santos
te cantamos el himno de alabanza
diciendo sin cesar:
Santo, Santo, Santo...

Antífona de comunión

Cf. Sal 86 (87), 3; Lc 1, 49

¡Qué pregón tan glorioso para ti, Virgen María! El Poderoso ha hecho obras grandes por ti.

Oración después de la comunión

Dios misericordioso,
por la eficacia del sacramento recibido en tu mesa santa,
y la intercesión de María, Madre de la providencia,
haz que busquemos siempre tu reino y tu justicia,
sin que nos falten los auxilios de la tierra.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

LA VIRGEN MARÍA, MADRE DEL CONSUELO

Los hechos con que Dios omnipotente y misericordioso viene en ayuda de su pueblo sometido a la opresión o al destierro reciben en la sagrada Escritura el nombre de «consuelo de Dios». El supremo consuelo de los hombres es Cristo, a quien el Padre, cuando se cumplió el tiempo, envió al mundo para vendar los corazones desgarrados (cf. *1 Lect*, Is 61, 1-3. 10-11).

También santa María Virgen es llamada y venerada con razón como «Madre del consuelo» o «Consoladora de los afligidos», ya que por medio de ella Dios envió «el consuelo a (su) pueblo, Jesucristo, nuestro Señor» (*Co*).

Ella, cuando estuvo junto a Cristo que sufría en la cruz, soportando un dolor inmenso, mereció de manera especial la felicidad que el Evangelio promete a los que lloran (cf. *Ev* 1, Mt 5, 5); y después que el Señor la ha consolado con la resurrección de Jesús, ella puede consolar a sus hijos en cualquier lucha (cf. *Ant entr*, 2Co 1, 3-5).

Después de la ascensión de Cristo, «estando en oración con los apóstolos, / pidió ardientemente y esperó confiada / el Espíritu del consuelo y de la paz» (*Pf*, cf. *Ev* 2, Jn 14, 15-21. 25-27).

Además, después de su asunción al cielo, no cesa de interceder con amor de madre por los hombres, afligidos por la tribulación. Por esto, en la Constitución sobre la Iglesia del Concilio Vaticano II leemos: «La Madre de Jesús ... precede con su luz al pueblo de Dios peregrinante, como signo de esperanza segura y de consuelo» (LG 68).

Por esto, la Madre del Señor es venerada con el título de «Madre del consuelo» o de «Consuelo de los afligidos» en muchos lugares, sobre todo en la ciudad de Turín (día 20 de junio), donde tiene dedicado un santuario muy célebre, y en muchas familias religiosas, entre las cuales destaca la Orden de san Agustín y el Instituto de Misiones de la Consolata, fundado por el siervo de Dios José Allamano (+ 1926).

Antífona de entrada

Cf. 2Co 1, 3

¡Bendito sea Dios, Padre de misericordia y Dios del consuelo! Él nos alienta en nuestras luchas.

Oración colecta

Oh Dios, que, por medio de santa María,
enviaste el consuelo a tu pueblo, Jesucristo, nuestro Señor,
concédenos, por intercesión de la Virgen,
estar llenos de todo consuelo
para que podamos consolar a nuestros hermanos.
Por nuestro Señor Jesucristo.

Oración sobre las ofrendas

Recibe, Padre santo,
la ofrenda de nuestra pobreza
que te presentamos con alegría
en esta memoria de la santísima Virgen,
y haz que nuestra incorporación al sacrificio de Cristo
sea para nosotros fuente de consuelo temporal
y de salvación eterna.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio

LA SANTÍSIMA VIRGEN, CONSOLADA POR EL SEÑOR,
SE HACE CONSOLADORA DE TODOS LOS HOMBRES

- V. El Señor esté con vosotros.
R. Y con tu espíritu.
V. Levantemos el corazón.
R. Lo tenemos levantado hacia el Señor.
V. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.
R. Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario
darte gracias
y ofrecerte un himno de bendición y alabanza,
Dios todopoderoso y eterno,
por Cristo, Señor nuestro.

El cual, para ser consuelo del mundo,
fue concebido con gozo por la siempre Virgen María,
que lo engendró en sus entrañas purísimas.

Ella, junto a la cruz del Hijo,
después de soportar acerbísimos dolores,
fue consolada por ti
con la esperanza de la resurrección.

Estando en oración con los apóstoles,
pidió ardientemente y esperó confiada
el Espíritu del consuelo y de la paz.

Y ahora, elevada al cielo,
consuela con amor de madre
a todos los que la invocan con fe,
hasta que amanezca el día glorioso del Señor.

Por eso,
con los ángeles y los santos
cantamos tu gloria diciendo:
Santo, Santo, Santo...

Antífona de comunión

Cf. Sal 86 (87), 3. 7

¡Qué pregón tan glorioso para ti, María!: «Todas mis fuentes están en ti.»

Oración después de la comunión

Fortalecidos por la participación en los sacramentos pascales,
te pedimos, Señor,
que cuantos hemos celebrado
la memoria de la Madre de tu Hijo,
demostramos cada día en nosotros al pecado
y, apoyados en la esperanza que no defrauda,
manifestemos el mensaje de la resurrección.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

LA VIRGEN MARÍA, AUXILIO DE LOS CRISTIANOS

La Iglesia ha experimentado muchas veces la valiosísima ayuda de la Madre de Dios en las persecuciones promovidas por los enemigos de la fe cristiana. Por esto, ya desde los primeros tiempos de la era cristiana, prevaleció la costumbre de invocar a la santísima Virgen en tiempo de persecución con el título de «Auxilio de los cristianos».

Cuando Pío VII (+ 1823), expulsado de la Sede de Pedro por la fuerza de las armas, se hallaba detenido bajo estrecha vigilancia, y toda la Iglesia rogaba intensamente por él por la intercesión de la santísima Virgen, sucedió de improviso que el Sumo Pontífice fue liberado y, habiendo regresado a Roma, fue restituido al solio pontificio el día 24 de mayo de 1814.

Por este motivo, Pío VII estableció una fiesta en honor de la Virgen Madre bajo el apelativo de «Auxilio de los cristianos», para que se celebrara perpetuamente en Roma el día 24 de mayo, feliz aniversario de su regreso a la Urbe. Esta fiesta se celebra en muchas Iglesias particulares e Institutos religiosos, principalmente en la Sociedad de san Francisco de Sales, fundada por san Juan Bosco (+ 1888).

La primera lectura de esta misa recuerda la gran batalla que, por designio de Dios, se ha establecido, desde los orígenes del género humano, entre la Mujer y la Serpiente. Se propone efectivamente:

— o bien Génesis 3, 1-6. 13-15, donde resuenan las amenazadoras palabras de Dios a la Serpiente y el primer anuncio de la futura victoria del Hijo de la Mujer: «Establezco hostilidades entre ti y la mujer, entre tu estirpe y la suya; ella te herirá en la cabeza cuando tú la hieras en el talón» (v. 15);

— o bien Apocalipsis 12, 1-3a. 7-12ab. 17, donde se narra proféticamente la batalla del enorme dragón o serpiente primordial (cf. vv. 3. 9) contra la Mujer vestida de sol, coronada con doce estrellas (cf. v. 1) y contra «el resto de su descendencia, los que guardan los mandamientos de Dios y mantienen el testimonio de Jesús» (v. 17), esto es, contra la Iglesia representada en la visión de la Virgen María.

La lectura del evangelio (Jn 2, 1-11) muestra el auxilio que la santísima Virgen presta sin cesar a la Iglesia —significada en los discípulos que creen

en Jesús (cf. v. 11) y en los que toman parte en el banquete de bodas (cf. v. 2)—, fortaleciendo la fe de los cristianos y socorriéndolos en sus necesidades.

Los textos eucológicos celebran a Dios, que ha constituido «a la Madre de (su) amado Hijo / en madre y auxiliadora del pueblo cristiano» (*Co, Pf*), «para que, bajo su protección, / participe valientemente en el combate de la fe, / perseverar con fidelidad en la enseñanza de los apóstoles, / y camine seguro entre las dificultades del mundo» (*Pf*; cf. *Co, So*).

Los textos de esta misa, a excepción del prefacio, se han tomado, con algunas variantes, del *Propria missarum* de la Sociedad de san Francisco de Sales (Tipografía Políglota Vaticana 1974, pp. 35-40) y de la Congregación de Clérigos Regulares de san Pablo (Curia General, Roma 1981, pp. 25-29).

Antífona de entrada

Cf. Jdt 13, 19

Tu alabanza estará siempre en la boca de todos los que recuerden la hazaña de Dios.

Oración colecta

Oh Dios, que has constituido a la Madre de tu amado Hijo en madre y auxiliadora del pueblo cristiano, concede a tu Iglesia vivir bajo su protección y alegrarse con una paz duradera.
Por nuestro Señor Jesucristo.

Oración sobre las ofrendas

Te ofrecemos, Señor, este sacrificio de alabanza al celebrar con alegría la memoria de la Madre de tu Hijo; haz que, con el auxilio de esta madre, experimentemos tu ayuda en todas las necesidades.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio

LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA,
MADRE Y AUXILIADORA DEL PUEBLO CRISTIANO

V. El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

V. Levantemos el corazón.

R. Lo tenemos levantado hacia el Señor.

V. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

R. Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias
siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno,
por Cristo, Señor nuestro.

Porque has constituido a la Inmaculada Virgen María,
Madre de tu Hijo,
en madre y auxiliadora del pueblo cristiano,
para que, bajo su protección,
participe valientemente en el combate de la fe,
persevere con fidelidad en la enseñanza de los apóstoles,
y camine seguro entre las dificultades del mundo,
hasta alcanzar gozoso la Jerusalén del cielo.

Por eso, Señor,
con todos los ángeles
te aclamamos ahora y por siempre, diciendo:
Santo, Santo, Santo...

Antífona de comunión

Dt 10, 21a

El Señor será tu alabanza, él será tu Dios, pues él hizo a tu favor hazañas.

Oración después de la comunión

Recibidos estos sacramentos del cielo
y apoyados en el auxilio de la santísima Virgen María,
te pedimos, Señor,
que, despojados del hombre viejo,
nos revistamos de Jesucristo, autor de la nueva humanidad.
Que vive y reina por los siglos de los siglos.

LA VIRGEN MARÍA DE LA MERCED

Entre las familias religiosas dedicadas con vínculo especial a la Madre de Cristo, se cuenta la Orden de Nuestra Señora, la Virgen María de la Merced, que fundó san Pedro Nolasco (+ 1256) para la redención de los cautivos cristianos, el año 1218, en Barcelona, después de haber consultado a san Raimundo de Peñafort (+ 1275) y a Jaime I (+ 1276), rey de Aragón.

La santísima Virgen es venerada con el título «de la Merced» sobre todo en los territorios de Aragón y Cataluña y en muchos lugares de la América latina.

El formulario, teniendo en cuenta la finalidad para la que fue instituida la Orden mercedaria, celebra en primer lugar a Cristo, «Redentor de los hombres (Co), que «nos mereció con su sacrificio» «la verdadera libertad de hijos» (Co).

Luego conmemora a la santísima Virgen que, por ser la esclava del Señor (cf. Lc 1, 38) y estar totalmente entregada a la obra del Hijo redentor (cf. LG 56), es llamada con razón «dispensadora de los tesoros de la redención» (Pf).

En la misa la santísima Virgen es celebrada como:

— *nueva Judit*, ya que así como la antigua Judit, con gran valentía, liberó al pueblo del asedio de Holofernes, así María, luchando contra la serpiente primordial, trajo el bien al pueblo de Israel y a toda la Iglesia (cf. *1 Lect* 15, 8-10. 14; 16, 13-14);

— *profetisa de la redención de Israel*, ya que, convertida en voz de su pueblo, proclamó la grandeza del Señor, que, acordándose de su misericordia, había auxiliado a Israel, redimiéndolo de la esclavitud del pecado (cf. *Ant entr*, Lc 1, 46a. 54-55a);

— *asociada a la pasión de Cristo*, ya que la santísima Virgen, que estuvo junto a su Hijo desde su «humilde nacimiento», estuvo también «asociada a su pasión junto a la cruz» (Pf); con razón, pues, se toma para la lectura evangélica el texto de san Juan sobre la presencia de la Virgen junto a la cruz del Señor (Ev, Jn 19, 25-27);

— *madre amantísima (Dc)*, que el Señor nos concedió misericordiosamente, y que «cuida siempre con afecto materno / a los hermanos de su

Hijo que se hallan en peligros y ansiedad, / para que, rotas las cadenas de toda opresión, / alcancen la plena libertad del cuerpo y del espíritu» (Pf);

— *abogada nuestra* (Pf) y *celestial patrona* (Dc); María, en efecto, «elevada a la ciudad celeste» (Pf), intercede constantemente por nosotros.

Los textos de esta misa se han tomado del *Proprium missarum Ordinis beatae Mariae Virginis de Mercede*, Curia General de la Orden, Roma 1976, pp. 26-28. 50.

Antífona de entrada

Lc 1, 46a. 54-55a

Proclama mi alma la grandeza del Señor, porque auxilia a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia, como lo había prometido a nuestros padres.

Oración colecta

Padre misericordioso,
que enviaste al mundo a tu Hijo Jesucristo,
Redentor de los hombres,
con la maternal cooperación de la Virgen María,
concede a cuantos la invocamos con el título de la Merced
mantenernos en la verdadera libertad de hijos
que Cristo Señor nos mereció con su sacrificio,
y ofrecerla incansablemente a todos los hombres.
Por nuestro Señor Jesucristo.

Oración sobre las ofrendas

Recibe, Señor, las ofrendas de tu pueblo,
que celebra la obra de la inmensa caridad de Cristo,
y confírmalos en el amor a ti y al prójimo,
con el ejemplo de la gloriosa Virgen María.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio

SANTA MARÍA, MADRE DEL REDENTOR
Y ADMINISTRADORA DE LA REDENCIÓN

V. El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

V. Levantemos el corazón.

R. Lo tenemos levantado hacia el Señor.

V. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

R. Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias
siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno.

Por un admirable y providente designio de tu amor,
uniste la gloriosa Virgen María a Cristo, tu Hijo,
en la obra de la salvación humana,
con tan estrecho vínculo,
que fue Madre suya amantísima en su humilde nacimiento.
Asociada a su pasión junto a la cruz,
es ahora elevada a la ciudad celeste,
abogada nuestra
y dispensadora de los tesoros de la redención.

Ella cuida siempre con afecto materno
a los hermanos de su Hijo que se hallan en peligros y ansiedad,
para que, rotas las cadenas de toda opresión,
alcancen la plena libertad del cuerpo y del espíritu.

Por eso, con los ángeles y todos los santos,
al celebrar el memorial de la redención y del amor de tu Hijo,
te alabamos en su nombre y cantamos sin cesar:

Santo, Santo, Santo...

Antífona de comunión

Jn 2, 5

La madre de Jesús dijo a los sirvientes: «Haced lo que él diga.»

Oración después de la comunión

Recibido el sacramento de la redención y de la vida,
te pedimos, Señor,

por intercesión de la Virgen María de la Merced,
nuestra Madre amantísima y celestial Patrona,
que nos concedas cooperar más intensamente
al misterio de la salvación de los hombres,
y ser admitidos en la gloria de tu Reino.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

LA VIRGEN MARÍA, SALUD DE LOS ENFERMOS

La «salvación de Dios» abarca al hombre entero, su cuerpo, su alma y su espíritu, no sólo mientras peregrina aquí en la tierra, sino también, y principalmente, cuando se convierte en ciudadano del cielo. Por la salvación realizada por Cristo en el Espíritu Santo, cambia radicalmente la condición del hombre: la opresión se convierte en libertad, la ignorancia en conocimiento de la verdad, la enfermedad en salud, la tristeza en alegría, la muerte en vida, la esclavitud del pecado en participación de la naturaleza divina. Sin embargo, en este mundo el hombre no puede alcanzar la salvación total y perfecta, ya que su vida está sujeta al dolor, a la enfermedad, a la muerte. La «salvación de Dios» es Jesucristo en persona, a quien el Padre envió al mundo como Salvador del hombre y médico de los cuerpos y de las almas, tal como la liturgia lo llama, reproduciendo en cierto modo unas palabras de san Ignacio de Antioquía (cf. *Ad Ephesios* VII, 2: SCH 10, p. 74). Él, durante los días de su vida terrena, movido por su misericordia, curó a muchos enfermos, librándolos también con frecuencia de las heridas del pecado (cf. Mt 9, 2-8; Jn 5, 1-14).

También la santísima Virgen, por ser madre de Cristo, Salvador de los hombres, y madre de los fieles, socorre con amor a sus hijos cuando se hallan en dificultades. Por esto, los enfermos acuden a ella con frecuencia —muchas veces visitando los santuarios a ella dedicados—, para recibir, por su intercesión, la salud. En los santuarios marianos existen muchos testimonios de esta confianza de los enfermos en la Madre de Cristo.

Entre los títulos con que los fieles aquejados de enfermedad veneran a la santísima Virgen, destaca el de «Salud de los enfermos», por obra principalmente de los religiosos de la Congregación de Regulares Servidores de los Enfermos, que han hecho popular este título, y en cuya iglesia de santa María Magdalena, dedicada en la Urbe, se venera una imagen insigne por la devoción de los fieles y por los milagros.

En la liturgia de la palabra se lee el cántico de Isaías sobre el «Siervo del Señor» (*1 Lect*, Is 53, 1-5. 7-10), que «soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores» (v. 4), y cuyas «cicatrices nos curaron» (v. 5).

La asamblea de los fieles responde bendiciendo al Señor, que «cura todas (nuestras) enfermedades» (*Sal resp*, 102 [103], 1a. 3b).

En la lectura evangélica se proclama el fragmento de san Lucas sobre la visitación de María a su parienta Isabel (*Ev*, Lc 1, 39-56), para que los fieles, contemplando a la santísima Virgen, que, llena de fe, alabando la misericordia de Dios, se apresura a visitar a la madre del Precursor, se sientan impelidos a imitar su solicitud en la atención a los hermanos y hermanas enfermos.

En la liturgia eucarística se glorifica a Dios Padre, que ha dado a la santísima Virgen por patrona y ejemplo a los fieles enfermos:

— *patrona*, porque «brilla como señal de salvación y de celestial esperanza / para los enfermos que invocan su protección» (*Pf*);

— *ejemplo*, porque «a todos los que la contemplan, / les ofrece el ejemplo de aceptar (la) voluntad (de Dios) / y configurarse más plenamente con Cristo» (*Pf*).

Oficiar la misa en honor de la santísima Virgen «Salud de los enfermos» y suplicar su intercesión para conseguir la salud corporal equivale a celebrar un peculiar momento de la historia de la salvación que tendrá su acabamiento y perfección cuando, en la gloriosa venida de Cristo, «el último enemigo aniquilado será la muerte» (1Co 15, 26) y los cuerpos de los justos resucitarán incorruptos.

Los textos de este formulario, excepto el prefacio, son los mismos de la misa de la santísima Virgen con el título de *Salus infirmorum* que se halla en el *Proprium missarum Ordinis Ministrantium infirmis*, Tipografía Poliglota Vaticana 1974, pp. 14-15. 27-30.

Antífona de entrada

Cf. Sal 34 (35), 3; Jon 2, 3

Yo soy la salvación del pueblo. Cuando me llamen desde el peligro, yo les escucharé.

Oración colecta

Te pedimos, Señor,
que nosotros, tus siervos,
gocemos siempre de salud de alma y cuerpo,
y por la intercesión de santa María, la Virgen,
líbranos de las tristezas de este mundo
y concédenos las alegrías del cielo.
Por nuestro Señor Jesucristo.

Oración sobre las ofrendas

Señor, escucha las plegarias y recibe las ofrendas
que te presentan los fieles
en honor de santa María, siempre Virgen;
que sean agradables a tus ojos
y atraigan sobre el pueblo
tu protección y tu auxilio.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio

LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA
BRILLA COMO SIGNO DE SALUD PARA LOS ENFERMOS

V. El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

V. Levantemos el corazón.

R. Lo tenemos levantado hacia el Señor.

V. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

R. Es justo y necesario.

En verdad es justo darte gracias
y deber nuestro glorificarte, Padre santo.

Porque la santa Virgen María,
participando de modo admirable en el misterio del dolor,
brilla como señal de salvación y de celestial esperanza
para los enfermos que invocan su protección;
y a todos los que la contemplan,
les ofrece el ejemplo de aceptar tu voluntad
y configurarse más plenamente con Cristo.
El cual, por su amor hacia nosotros,
soportó nuestras enfermedades
y aguantó nuestros dolores.

Por él,
los ángeles y los arcángeles
y todos los coros celestiales

celebran tu gloria,
unidos en común alegría.

Permítenos asociarnos a sus voces
cantando humildemente tu alabanza:

Santo, Santo, Santo...

Antífona de comunión

Sal 117 (118), 14

El Señor es mi fuerza y mi energía, él es mi salvación.

Oración después de la comunión

Hemos recibido gozosos, Señor,
el sacramento que nos salva,
el Cuerpo y la Sangre de tu Unigénito,
en la celebración de su Madre,
la bienaventurada Virgen María;
que él nos conceda los dones
de la vida temporal y de la eterna.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

LA VIRGEN MARÍA, REINA DE LA PAZ

A causa de su íntima y estrecha relación con el Hijo, «Príncipe de la paz» (cf. *Ant entr*, Is 9, 6; *1 Lect*, Is 9, 1-6), la santísima Virgen ha sido venerada cada día más como «Reina de la paz»: en algunos Calendarios de Iglesias particulares y de Institutos religiosos se halla la memoria de la santísima Virgen, «Reina de la paz». Conviene recordar que Benedicto XV, el año 1917, en plena guerra europea, mandó añadir a las Letanías lauretanas la invocación «Reina de la paz».

En esta misa se conmemora la cooperación de la Virgen en la reconciliación o «paz» entre Dios y los hombres realizada por Cristo:

— en el *misterio de la encarnación*, ya que la humilde esclava del Señor, «al recibir el anuncio del ángel Gabriel, / concibió en su seno virginal al Príncipe de la paz» (*Pf*, cf. *Ev*, Lc 1, 26-38), el cual «nos devolvió la paz, reconciliando consigo el cielo y la tierra» (*Ant com*);

— en el *misterio de la pasión*, ya que «ella es la madre fiel / que se mantuvo intrépida, en pie, junto a la cruz / donde el Hijo, para salvarnos, / pacificó con su sangre el universo» (*Pf*);

— en el *misterio de Pentecostés*, ya que la santísima Virgen es la «alumna de la paz, / que, orando con los apóstoles, / esperó ... el Espíritu de la paz, de la unidad, / de la caridad y del gozo» (*Pf*).

Al celebrar la memoria de la Virgen María, reina de la paz, la asamblea de los fieles pide a Dios que, por su intercesión, conceda a la Iglesia y a la familia humana:

— el *Espíritu de caridad*: «Permanezcamos unidos en el amor fraterno» (*Co*); «Concédenos, Señor, tu Espíritu de caridad» (*Dc*);

— los *dones de la unidad y de la paz*: «Pedimos para tu familia los dones / de la unidad y de la paz» (*So*); «formemos una sola familia en la paz» (*Co*); «cultivemos eficazmente entre nosotros / la paz que (Cristo) nos dio» (*Dc*);

— la *tranquilidad en nuestro tiempo*: «Concede a nuestro tiempo la tranquilidad deseada» (*Co*).

Los textos eucológicos de esta misa, a excepción del prefacio, se han tomado del fascículo *Proprio delle messe per le diocesi di Savona e Noli*, Tipografía Priamar, Savona 1978, p. 17.

Antífona de entrada

Cf. Is 9, 6

Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado, y es su nombre: «Príncipe de la paz».

Oración colecta

Oh Dios,
que por medio de tu Hijo Unigénito
otorgas la paz a los hombres,
por intercesión de la siempre Virgen María,
concede a nuestro tiempo la tranquilidad deseada,
para que formemos una sola familia en la paz
y permanezcamos unidos en el amor fraterno.
Por nuestro Señor Jesucristo.

Oración sobre las ofrendas

Te ofrecemos, Señor, este sacrificio de expiación,
al celebrar la memoria de la santísima Virgen María,
Reina de la paz,
y pedimos para tu familia los dones
de la unidad y de la paz.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio

LA MADRE DE CRISTO, DISCÍPULA Y REINA DE LA PAZ

V. El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

V. Levantemos el corazón.

R. Lo tenemos levantado hacia el Señor.

V. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

R. Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias, Padre santo,
siempre y en todo lugar,

y proclamar tu grandeza
en esta memoria de la bienaventurada Virgen María.

Ella es tu humilde esclava
que, al recibir el anuncio del ángel Gabriel,
concibió en su seno virginal al Príncipe de la paz,
Jesucristo, Hijo tuyo y Señor nuestro.

Ella es la madre fiel
que se mantuvo intrépida, en pie, junto a la cruz
donde el Hijo, para salvarnos,
pacificó con su sangre el universo.

Ella es la discípula de Cristo, alumna de la paz,
que, orando con los apóstoles,
esperó la Promesa del Padre,
el Espíritu de la paz, de la unidad,
de la caridad y del gozo.

Por eso,
con todos los ángeles y santos
te alabamos proclamando sin cesar:
Santo, Santo, Santo...

Antífona de comunión

La Virgen engendró al Dios y hombre, Dios nos devolvió la paz, reconciliando consigo el cielo y la tierra.

Oración después de la comunión

Concédenos, Señor, tu Espíritu de caridad,
para que, alimentados con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo,
en esta conmemoración de la Virgen María, Reina de la paz,
cultivemos eficazmente entre nosotros
la paz que él nos dio.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

LA VIRGEN MARÍA, PUERTA DEL CIELO

El último formulario de estas *Misas de la Virgen María* celebra a la Madre de Cristo que acompaña bondadosa al pueblo de Dios que hace camino hacia la patria celestial.

Esta misa tiene un marcado carácter escatológico, que es propio de toda celebración eucarística; en efecto, la asamblea de los fieles, al celebrarla, contempla «la ciudad santa, la nueva Jerusalén ..., arreglada como una novia que se adorna para su esposo» y escucha la voz del Señor, que dice desde el trono celestial: «Todo lo hago nuevo» (cf. *1 Lect*, Ap 21, 1-5a). Esta futura situación de la Iglesia se ha cumplido ya en santa María, virgen esposa, hermosa, sin mancha ni arruga (cf. Ef 5, 27). Por esto, los fieles suben alegres «a la casa del Señor», donde celebrarán por siempre su nombre (cf. *Sal resp*, Sal 121 [122], 1-2. 3-4. 8-9). Se les manda estar vigilantes y despiertos para salir al encuentro del Esposo con las lámparas encendidas, a fin de que, cuando se abra la puerta, sean admitidos al banquete nupcial (cf. *Ev*, Mt 25, 1-13).

En la misa se celebra en primer lugar a Cristo, a quien el Padre ha hecho, en su bondad, «puerta de salvación y de vida» (*Co*; cf. Jn 10, 7); Jesús, en efecto, es «la puerta de la vida eterna» (*Pf*), por quien se nos abren «las puertas de la Jerusalén celeste» (*Co*).

Ya desde la edad llamada de los santos Padres de la Iglesia, la metáfora de «puerta», expresada con la palabra latina *porta* o sus sinónimos *ostium*, *ianua*, *limen*, se aplica a la santísima Virgen para ilustrar su función de nueva Eva, su maternidad virginal, o su intercesión suplicante en favor de los fieles.

En el formulario la santísima Virgen es celebrada como:

— *Eva inocente*, que con su humildad y su fe vence la soberbia y la incredulidad de la primera Mujer, abriendo lo que ella había cerrado: «Virgen humilde, / que nos abrió por su fe / la puerta de la vida eterna / que Eva había cerrado por su incredulidad» (*Pf*); «las puertas del paraíso, / que Eva había cerrado, / por ti se han vuelto a abrir, Virgen María» (*Al*);

— *madre virginal de Cristo*: por su maternidad, María es «puerta luminosa de la vida, / por la que apareció la salvación del mundo, / Jesucristo, nuestro Señor» (*So*); «puerta luminosa del cielo», por quien «apareció Cristo, luz del mundo» (*Ant com*); «Virgen Madre de la Palabra», que se ha con-

vertido para nosotros en «puerta del paraíso», ya que, «al devolver a Dios al mundo», nos abre «el acceso al cielo» (*Ant entr*);

— *Virgen suplicante* (cf. *Pf*), ya que la Iglesia no duda de que «por intercesión de la santísima Virgen, / de quien recibimos al Salvador del mundo», descenderán «sobre nosotros los dones de (su) gracia» y se nos abrirán «las puertas del cielo» (*Dc*).

Antífona de entrada

Salve, Virgen Madre de la Palabra, puerta del paraíso; al devolver a Dios al mundo, nos abres el acceso al cielo.

Oración colecta

Oh Dios,
que en tu bondad has hecho a tu Hijo
puerta de salvación y de vida,
concédenos, por la acción previsor de la Virgen María,
permanecer fieles en el amor de Cristo
y que se nos abran las puertas de la Jerusalén celeste.
Por nuestro Señor Jesucristo.

Oración sobre las ofrendas

Te ofrecemos, Señor, este sacramento de unidad y de paz,
celebrando la gloriosa memoria de la Virgen María,
puerta luminosa de la vida,
por la que apareció la salvación del mundo,
Jesucristo, nuestro Señor.
Que vive y reina por los siglos de los siglos.

Prefacio

LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA ABRIÓ LA PUERTA
QUE HABÍA CERRADO EVA

V. El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

V. Levantemos el corazón.

R. Lo tenemos levantado hacia el Señor.

V. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

R. Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias, Padre santo,
siempre y en todo lugar,
y proclamar tu grandeza
en esta celebración en honor de la Virgen María.

Ella es la Virgen Madre,
representada por la puerta oriental del templo:
por ella pasó el Señor,
para él sólo se abrió y permaneció intacta.

Ella es la Virgen humilde,
que nos abrió por su fe
la puerta de la vida eterna
que Eva había cerrado por su incredulidad.

Ella es la Virgen suplicante,
que intercede continuamente por los pecadores,
para que se conviertan a su Hijo,
fuente perenne de gracia
y puerta del perdón siempre abierta.

Por él,
los ángeles y los arcángeles
te adoran eternamente,
gozosos en tu presencia.
Permítenos unirnos a sus voces
cantando tu alabanza:
Santo, Santo, Santo...

Antífona de comunión

Dichosa eres, Virgen María, puerta luminosa del cielo; por ti apareció Cristo, luz del mundo.

Oración después de la comunión

Animados, Señor, por los sacramentos y por el gozo del espíritu,
te pedimos, por intercesión de la santísima Virgen,
de quien recibimos al Salvador del mundo,
que desciendan sobre nosotros los dones de tu gracia
y se nos abran las puertas del cielo.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

BENDICIONES SOLEMNES

Las siguientes bendiciones pueden utilizarse al final de la celebración de la misa.

El diácono, o el mismo sacerdote, invita al pueblo a recibir la bendición, diciendo:

Inclinaos para recibir la bendición.

Luego, el sacerdote, con las manos extendidas sobre el pueblo, dice la fórmula de bendición. Todo responden:

Amén.

TIEMPO DE ADVIENTO

Venga a vosotros la gracia del Padre,
cuya Palabra eterna descendió al seno de la Virgen María
para hacerse Salvador del género humano.

R. Amén.

Permanezca en vosotros la paz de Cristo,
cuya venida esperó con gozo la santísima Virgen, Hija de Sión.

R. Amén.

La luz del Espíritu Santo os ilumine,
para que, vigilantes en la oración y alegres en la alabanza,
esperéis la segunda venida de Cristo.

R. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros.

R. Amén.

TIEMPO DE NAVIDAD

El Dios que puso fin a la oscuridad de los tiempos pasados
con el parto de la Virgen,
ilumine vuestras mentes con la luz del sol de justicia.

R. Amén.

Y el que envió a su Hijo al mundo como Redentor
os conceda transformaros interiormente
conforme a su imagen.

R. Amén.

Para que, al recibir agradecidos tan gran beneficio
por mediación de María,
Madre de la Sabiduría,
imitéis a Cristo y a la Virgen
haciendo santas vuestras costumbres.

R. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros.

R. Amén.

TIEMPO DE CUARESMA

El Dios que decidió redimir al hombre
mediante la inmolación de su Hijo,
con el consentimiento de la Madre dolorosa,
os haga partícipes de tan gran misterio de salvación.

R. Amén.

El que quiso que la santísima Virgen María
ascendiese a través de la fe y del dolor
hasta alcanzar junto a la cruz la cima de la caridad,
os conduzca también,
progresando en la fe,
a la cumbre del amor.

R. Amén.

Para que llevando en vuestros cuerpos
la imagen de Cristo paciente,
terminado el tiempo de la vida presente,
participéis de su misma gloria.

R. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros.

R. Amén.

TIEMPO PASCUAL

El Padre, que, con la resurrección de su Hijo,
llenó de alegría a la Virgen María y a la Iglesia naciente,
os colme de gozo espiritual.

R. Amén.

Jesucristo, el nacido de la Virgen inmaculada,
que salió del sepulcro dejándolo intacto,
conservé en vosotros íntegra la fe del bautismo.

R. Amén.

El Espíritu Santo,
cuyo descenso esperó confiadamente
la Virgen María en oración con los apóstoles,
os purifique y establezca su morada en vosotros.

R. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros.

R. Amén.

TIEMPO ORDINARIO

I

El Padre misericordioso,
por el gran amor que tuvo para con la Madre de su Unigénito,
os conceda la salud del alma y del cuerpo.

R. Amén.

Jesucristo, el fruto bendito de la Virgen María,
os conceda adornaros con las virtudes
que os hacen más gratos a él.

R. Amén.

El Espíritu Santo, que descendió sobre la santísima Virgen,
os conceda la alegría de la paz
y os mantenga unidos en el seno de la Madre Iglesia.

R. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros.

R. Amén.

II

El Dios, que en su providencia amorosa
quiso salvar al género humano
por el fruto bendito del seno de la Virgen María,
os colme de bendiciones.

R. Amén.

Que os acompañe siempre la protección de la Virgen,
por quien habéis recibido al Autor de la vida.

R. Amén.

Y a todos vosotros, reunidos hoy para celebrar
con devoción esta memoria de María,
el Señor os conceda la alegría del Espíritu
y los bienes de su reino.

R. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros.

R. Amén.

III

Que os bendiga el Padre de la misericordia
por la intercesión de la siempre Virgen María,
por la cual quiso reparar el pecado de la primera mujer.

R. Amén.

Jesús, el Señor, que se hizo hermano y salvador nuestro
en el seno de la santísima Virgen,
purifique vuestras conciencias de todo pecado.

R. Amén.

El Espíritu Santo aumente en vosotros
el don de la fe verdadera y de la esperanza eterna,
para que, siguiendo el camino del Evangelio,
merezcáis llegar a la patria del cielo.

R. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros.

R. Amén

ÍNDICE ALFABÉTICO DE LAS MISAS

Amparo de la fe	
<i>La Virgen María, amparo de la fe</i> (núm. 35)	165
Anunciación del Señor	
<i>La Virgen María en la Anunciación del Señor</i> (núm. 2)	37
Auxilio de los cristianos	
<i>La Virgen María, auxilio de los cristianos</i> (núm. 42)	191
Caná	
<i>La Virgen María de Caná</i> (núm. 9)	62
Causa de nuestra alegría	
<i>La Virgen María, causa de nuestra alegría</i> (núm. 34)	161
Cenáculo	
<i>La Virgen María del Cenáculo</i> (núm. 17)	96
Confiada como madre	
<i>La Virgen María confiada como madre a los discípulos</i> (núm. 13)	80
Corazón de la Virgen María	
<i>El Inmaculado Corazón de la Virgen María</i> (núm. 28)	139
Cruz del Señor	
<i>La Virgen María junto a la cruz del Señor</i> (I, núm. 11)	72
<i>La Virgen María junto a la cruz del Señor</i> (II, núm. 12)	76
Discípula del Señor	
<i>Santa María, discípula del Señor</i> (núm. 10)	69
Epifanía del Señor	
<i>La Virgen María en la Epifanía del Señor</i> (núm. 6)	52
Esclava del Señor	
<i>Santa María, esclava del Señor</i> (núm. 22)	116
Estirpe escogida	
<i>La Virgen María, estirpe escogida de Israel</i> (núm. 1)	33
Fuente de la salvación	
<i>La Virgen María, fuente de la salvación</i> (núm. 31)	151
Fuente de luz y de vida	
<i>Santa María, fuente de luz y de vida</i> (núm. 16)	92
Imagen y madre de la Iglesia	
<i>La Virgen María, imagen y madre de la Iglesia</i> (I, núm. 25)	127
<i>La Virgen María, imagen y madre de la Iglesia</i> (II, núm. 26)	131
<i>La Virgen María, imagen y madre de la Iglesia</i> (III, núm. 27)	135
Madre de Dios	
<i>Santa María, Madre de Dios</i> (núm. 4)	45
Madre de la divina providencia	
<i>La Virgen María, madre de la divina providencia</i> (núm. 40)	185
Madre de la reconciliación	
<i>La Virgen María, madre de la reconciliación</i> (núm. 14)	83
Madre de la santa esperanza	
<i>La Virgen María, madre de la santa esperanza</i> (núm. 37)	173

Madre del amor hermoso	
<i>La Virgen María, madre del amor hermoso</i> (núm. 36)	169
Madre del buen consejo	
<i>La Virgen María, madre del buen consejo</i> (núm. 33)	158
Madre del consuelo	
<i>La Virgen María, madre del consuelo</i> (núm. 41)	188
Madre del Salvador	
<i>La Virgen María, Madre del Salvador</i> (núm. 5)	49
Madre del Señor	
<i>Santa María, Madre del Señor</i> (núm. 19)	106
Madre y maestra espiritual	
<i>La Virgen María, madre y maestra espiritual</i> (núm. 32)	155
Madre y medianera de la gracia	
<i>La Virgen María, madre y medianera de la gracia</i> (núm. 30)	147
Madre y reina de la unidad	
<i>Santa María, madre y reina de la unidad</i> (núm. 38)	177
Merced	
<i>La Virgen María de la Merced</i> (núm. 43)	194
Nazaret	
<i>Santa María de Nazaret</i> (núm. 8)	59
Nombre de María	
<i>El santo Nombre de la bienaventurada Virgen María</i> (núm. 21)	113
Nueva mujer	
<i>Santa María, la nueva mujer</i> (núm. 20)	109
Presentación del Señor	
<i>Santa María en la Presentación del Señor</i> (núm. 7)	56
Puerta del cielo	
<i>La Virgen María, puerta del cielo</i> (núm. 46)	205
Reina de la paz	
<i>La Virgen María, reina de la paz</i> (núm. 45)	202
Reina de los apóstoles	
<i>La Virgen María, reina de los apóstoles</i> (núm. 18)	99
Reina del universo	
<i>La Virgen María, reina del universo</i> (núm. 29)	143
Reina y madre de misericordia	
<i>Santa María, reina y madre de misericordia</i> (núm. 39)	181
Resurrección del Señor	
<i>La Virgen María en la resurrección del Señor</i> (núm. 15)	89
Salud de los enfermos	
<i>La Virgen María, salud de los enfermos</i> (núm. 44)	198
Templo del Señor	
<i>La Virgen María, templo del Señor</i> (núm. 23)	119
Trono de la sabiduría	
<i>La Virgen María, trono de la Sabiduría</i> (núm. 24)	123
Visitación	
<i>Visitación de la bienaventurada Virgen María</i> (núm. 3)	40

ÍNDICE GENERAL

Presentación	5
Decreto de la Congregación para el Culto Divino	7
Decreto para las diócesis de España	9
Orientaciones generales	11
I. La bienaventurada Virgen María en la celebración del misterio de Cristo	12
II. Naturaleza de las «Misas de la Virgen María»	17
III. Estructura de las «Misas de la Virgen María»	18
IV. Uso de las «Misas de la Virgen María»	19
V. La palabra de Dios en los formularios de las «Misas de la Virgen María» ...	23
VI. Adaptaciones	25
Relación de las misas	26
Siglas	28
TIEMPO DE ADVIENTO	31
1. La Virgen María, estirpe escogida de Israel	33
2. La Virgen María, en la anunciación del Señor	37
3. Visitación de la bienaventurada Virgen María	40
TIEMPO DE NAVIDAD	43
4. Santa María, madre de Dios	45
5. La Virgen María, madre del Salvador	49
6. La Virgen María, en la epifanía del Señor	52
7. Santa María en la presentación del Señor	56
8. Santa María de Nazaret	59
9. La Virgen María de Caná	62
TIEMPO DE CUARESMA	67
10. Santa María, discípula del Señor	69
11. La Virgen María junto a la cruz del Señor (I)	72
12. La Virgen María junto a la cruz del Señor (II)	76
13. La Virgen María confiada como madre a los discípulos	80
14. La Virgen María, madre de la reconciliación	83
TIEMPO PASCUAL	87
15. La Virgen María en la resurrección del Señor	89
16. Santa María, fuente de luz y de vida	92
17. La Virgen María del Cenáculo	96
18. La Virgen María, reina de los apóstoles	99
TIEMPO ORDINARIO	103
Primera sección	105
19. Santa María, madre del Señor	106
20. Santa María, la nueva mujer	109
21. El Santo Nombre de la bienaventurada Virgen María	113

22. Santa María, esclava del Señor	116
23. La Virgen María, templo del Señor	119
24. La Virgen María, trono de la sabiduría	123
25. La Virgen María, imagen y madre de la Iglesia (I)	127
26. La Virgen María, imagen y madre de la Iglesia (II)	131
27. La Virgen María, imagen y madre de la Iglesia (III)	135
28. El inmaculado corazón de la Virgen María	139
29. La Virgen María, reina del universo	143
Segunda sección	146
30. La Virgen María, madre y medianera de la gracia	147
31. La Virgen María, fuente de la salvación	151
32. La Virgen María, madre y maestra espiritual	155
33. La Virgen María, madre del buen consejo	158
34. La Virgen María, causa de nuestra alegría	161
35. La Virgen María, amparo de la fe	165
36. La Virgen María, madre del amor hermoso	169
37. La Virgen María, madre de la santa esperanza	173
38. Santa María, madre y reina de la unidad	177
Tercera sección	180
39. Santa María, reina y madre de misericordia	181
40. La Virgen María, madre de la divina providencia	185
41. La Virgen María, madre del consuelo	188
42. La Virgen María, auxilio de los cristianos	191
43. La Virgen María de la Merced	194
44. La Virgen María, salud de los enfermos	198
45. La Virgen María, reina de la paz	202
46. La Virgen María, puerta del cielo	205
BENDICIONES SOLEMNES	209
ÍNDICES	217